Eduardo de Guzmán

madrid rojo y negro




Eduardo de Guzmán
madrid rojo y negro
C.N.T.
¡LOOR A LOS HÉROES

Eduardo de Guzmán

Madrid Rojo y Negro: Milicias confederales

En recuerdo de todos los que cayeron; como homenaje a quienes un día de julio abandonaron sus hogares y sólo tornaron a ellos cuando lleven entre sus manos los laureles de la victoria.

PRÓLOGO

La fiebre del testigo

MUCHO SORPRENDERA A QUIENES de Eduardo de Guzmán conozcan sólo su obra de madurez, la publicada al término del franquismo (1930, Aurora de sangre, La muerte de la esperanza, Nosotros los asesinos...), ésta que ha permanecido casi siete décadas sepultada en el olvido, y la sorpresa derivada del tono político de estas páginas recuperadas, tan diferente del resto de su obra posterior a la Guerra de España, no habrá de ser la menor por cierto: este Madrid Rojo y Negro no contiene, pues fue escrito en el fragor del combate y en vísperas de la derrota de las armas republicanas, ni el análisis, ni la serenidad de juicio que las enseñanzas de aquella derrota imprimieron luego al discurso del extraordinario periodista, devenido inevitablemente en historiador. En un historiador testigo presencial y protagonista de los hechos.

Eduardo de Guzmán, que dirigió el periódico madrileño Castilla Libre hasta el día mismo en que las tropas rebeldes ocuparon la ciudad, que huyó en esas horas postreras al puerto de Alicante en busca de los barcos salvíficos que no habrían de llegar, que asistió a la muerte de la esperanza de los quince mil republicanos capturados en aquella ratonera, que padeció

toda suerte de sufrimientos en los campos de concentración franquistas, que fue después torturado en las checas de la Nueva España, sepultado en prisiones inmundas y condenado a muerte en el curso de una de aquellas farsas jurídicas en que a los leales se les pedía la última pena por «auxilio a la rebelión», no pudo, cuando recobró la libertad tras serle conmutada la pena y recibir los beneficios de diversos indultos, retornar al ejercicio de su profesión periodística ni aun a publicar cosa alguna firmada con su nombre. Por esto último, e impelido por la necesidad, hubo de ganarse la vida durante muchos años escribiendo novelas del oeste (¡más de 500 llegó a publicar!) bajo diferentes seudónimos: Edward Goodman, Eddie Thorny, Richard Jackson...

Madrid Rojo y Negro. Milicias Confederales se publicó por primera vez en Madrid, en unos talleres socializados de la CNT, y su propósito, bien evidente, fue el de reivindicar la participación de los anarquistas en el aplastamiento de la sublevación fascista en Madrid, en la posterior defensa de la ciudad durante los peores días del asedio, y en los combates contra el ejército rebelde en la zona centro. Pero si en aquellos días de su publicación, verano de 1938, la finalidad era propagandística, restauradora de la verdad libertaria y galvanizadora de los ánimos decaídos tras dos años de guerra, de reveses militares y de pérdida de peso e influencia en la zona republicana por el enfrentamiento con los comunistas, hoy se nos presenta el libro, despojado de la ansiedad del instante, como un documento histórico sobre la Guerra de España de valor incalculable, pues aparte de la magnificada participación bélica y revolucionaria del anarquismo (CNT-FAI) en los hechos que se recensan, aporta información valiosísima sobre las tensiones políticas y la atmósfera en la zona leal durante los primeros meses de la guerra. Pero el lector, como ya se ha dicho, habrá de sorprenderse con este Eduardo de Guzmán febril, beligerante y sectario que, sacrificada su independencia de criterio por la causa, tan poco se parece al que de manera objetiva, ponderada y magistral nos instruyó en su madurez sobre lo sucecidido en la guerra y en la posguerra feroz e interminable. El más virulento y tópico imaginario anarquista está presente en estas páginas que, por otra parte, desbordan vida y emoción: los ataques a los

republicanos, en los que no se distingue a los de derecha de los de izquierda; el antiintelectualismo («manos cuidadas de ateneístas, de intelectuales...», en oposición a las manos callosas y recias de los ácratas); apoliticismo imposible en la inmediata preguerra, cuando gobiernan los republicanos con el programa del Frente Popular («A los obreros, naturalmente, se les persigue. Sobre todo si son anarquistas, porque éstos no tienen diputados que provoquen votaciones. Con las derechas, en cambio, hay que buscar la convivencia y la conllevancia».); antiparlamentarismo y desprecio por la democracia formal; exageración partidaria («El Comité de Defensa de la CNT será la creación más genial, la improvisación más admirable del pueblo español».); la violencia como medio legítimo para la revolución «Mas los gobernadores no se acuerdan de esto para nada. En este momento histórico a los republicanos sólo les preocupan dos cosas: que no salga de España un gramo de oro, aunque nos sea imposible comprar armas, y que no se ejecute a los fascistas. La ejecución de los fascistas es revolución. y los señores republicanos tienen mucho miedo a la revolución».); y, desde luego, las contradicciones eternas «Somos antimilitaristas; lo seguiremos siendo. Pero hoy, ante las realidades dramáticas de una guerra que no tenemos más remedio que aceptar, hemos de adoptar procedimientos bélicos. Pasando, si es preciso, por encima de las ideas, para defender heroicamente esas mismas ideas».).

Apolítico por autodefinición, no es raro que el movimiento libertario español exhibiera entonces semejantes dosis de inmadurez política, circunstancia nunca resuelta y que le conduciría finalmente, desde el punto de vista organizativo, a la extinción. Eduardo de Guzmán, que sí maduró sin necesidad de sacrificar sus ideas, de pasar «por encima de las ideas», nos dejó en este libro de combate y propaganda un elemento indispensable para entender aquel episodio tan traumático de la historia de España, y un vehemente homenaje a cuantos dejaron la vida luchando contra el fascismo y soñando con un mundo mejor. y hombre libre al fin, amante de la verdad pese a sus contadas incursiones propagandísticas, nos dejó en él, también, exactos daguerrotipos de la realidad más hermosa y edificante, como el referido a la heroica defensa de Madrid: «Republicanos, socialistas,

comunistas y anarquistas pelean codo con codo, en magnífica hermandad, decididos a vencer».

Imposible no consignar, por último, la deuda de gratitud contraída con Carmen Bueno, quien, garante de la difusión de la obra de Eduardo de Guzmán, su compañero durante más de cuarenta años, confió este Madrid Rojo y Negro a La Buena Memoria de la editorial Oberon.

RAFAEL TORRES

Prólogo a la 1ª edición

Umbral

CASI TODAS LAS EDICIONES de la sección de propaganda del Comité de Defensa Confederal, del centro, se hacen bajo una bandera de batalla; son instrumentos de lucha de la revolución, en manos del Movimiento Libertario. Esgrimiéndolos, combate contra el prurito dictatorial, contra el partidismo exacerbado, contra la negligencia, contra el amilanamiento, contra la desmoralización y la inmoralidad, contra los organismos caducos y los vicios en retoño, contra la calumnia, contra la frivolidad impropia de los días de guerra, contra los privilegios y, en fin, contra cuanto repugna, no únicamente al ideario anarquista, sino también, y aun principalmente, a la robusta hombría de bien de los trabajadores revolucionarios.

Esas ediciones, además, son gratuitas, para ejemplo y escándalo a la vez de quienes dieron en la manía de suponer que es una «redención a metálico» la que al proletariado le interesa, le ponen precio hasta al aliento y satisfechos se sienten cuando el Consejo de Empresa a que pertenecen puede jactarse de tener en caja dos millones de pesetas... Frente Libertario, el periódico que desde antes de noviembre del 36 viene editando esa sección de propaganda, es gratuito, aun en contra de algunos imprecisos requerimientos oficiales u oficiosos; gratuitas han sido, o son todavía, las

revistas que ha destinado al entreteniemiento provechoso de los combatientes; gratuitos también los libros que, por centenares, envía a las brigadas y divisiones de raíz confederal; gratuita la recopilación de Romances de CNT de Antonio Agraz, y los dos tomos de mi Antifascismo proletario, y esta obra densa y ágil, pletórica de vida, de Eduardo de Guzmán.

Madrid rojo y negro... ¡Qué elocuencia tiene el título! El Madrid de todos los días, aunque en él se percibe el latido poderoso del Movimiento Libertario, no es rojo y negro. Hay en su prensa muchas notas oficiales, y acaso más indicios de la actuación de la censura; en sus muros, muchos carteles, veraces y emocionados, algunos, muy pocos, y embusteros y fríos los demás; en los amplios balconajes, banderas tricolores; en la calle, acaso la bullanga de los «mítines relámpago» de los comunistas, que casi siempre originan lluvia; queridas de parvenus, cuyo perro de lujo come mejor que la familia colocada entre la pared de la cartilla de abastecimiento y la espada del Tribunal de Subsistencias; parejas que dedican al amor las preocupaciones que niegan a la guerra; automóviles ocupados por los magnates del papeleo y los caciques de la estampilla, vistan o no vistan de uniforme; grandes carteras de cuero de los que viven de hacer que hacen; gafas ahumadas y miradas cautas de quienes temen que alguien les reconozca y les eche mano; «colas» en las que, si las privaciones acibararan el humor y a todo quisque le dan ganas de bronca, la debilidad consigue que las riñas no adquieran trágico tono y que no llegue la sangre al río...

Este, en general, es hoy, a primera vista y en lo externo, el Madrid del «¡Amos, anda!», del «¡A mí, qué!», del «¡Que te crees tú eso!»; el Madrid que no da importancia al cañoneo que sufre, que hace de tripas flojas corazón robusto, que ni él mismo se explica cómo vive, que abre surtidores en su fondo pícaro cuando dice: «¡Mucho cuento!...», «¡A mis meses!...», «¡Y un jamón!...» o cualquier otra expresión de suspicacia, suficiencia, sorna o astucia.

Ese Madrid del peligro cercano, pero quieto; que, detrás de sus barricadas, da la impresión de haber pactado una tregua con el enemigo, le

disgusta a uno o le agrada, le entusiasma o lo deprime, según el humor con que se eche a la calle. Pero ese Madrid, el de todos los días, se transforma de vez en vez, cuando menos se espera; su corazón multitudinario toca a rebato, se aviva su gesto, se contraen sus músculos y adquiere el indescriptible estado nervioso de la epopeya. Algo sabemos de esto quienes hemos vivido intensamente, con placer y dolor, con todo nuestro ser, los minutos interminables y los días brevísimos de julio y de noviembre...

Cuando la llamada del peligro concita, como entonces, hombres dispuestos al sacrificio, Madrid se hace rojo y negro. ¿Sucederá así siempre? No lo sé. Lo indiscutible es que ha sucedido en las dos ocasiones de mayor riesgo para el pueblo. En julio, no sólo las fuerzas patronales ensambladas con el resto de las castas del privilegio, sino también las representaciones del Estado republicano y los organismos responsables de algunos sectores proletarios, le negaban a la CNT {Confederación Nacional de Trabajadores) que mantenía con calor y brío la huelga de la construcción, el pan y el agua. La Hoja Oficial del Lunes publicó una nota ociosa de la Dirección General de Seguridad, en la que se vertía la insidia canallesca de que en las filas de la CNT y de la FAI {Federación Anarquista Ibérica) se habían introducido algunos dirigentes de Falange Española. Sólo disponíamos de un humildísimo semanario: Construcción. No podíamos replicar cumplidamente a las baterías contrarias, que nos lanzaban denuesto tras denuesto. La flor de la militancia estaba en la cárcel. Los sindicatos, clausurados. Pero toda nuestra fuerza estaba en la calle. Llegó el momento de manifestarla y de ponerla a prueba. Se produjo la sublevación fascista, y aunque nadie, absolutamente nadie, nos dio fusiles, Madrid se llenó de nuestros gritos, y en su aire encendido de mueras y de vítores, flamearon las banderas rojinegras, que al darle el aspecto que nunca tuvo, le proporcionaban un tono desconocido y le movilizaban para la victoria. Después, la hoguera del arrebato anarquista pasó por Alcalá, por Guadalajara, por Toledo, y en los frentes, como llamas, se alzaron ante el enemigo nuestras enseñas de sangre y de dolor...

Se abrió más tarde la forja de ánimos heroicos de noviembre, y Madrid, que había ido perdiendo externamente su tono de ciudad rojinegra, volvió a adquirirlo al sentir en Getafe los cañonazos de las fuerzas que mandaban Varela y Yagüe. El material humano se encendió otra vez, y entonces, la FAI, la CNT y las Juventudes Libertarias, como si fueran algo salido de la misma entraña de Madrid, levantaron de nuevo en sus calles banderas de triunfo, pendones de muerte. Hacia los Carabancheles, hacia la Casa de Campo, hacia la Ciudad Universitaria pasaban los compañeros en aquella hora en que los buenos no necesitaron llamamiento, porque, como la sangre y los amigos verdaderos, acudían a la herida por impulso propio. Otra vez el rojo y el negro, en marcha hacia el peligro, se llevaban tras de sí los corazones, levantaban a su altura los ánimos y amparaban un nacimiento de emociones y de esperanzas.

Pero no fue sólo necesario hacer frente al enemigo; preciso fue también cortar en Tarancón la corriente desmoralizadora de quienes huían de Madrid. Y allí, en Tarancón, estuvo Eduardo Val, estuvo Cipriano Mera, estuvo Pepe Villanueva, estuvieron los compañeros que bajaban de la sierra de Albarracín dispuestos a jugarse la vida en los arrabales madrileños. Ante la cobardía de los tradicionales «bulle-bulle», deshinchado el globo de quienes presumían ser los autores de toda obra buena, a punto de producirse el caos, y arrollada en la calle la autoridad —moral y política— que algunos habían abandonado en la huída, nuestro Comité de Defensa, en representación de los libertarios metidos en la lucha, tuvo en sus manos, durante algún tiempo, la suerte de Madrid.

Vino entonces Durruti. Se combatió de manera indescriptible, con arrogancia insuperable, con desprecio a la vida en particular, privada, por asegurar la continuidad de la colectiva. y cuando sabemos que entonces nadie nos superó en el sacrificio, cuando podemos probar que superamos a muchos en abnegación, tenemos noticia de que en el extranjero hay quien atribuye a su exclusivo esfuerzo la defensa de Madrid; de este Madrid defendido por el general «No Importa», por el genio popular, que puede todo cuanto quiere, que improvisa cuanto necesita y que simultáneamente

recuerda, en los trances de peligro, los versos de Almafuerte: «No te sientas esclavo, ni aun esclavo; no te des por vencido, ni aun vencido», y aquellos otros que el jefe de las fuerzas musulmanas gritó a éstas, al cundir entre ellas, el desaliento, en la batalla de San Esteban de Gormaz: «La salida está en vencer, y en el valor la esperanza».

En el libro Contraataque, Ramón J. Sender, tránsfuga de las ideas y de la literatura, escritor de casa y boca en la plantilla de la burocracia soviética, ha tenido la desvergüenza de ocultar nuestra intervención destacadísima en la defensa de Madrid, y el atrevimiento remunerado de presentar unos personajes «anarquistas» que no son como los libertarios somos en realidad, sino como a ese escritor de alquiler le agradaría que fuésemos, para justificar así el no haber podido vivir en nuestro campo, el no haber sabido luchar entre nosotros.

La mejor respuesta a Contraataque es este libro vigoroso y dinámico de Eduardo de Guzmán. Lo que Sender oculta bajo tupidos velos de secta, Eduardo de Guzmán lo pone al descubierto, bajo la luz viva y roja de la verdad de nuestra lucha. Lo que el tránsfuga pretende cubrir de lodo, aparece aquí sin escoria, erguido en las horas supremas de muerte y de fama. Entre julio y noviembre, entre los dos momentos culminantes del Madrid actual, entre las dos columnas de la epopeya del «Madrid rojo y negro», hace pasar mi compañero de ideal, de trabajo y de lucha, toda la acción que nos evoca su título Milicias Con federales.

Es esta una narración suelta de sintaxis, amplia de generosidad, presurosa de estilo; pero apretada de hechos, apoplética de figuras, encendida de luces heroicas, crepitante de movimiento combativo. Pasan gestos, hombres, acciones de guerra, desvelos, protestas, gritos de dolor, aires de arenga. El escritor no ha podido detenerse en ningún detalle, porque la emoción de uno empujaba a la del precedente. En el río no se ven las gotas, no es posible contarlas, ni cabe tampoco entretenerse mirando las irisaciones que el sol podría poner en una; están todas juntas, pasan sin solución de continuidad, y es el rumor de todas, o su total aspecto, lo que nos impresiona. Así ocurre con este libro; por sus páginas pasa, dentro de

un cauce impreciso, el turbión de la lucha antifascista en los frentes del centro.

Suficientes títulos tenía Eduardo de Guzmán para escribir esta obra. Es uno de los primeros periodistas de España, de extraordinarias facultades para el arte difícil y volandero del reportaje. Es un militante de la CNT cuyo diario Castilla Libre dirige, y tiene un conocimiento personal y concreto de la acción y de los hombres que aquí describe o cita. Ha vivido intensamente en Madrid durante toda la campaña, y dentro de sí lleva el dolor de la guerra, no sólo por la repercusión que en su espíritu pueda producir este cataclismo, sino también porque en carne de su carne y en sangre de su sangre la ha sufrido, al perder a su hermano, Angel de Guzmán en el frente de lucha, de cara al enemigo, que en él encontró la codiciada presa de un capitán de las milicias confederales...

Seguro estoy de que el libro será bien aceptado, como merece, en nuestro Movimiento. También tengo la certeza de que en algunas zonas políticas sentará como un tiro. ¡Qué importa! Aquí no se dice sino la verdad, y aquellos a quienes la misma les quite la careta o les desplume el airón de las hazañas falsas, podrán protestar, podrán quejarse, pero jamás rechazarla. No habrá nadie que diga: «¡Eso es mentira!». y como nadie lo dirá, Eduardo de Guzmán, y con él el organismo que edita su libro; con ambos todo el Movimiento Libertario español, dan al mundo y a la historia un cúmulo de notas exactas acerca de esta epopeya que sentiremos siempre en la sangre quienes hemos tenido el honor de vivirla de cara a la muerte...

J. GARCÍA PRADAS Director de CNT Madrid, 2 de septiembre, 1938.

CAPÍTULO 1

Frases y fechas

LOS REPUBLICANOS TUVIERON SIEMPRE un cariño extraordinario por ciertas fechas. Son como los jalones de su vida, como los hitos que separan una época de otra, como el símbolo de sus grandes triunfos y de sus increíbles victorias. Antes de la República, mientras los obreros luchaban y morían, en tanto Anido y Arlegui sembraban de cadáveres las calles de Barcelona y todas las carreteras de España eran medidas por los pasos vacilantes de trabajadores que caminaban entre charolados tricornios de la Guardia Civil, los líderes republicanos celebraban una y otra vez la fecha del 11 de febrero. Era el aniversario de la primera República, muerta a manos de los mismos republicanos. El 11 de febrero los antimonárquicos se reunían a comer. Trajes cuidados, barbas cerradas, sombreros hongos. Se pronunciaban siempre muchos y elocuentes discursos. Se hablaba del talento de Pi, de la austeridad de Salmerón, de la elocuencia ciceroniana de Castelar... Luego se daban unos vivas en voz baja a la República, y nada se hacía hasta un año después. Algún que otro lerrouxista, después de la comida, corría a Gobernación para cobrar su soldada del ministro de turno... Así pasaron muchos años. Un día, inesperadamente para los republicanos, llegó el14 de abril. El pueblo salió a

las calles vitoreando a la República, el Borbón echó a correr, en Gobernación se puso la bandera tricolor... Los republicanos se asombraron un poco, pero reaccionaron pronto. y se alegraron. Ya no celebrarían sólo el 11 de febrero; ya tenían la República en sus manos. Ahora iban a gobernar. Durante muchos años, cuando la gente tomó poco en serio a los republicanos, se habló de la República en tono despectivo, presentándola como un régimen revolucionario y un poco caótico. Los republicanos estaban dispuestos a demostrar el error de los que así pensaban. Tenían en sus manos —manos cuidadas de ateneístas, de intelectuales, de viejos agitadores rendidos a las gracias pródigas de la burguesía— la suerte de España. Antaño, en los años de oposición viril durante los cuales ni un solo conspirador republicano escaló las gradas del patíbulo hablaron mucho de los obreros. Ahora, triunfantes, no podían olvidarles. La República se llamó de trabajadores. Pero cuando los obreros pidieron pan, los dulces y suaves gobernantes republicanos escribieron las páginas de Arnedo, Sevilla, Benalup, Pasajes, Barcelona y el «Buenos Aires». Los obreros pudieron hacer un rápido balance y encontrarse peor que antaño. Pero los oradores republicanos podían decir en todas partes con frase grandilocuente: «La fecha liberadora y triunfal del 14 de abril...».

Después vinieron otras fechas. En turno pacífico de partidos —manes de Cánovas y Sagasta, recuerdo imperecedero del pacto de El Pardo— unos republicanos fueron suststituidos por otros. A los de izquierda, a los Marcelino y Casares Quiroga, vinieron a sustituirles los Lerroux y los Salazar Alonso, con su cohorte de estrapérlicos y cedistas. El proletariado se iba cansando de aguantar. Surgieron los choques, las protestas, los movimientos revolucionarios. A la concentración fascista de El Escorial, al asesinato de un puñado de compañeros, a la llegada provocativa de los terratenientes catalanes, responde Madrid con la huelga general. Son ensayos, simples ensayos que habrán de culminar en el octubre próximo. En octubre, la lucha adquiere caracteres épicos. Quince días de pelea dramática, homérica. Los trabajadores son vencidos. De un lado, por la traición catalanista organizada por Dencás; de otro, por la falta de medios de combate. Se inicia una represión bestial. Los obreros son asesinados

fríamente. Lerroux envía a Oviedo al comandante Doval. (Antes, lo ha empleado Casares en Andalucía contra los campesinos.) Doval cumple con su deber. Apalea, asesina, roba. Una estela de sangre y terror cubre España. Como en los tiempos de Alfonso el Mricano. Como en la mejor época de Primo de Rivera y Dámaso Berenguer.

Hay un interregno doloroso, una nube negra, una noche mala que cubre de luto el país. Al fin, las derechas republicanas, falsamente democráticas, auténticamente fascistoides, se hunden bajo el peso de sus corrupciones. Se convocan nuevas elecciones. Surge el Frente Popular. Sánchez Román, capitalista y burgués, redacta un programa moderado. Socialistas y comunistas lo aceptan. La CNT se coloca al margen de la nueva comedia. Cuando los afiliados preguntan, los militantes responden: «Podéis votar o no votar. Haced lo que os parezca. De todas formas, tendremos que luchar en la calle, con las armas en la mano, si queremos ganar la revolución...».

En las cárceles hay treinta mil obreros. El triunfo del Frente Popular es la amnistía. Los trabajadores votan. Las derechas son aplastadas. Los republicanos tienen una fecha gloriosa más. La de ahora se llama 16 de febrero...

Ya están de nuevo en el poder Giral, Marcelino y Casares Quiroga. En las calles, las multitudes reclaman sus derechos. En el Parlamento, los señores republicanos se asustan un poco. Vienen, sencilla y llanamente, a continuar el primer bienio. Los amigos, todos los amigos, tendrán puestos brillantes y cómodos. Los diputados pronunciarán magníficos discursos. En los periódicos aparecerán las figuras elegantemente democráticas de los líderes. Todos vivirán en el mejor de los mundos... Pero los obreros se agitan inquietos. No quieren esperar cuatro o cinco meses para conseguir la amnistía. Van a las cárceles y abren las puertas de par en par para que salgan sus hermanos. En Extremadura, los campesinos invaden las tierras, derriban las vallas que delimitan las grandes propiedades. Los gobernantes republicanos tuercen un poco el gesto. No está bien nada de esto. Los trabajadores deben esperar. La amnistía llegará a su tiempo y alcanzará a quien deba de alcanzar. Nunca, naturalmente, a los anarquistas, que les han

hecho ganar las elecciones, es cierto, pero que no pasan de ser «bandidos con carné», como les llamó un gran personaje. Cierto es que las derechas se mueven entre las sombras. Cierto es que se lanzan a cometer actos de terrorismo. Cierto es que cuando el 17 de febrero una manifestación pacífica llegaba frente a la Cárcel Modelo, una partida de señoritos disparó desde un auto con pistolas ametralladoras. Pero no es prudente atacar a las derechas. Podían interpretarlo como una persecución. Tienen muchos diputados en el Parlamento que protestarían. Sería un conflicto para el Gobierno. Ya tiene bastantes conflictos el Gobierno con los que les plantean los obreros. A los obreros naturalmente, se les persigue. Sobre todo, si son anarquistas, porque éstos no tienen diputados que provoquen votaciones. Con las derechas, en cambio, hay que buscar la convivencia y la conllevancia. Acaso se les pueda convencer para que no armen escándalos. Lo importante es vivir alegremente un nuevo bienio...

En las calles, sin embargo, se producen muchos escándalos. El ministro de la Gobernación sufre horrorosamente. Es un buen señor, amigo de Azaña, que está enfermo del corazón. Esta sola consideración debiera bastar a los obreros. Con su actitud, con sus alborotos, van a matar al pobre Amós Salvador. Pero no hay manera de convencer a los trabajadores. Creen que han triunfado. Dan mítines, organizan manifestaciones, cierran el puño. ¡Cierran el puño! La fina sensibilidad de los republicanos se irrita. ¡Ese gesto revolucionario! No vivimos una revolución. Estamos en una buena República democrática y burguesa, donde no caben esas actitudes feroches. Con eso, lo único que se consigue es provocar a las derechas, fomentar el fascismo, ¡con lo tranquilos que podríamos vivir!

Los reaccionarios han empezado a conspirar. Los monárquicos, los militares, los terratenientes preparan la sublevación. ¡Bah, otra «sanjurjada»! Azaña sonríe mefistofélicamente. Se ve otra vez, acodado en la balaustrada de Guerra, fumándose un cigarrillo mientras huyen cobardemente los militares sublevados. De todas formas, conviene evitarla. El pueblo está muy excitado. Si los militares salen a la calle, los obreros pueden contestar con un ensayo revolucionario. Conviene impedir la

violencia. Un día se discuten varias actas derechistas. Las de Orense. Calvo Sotelo reconoce, cínicamente, que ha dado un «pucherazo» de cien mil votos. Hay que anular la elección. Pero si se anula, los militares saldrán de los cuarteles. Durante toda una noche se celebran conciliábulos en los pasillos del Congreso. Alguien da la orden terminante: «Hay que aprobar esas actas». Los diputados de buena fe se indignan. Protestan airados. No importa. La disciplina parlamentaria se impone. Las derechas y los republicanos de todos los matices votan la validez. Todo es júbilo entre los líderes republicanos: «Buen pretexto les hemos quitado a los militares...».

En quitar a los militares no piensa nadie. Otro día el Parlamento se reúne en sesión solemne. Hay que deponer a don Niceto Alcalá Zamora. Se sabe que prepara un golpe de Estado, de acuerdo con Mola, con Franco, con Goded, con Queipo de Llano. En el Congreso se pronuncian discursos enérgicos y maravillosos. Hablan Azaña y Maura, Prieto y Portela Valladares. Al fin, con voz campanuda y solemne, don Diego Martínez Barrio dice desde la presidencia de la Cámara: «Por acuerdo del Parlamento, representación directa de la soberanía nacional, ha sido depuesto don Niceto Alcalá Zamora...».

A las dos de la mañana se hace el cambio presidencial. Los militares, sorprendidos, tienen que prestar acatamiento al nuevo presidente interino. Pero todos los militares, los que públicamente se conocen como futuros traidores, siguen en sus puestos. La vida española sigue. Las provocaciones fascistas también. El 14 de abril, durante el desfile, varios oficiales monárquicos colocan una bomba junto a la tribuna presidencial. Después empiezan a tiros contra las mujeres y los niños. Tres días después, en el entierro de un alférez monárquico de la Guardia Civil, la emprenden a palos y tiros contra todos los republicanos y obreros que encuentran. Matan a seis o siete. Son dueños de la calle durante tres o cuatro horas. Se teme que quieran asaltar el Parlamento. Los periódicos republicanos condenan duramente los hechos. En el Congreso habla Casares —que ya es ministro de la Gobernación— en tono decidido y enérgico. Pero los militares traidores continúan inconmovibles en sus puestos.

Después... Después se suceden los acontecimientos. Don Manuel Azaña deja la presidencia del Consejo y pasa ala de la República. Don Santiago Casares Quiroga es jefe del Gobierno y ministro de la Guerra. Don Juan Moles —un buen señor con barbita blanca e ideas negras— es nombrado ministro de la Gobernación. Hay unos días de relativa tranquilidad. Tan sólo la perturban los obreros. Han estallado dos huelgas en Madrid. Una es la de camareros. Otra la de ascensoristas y calefactores. Tienen la culpa los patronos. Pero el Gobierno no va a combatir a los patronos. Persigue a los trabajadores, mete a unos cuantos en la cárcel; la huelga continúa. Al ministro de la Gobernación hay, sin embargo, algo que le preocupa más que las huelgas. Es el pleito taurino. Todos los grandes toreros —Ortega, Bienvenida, La Serna son fascistas. Quieren cumplir con su deber de provocar, igual que hacen los pistoleros y los militares. Se niegan a «trabajar» con los toreros mejicanos. Méjico es un país revolucionario. Ellos no pueden codearse con revolucionarios. Se suspenden muchas corridas. Se promueven muchos escándalos. El ministro de la Gobernación no tiene tiempo para pensar en las huelgas, para cortar los asesinatos fascistas, para hacer frente al movimiento que la reacción prepara. Don Juan Moles sólo tiene tiempo y ganas de ocuparse del pleito taurino.

Un día los fascistas atentan contra Jiménez Asúa. Otro, contra Ortega y Gasset. Otro, contra el magistrado que se atrevió a condenar a uno de los pistoleros que dispararon contra el diputado socialista. Después de cada atentado, luego de cada crimen, Casares Quiroga se levanta con gesto feroche en el bando azul: «Estos crímenes no pueden continuar. Contra el fascismo asesino, el Gobierno se siente un beligerante más...».

Pero la beligerancia no aparece por parte alguna. Mientras los obreros llenan de nuevo las cárceles, los fascistas siguen en libertad. Y cada día surge un nuevo crimen o una nueva provocación...

La patronal de la construcción es fascista y monárquica. La patronal está manejada por el estado mayor de Falange Española. La patronal utiliza unas bases presentadas por los obreros para provocar la huelga. Le interesa mucho este conflicto. Son setenta mil obreros parados. Es el hambre, al

cabo de pocas semanas, en las barriadas obreras de Madrid. Es la violencia inevitable. Y es, sobre todas las cosas, el mejor procedimiento para crear un ambiente propicio al hecho de fuerza que trabajosamente se prepara. Si los gobernantes tuvieran sentido común, la huelga no se hubiere planteado. Si lo tuvieran, habría durado veinticuatro horas. Pero los gobernantes no se atreven a dar la razón a quien la tiene. Se la dan a la patronal. ¡Así no protestarán los diputados de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), ni los Agrarios, ni los de Renovación! Moles da toda clase de seguridades a los patronos. Y mete a los trabajadores en la cárcel.

Son inútiles las protestas, estériles los argumentos para hacerle ver lo que en el fondo del conflicto hay. Moles se inclina emocionado cuando Baixeras o Cánovas del Castillo acuden a reclamar, y pone un gesto duro y agrio cuando son Mora o Domínguez quienes le visitan. En las barriadas obreras, las mujeres, hambrientas, asaltan alguna tienda. Moles se indigna mucho. Al recibir a los periodistas, les dice: «He dado órdenes terminantes para que la fuerza pública impida, como sea, esos asaltos indignantes...».

La fuerza pública dispara y caen algunas víctimas. Otras veces no hace falta que dispare la fuerza pública. Son grupos de fascistas quienes disparan sus pistolas para provocar al pueblo. Los obreros tienen que pensar en defenderse. La agresión fascista es más dura cada vez. Se ve claramente el único final que puede tener todo esto. El único que no lo ve es el Gobierno. Más de una vez los guardias protegen con sus disparos a los fascistas que huyen luego de cometido un crimen. Para Casares y Moles, las víctimas serán siempre los pobres fascistas.

La organización confederal ha comprendido claramente todo el alcance del peligro. Ve la necesidad de estar preparados y alerta. El movimiento militar puede estallar en cualquier momento. Perder la huelga de la construcción desanimaría por completo a los trabajadores, dejándoles sin entusiasmo para enfrentarse con la militarada. La Confederación Nacional del Trabajo tiene, de antiguo, sus Comités de Defensa. Los Comités de Defensa llevan el peso de la lucha en las huelgas, en los conflictos, en los movimientos revolucionarios. Los Comités de Defensa controlan las armas

de la organización y los individuos más decididos y conscientes. Al Comité de Defensa del centro le incumbe ahora una tarea complicada y difícil. Tiene que defender las huelgas pendientes, impedir el triunfo de los manejos patronales y, al mismo tiempo, responder a las provocaciones de los pistoleros fascistas y entrenar sus hombres para el día cercano en que la facción se lance a la calle. Y es entonces, durante la huelga de la construcción, cuando el Comité de Defensa redobla su acción.

Los socialistas, obedeciendo conveniencias políticas, dan por terminada la huelga. Se acogen a un laudo dictado por el Gobierno, que es un triunfo claro y rotundo de la patronal fascista. La confederación no puede imitarles. Es tanto como echar un jarro de agua fría sobre los trabajadores en los precisos instantes en que más necesaria será su actuación decidida y heroica. La patronal acoge con satisfacción la decisión socialista. El Gobierno se coloca decididamente al lado de los patronos y arremete contra los trabajadores en huelga. La lucha se endurece y agria a medida que pasan los días. Es preciso recurrir a la violencia. Contra la CNT la emplean tanto el Gobierno como los pistoleros fascistas. La CNT tendrá que emplearla también. Empiezan a colocarse bombas en varias obras en construcción. Caen varios trabajadores confederales. Se entablan combates entre los trabajadores honrados y los pistoleros de Falange, que circulan provocadores por todas partes. En la avenida de la Plaza de Toros, luego de un tiroteo nutrido, caen tres bandoleros de la escolta de José Antonio Primo de Rivera.

La patronal busca, por todos los procedimientos, enfrentar a los obreros de la CNT con los de la UGT (Unión general de Trabajadores). Un día los pistoleros de Falange matan a tres trabajadores ugetistas para hacer creer que son confederales los asesinos. Otro, matan a dos compañeros de la CNT. Pero el proletariado madrileño no se deja engañar. Sabe perfectamente quiénes son los criminales. Y aprieta los puños, indignado por la indiferencia gubernamental, esperando el momento de lanzarse a la lucha abierta contra los señoritos flamencos y los militares traidores. Mientras, los Comités de Defensa de la organización confederal activan,

nerviosamente, sus preparativos para la gran contienda que no puede tardar en producirse...

Los militares monárquicos continúan sin descanso sus preparativos. En Ceuta se celebra un banquete. Asisten los oficiales del Tercio y Regulares con el coronel Yagüe a su cabeza y el almirante Salas con toda la oficialidad de la Escuadra. Se come bien y se bebe mejor. Se habla mucho también. Se ultiman los detalles y los preparativos. Los militares se sublevarán en Africa. La Escuadra les llevará hasta Algeciras. El triunfo es fácil. Al final hay una frase que sintetiza todas las conversaciones: «Algeciras será la Covadonga de la nueva España...».

Los militares y los marinos no han ocultado nada del banquete. Pronto lo sabe España entera. Los periódicos republicanos y obreros dan la voz de alarma. Cuentan detalladamente las conversaciones y los proyectos. El señor Casares Quiroga sonríe mefistofélicamente: «Estos periodistas ven fantasmas por todas partes...».

Franco está en Canarias. Desde allí hace frecuentes viajes en avión. Visita Tetuán y Sevilla. Los oficiales monárquicos le aclaman. Los señoritos le rodean y le miman. Al salir, extiende el brazo a la romana. Un republicano honrado le cuenta, con datos y detalles, los propósitos de Franco. Casares se irrita. Despectivamente replica: «Tiene usted mucho miedo. Con hombres como usted no se puede hacer nada». Mola está en Navarra. En Navarra se celebran verdaderas concentraciones militares. A saludar al ex director de Seguridad acuden en masa las guarniciones de Zaragoza, de Logroño, de Huesca, de San Sebastián. En pleno Parlamento se denuncia la trama. Casares se yergue retador en el banco azul: «Si algo se atrevieran a intentar, quedarían aplastados en cinco minutos...».

Los diputados de izquierda aplauden con entusiasmo. Pero el Gobierno no hace más que frases. Mientras, Goded recibe en Baleares constantes visitas de individuos que hablan en italiano, y Sanjurjo recorre Alemania en viaje de placer. Todas las advertencias al Gobierno son inútiles. Cuando se le aprieta mucho, uno de los ministros —Casares, Moles, Barcia o Blasco

Garzón— responde: «No tenga usted cuidado. Mola ha empeñado con nosotros su palabra de honor».

Un día, en plena calle, es asesinado el capitán Faraudo. Otro, cae cosido a balazos el teniente Castillo. El pueblo no duda ni vacila. Sabe la causa de estos crímenes. Se quiere asesinar a todos los militares leales al pueblo para no hallar obstáculos en el momento de la insurrección. Los gobernantes no acaban de comprenderlo. Siguen pidiendo calma. Los compañeros de Faraudo y de Castillo, los que saben que caerán pronto si no se deciden a actuar, no pueden esperar más. A las tres de la madrugada un camión se detiene ala puerta de Calvo Sotelo. Es el director del movimiento en perspectiva. Es la cabeza visible de la UME (Unión Militar Española). Calvo Sotelo es detenido. Al día siguiente aparece su cadáver en el cementerio del este. Los militares leales al pueblo han empezado a hacer justicia.

Las derechas lanzan alaridos de indignación. No les preocupó que se matase a Faraudo y a Castillo, que se atentase contra Jiménez de Asúa y Ortega y Gasset. Admiran el «valor» de los pistoleros y lamentan únicamente que a veces les falle la puntería. Pero no pueden admitir que se mate a uno de los suyos, aun sabiendo que es el director de todos los crímenes cometidos.

El Gobierno se asusta. Uno por uno, todos los ministros se deshacen en excusas, en justificaciones, en protestas indignadas contra los autores de la ejecución de Calvo Sotelo. De Castillo no hablan. A Castillo se le podía matar, porque era de izquierdas y porque importaba poco. ¡Pero a Calvo Sotelo! De un golpe despierta toda la energía gubernamental adormilada. Empieza a detener a todos los que pueden haber intervenido en la ejecución. Guardias de asalto, trabajadores honrados, hombres revolucionarios van a llenar la Cárcel Modelo. De los autores materiales del asesinato de Castillo no se preocupa nadie.

El entierro de Calvo Sotelo es una provocación monárquica, tolerada mansamente por el Gobierno. Toda la reacción española acude al

cementerio, protegida por la Guardia Civil. Hay desfiles ante el cadáver con el brazo extendido, amenazas directas contra el Gobierno, anuncios claros de pronta sublevación. Luego descienden hasta el centro de la ciudad dando vivas al fascismo y mueras a la República. Cuando algunos obreros quieren cortarles el paso, la Guardia Civil dispara sus fusiles contra los trabajadores.

Dos días después se reúne la Diputación Permanente de las Cortes. Acuden todos. Gil Robles y Ventosa, Goicoechea y Vallellano anuncian sin eufemismos el levantamiento militar. El Gobierno les oye y no sabe qué responder. Luego les deja que se marchen tranquilamente a esperar, desde Francia, el curso de los acontecimientos.

Únicamente el pueblo está en su puesto. Hace ya tres noches que no duerme. La organización confederal vigila los acontecimientos. Todos los sindicatos están clausurados, y los mejores militantes —Mera, Antona, Marín, López, etc.— en la cárcel. No importa. Las viejas pistolas han salido de sus escondites. Los trabajadores están en las calles. Forman grupos nutridos que rodean los cuarteles, que vigilan la entrada y salida de coches, que esperan la hora cercana de comenzar a actuar. El Comité de Defensa está en pie día y noche. Los compañeros van y vienen con noticias y datos. Tenemos hombres en todas partes. En los cuarteles también. y de los cuarteles son más alarmantes, a cada instante, los informes que se reciben.

Los socialistas, los comunistas, los trabajadores de la UGT y de las Juventudes, también están en la calle. Se han borrado en el acto todas las diferencias. No hay discrepancias ni luchas. Todos juntos esperan al enemigo común. Todos juntos sabrán vencerle cuando la hora sea llegada.

Pasan así otros dos días. Todavía es tiempo de hacer algo. Todavía puede el Gobierno licenciar a los soldados, armar al pueblo, encerrar o fusilar a los principales comprometidos. Pero el Gobierno no hace nada. No se atreve a hacer nada. Quince días atrás, antes de la ejecución de Calvo Sotelo, estuvo Yagüe en Madrid. Venía ya como sublevado. Visitó a Casares en el Ministerio de la Guerra. Al entrar, pegó un puntapié a la puerta. A la salida, continuaba siendo el jefe supremo del Tercio. Casares está hundido

en sí mismo sin saber qué hacer. Sólo sabe enfadarse cuando algún republicano o algún obrero le habla del próximo pronunciamiento: «No harán nada. ¡Y ay de ellos si lo intentan! El Gobierno tiene tomadas todas sus medidas».

En realidad, el Gobierno no ha tomado medidas de género alguno. Llega el 17 de julio. El Parlamento está cerrado. En el Congreso, a la caza de noticias, discuten aburridos unos cuantos periodistas. A las cinco de la tarde llega Indalecio Prieto. Está nervioso y un poco pálido. Los periodistas le rodean, preguntan. Prieto, con voz lenta y grave, replica: «Esta mañana se ha sublevado la guarnición de Melilla y han sido asesinados varios centenares de obreros...».

La guerra ha comenzado. El Gobierno no tardará en hundirse...

Los periódicos de la tarde no dicen una sola palabra de la sublevación. No se habla de otra cosa en las redacciones de los diarios. La noticia está en todas partes. En torno a ella se hacen los más diversos comentarios. Pero los periódicos acusan completa tranquilidad. Hablan de la próxima reapertura de las Cortes, de la corrida del domingo, de la vuelta ciclista a Francia... El Gobierno no quiere alarmas. Está seguro del fracaso fascista. Blasco —un ceceante y untuoso ministro sevillano, que procurará cruzar cuanto antes el Atlántico— se lo ha dicho a los periodistas: «Hay cierta inquietud militar. Pero no pasará nada. Tenemos la palabra de honor de todo el mundo...».

La censura tacha ferozmente toda referencia a los sucesos que se desarrollan en África. En las calles, la gente sigue haciendo su vida normal. La huelga de la construcción continúa. Esta noche —estamos en el viernes 17 de julio— se reúnen diversos comités confederales para estudiar la marcha del conflicto. Está el Comité Regional, el de Defensa, la FAI, las juventudes y los ateneos. La reunión empieza con cierto nerviosismo. De pronto, uno —¿recordará alguien hoy quién fue este uno? —trae la noticia: «Los militares se han sublevado. En Melilla han sido asesinados todos los compañeros...».

La noticia se acoge con cierto escepticismo. ¡Ha circulado tantas veces ya! Pero ahora es verdad. En todas partes tiene plena confirmación. Quitándole importancia, pretendiendo hacer pasar la sublevación de todo un ejército por incidente sin trascendencia. Y siempre, en todos lados, respirando confianza plena, optimismo sin límites: «El Gobierno tiene todos los resortes. La sublevación será aplastada».

Pero los compañeros no se fían. Horas después, en la misma noche, vuelven a reunirse los militantes. Han estado en las barriadas, han hablado con los compañeros, han montado las guardias. La organización se moviliza rápida y silenciosamente. En torno a los cuarteles aumentan los grupos. La Puerta del Sol está invadida por anarquistas. Todo el centro de Madrid, bajo la aparente tranquilidad de la noche estival, está en pie de guerra. Un buen burgués no advertiría nada extraño. No sabría que entre los grupos de cómicos y músicos que otras noches llenan las aceras de Sol, hay esta noche unos puñados de obreros. Hablan y pasean pacíficamente, pero llevan la mano en el bolsillo. Y en el bolsillo la pistola que hace unos minutos engrasaron cuidadosa, amorosamente...

CAPÍTULO 2

Frente al fascismo, la revolución

A LAS OCHO DE LA MAÑANA del sábado, la radio da la primera noticia de la sublevación. Con un exceso de optimismo también: «Un grupo de militares traidores a su juramento se ha levantado en armas contra el pueblo en algunos puntos de África. El Gobierno envía tropas para dominar la insurrección. Dentro de pocas horas se habrá restablecido la normalidad». Pero ya sólo le creen los papanatas. Toda la militancia de Madrid está alerta. Nadie durmió la noche anterior. Todos están preparados para emprender la lucha. Pero no se tienen armas ni municiones; los centros están cerrados y muchos militantes en la cárcel. ¡No importa! Los que están en libertad se disponen a luchar. Con pistolas del 6,35, con bombas fabricadas apresuradamente, con piedras, con los dientes...Todas las contrariedades carecen de importancia frente a la decisión heroica del proletariado. ¡Por encima de todo, a luchar!

En plena Puerta del Sol se reúnen muchos compañeros. Los unos son huelguistas de la construcción; los otros, obreros que hoy no han ido al trabajo. Hay, con las miradas más que con la voz, un breve cambio de

impresiones. Y rápidamente se traza el camino a seguir: «Tenemos que abrir los centros, que libertar a los presos, que lograr armas...».

El primer proyecto se realiza sin pérdida de tiempo. Nadie se molesta en pedir permiso al Gobierno. Como un alud, la avalancha de obreros gana la calle de la Luna, rompe los precintos policíacos, abre las puertas de par en par. Ya tiene la organización sus centros abiertos. De todas las barriadas, de todos los pueblos cercanos acuden los compañeros. Los comités empiezan a funcionar apresuradamente. Allí están todos: el Nacional, el Regional, la Federación Local. Y, también, el Comité de Defensa.

(El Comité de Defensa ha de tener, en el curso de la revolución española, una importancia de primer orden. La tuvo ya antes de ahora. Fue el organizador y responsable de la defensa confederal; quien orientó a los grupos de acción en los movimientos huelguísticos; quien llevó todo el peso en los movimientos revolucionarios. Pero es ahora, en este momento único de España, cuando el Comité de Defensa va a adquirir su máxima importancia. Será la creación más genial, la improvisación más admirable del pueblo español. Y, también, quien maneje todos los hilos con los que se asfixie al fascismo en más de media España.)

De los comités reunidos sale pronto un acuerdo. Hay que ver al Gobierno; hay que exigir del Gobierno confianza en el pueblo y libertad de acción. No son horas de vacilaciones. Una comisión acude a entrevistarse con el ministro.

El ministro —Juan Moles— es un hombre débil e irresoluto. Al hablar le tiembla la barbita canosa. Recibe a los delegados de la CNT Pero no sabe aún todo lo que pasa en España. Es un buen burgués que ha hecho magníficos negocios. Tiene miedo al populacho. Le aterra la revolución. Cuando los obreros le exigen armas, replica: «El Gobierno no puede dar armas al pueblo. La situación es grave. Pero contamos con medios sobrados para dominarla...».

(El señor Moles estará hundido en el pesimismo dentro de unas horas. El señor Moles huirá valientemente de España, tan pronto como el esfuerzo heroico del pueblo le abra el camino de la frontera.)

Cuando los delegados vuelven a la calle de la Luna, nadie se sorprende por la negativa. Pero todos comprenden que ha llegado la hora de actuar. Va cayendo la tarde del sábado. Por Madrid corren los más extraordinarios rumores. Todavía conserva la ciudad su aire normal. Pero ya se observa que la gente mira recelosa a todas partes, como temiendo que de un momento a otro empiece la lucha. Los diarios republicanos y obreros han apresurado la hora de su salida. Traen noticias alarmantes. Se lucha en Sevilla, en Cádiz, en Córdoba, en Las Palmas, en Africa. La sublevación se va extendiendo paulatinamente. También aparecen los diarios fascistas Informaciones, Ya, El Siglo Futuro, La Época; se limitan a publicar, con mal ocultado regocijo, las noticias del levantamiento. Algún periódico obrero escribe a toda página: «¡Libertad o muerte!».

La calle de la Luna está llena de gente. No caben los compañeros en el amplio local y se desbordan por las calles cercanas. En las esquinas, con las pistolas en la mano, los que montan la guardia detienen a los transeúntes, obligan a mostrar un carné sindical para poder circular. Dentro están reunidos los militantes de Madrid, tomando determinaciones, trazando planes. Hay un acuerdo rápido y concreto: el Comité de Defensa llevará la dirección de la lucha. A él, en el aspecto bélico, se supeditará toda la organización. El comité está formado por delegados de todas las barriadas. A su frente, tres hombres: Eduardo Val, como secretario; Mariano Valle y Barcia. Tres nombres de obreros. Tres trabajadores de Madrid. Tres luchadores anónimos que, cuando el Gobierno se hunde, cuando el Estado desaparece, van a dar y ganar la batalla más formidable que conocieron los siglos, a los más famosos generales del ejército español.

Pronto traza sus planes el Comité de Defensa. Hace tiempo que todos los compañeros están organizados por barriadas para la lucha revolucionaria. Ahora hay que proporcionarles medios de transporte, de comunicación y de combate. De la calle de la Luna sale tajante la orden:

«Incautación de automóviles». Los compañeros taxistas ponen los coches a su disposición. Como no bastan, se cogen todos los autos que se encuentran. En cada coche una ronda volante. Cinco, seis o siete compañeros que recorren los barrios, que merodean por los cuarteles, que sirven de enlace rápido y directo entre el Comité de Defensa y todos los ateneos de las barriadas. También los ateneos están en pie de guerra. A centenares acuden a ellos compañeros y compañeras. Quien tiene una pistola la exhibe con legítimo orgullo. Quienes no, han buscado cuchillos, palos, piedras... Todos saben que ha llegado la lucha final. y todos están dispuestos a conquistar, a mordiscos, la victoria preciada.

Mientras, de noche ya, termina en la calle de la Luna la reunión de militantes. Hay un acuerdo pleno y total. Toda la militancia madrileña se dejará matar antes que dejarse vencer. Si el fascismo triunfa, sólo será pasando por encima de sus cadáveres. Cada uno marcha a ocupar su puesto. Todos los barrios se han levantado en pie de guerra. Los compañeros velan en torno a los cuarteles. Madrid —la CNT, en cabeza— se prepara a defender su libertad...

Las noticias se suceden con rapidez vertiginosa. Todas son malas. Como en trágica pesadilla van pasando de boca en oído las tristes nuevas que comunica el teléfono: «Sevilla, dominada por Queipo»; «Franco es dueño de Canarias»; «Los trabajadores, arrollados en Cádiz»; «Zaragoza, sublevada»; «Valladolid, ensangrentada por el fascismo»; «Dos tabores de regulares han desembarcado en Algeciras»...

Por la radio hablan sin cesar las organizaciones de izquierda y los líderes obreros. Voces de alerta, llamadas angustiosas, agitación desesperada. Ante el micrófono están los representantes de la UGT y de la CNT. La misma consigna: «Declarar la huelga general revolucionaria allí donde los militares quieran proclamar el estado de guerra». Isabelo Romero habla por la CNT: «Ellos lo han querido. Frente al fascismo, la revolución...».

Las calles hierven. Millares y millares de obreros se agrupan en los ateneos, en los círculos, en los radios. ¡Medio millón de obreros está alerta, esperando los acontecimientos. Pero casi todos están desarmados. Apenas si para tantos hombres, para tantas voluntades, hay unos centenares de pistolas. A cada hora se repite la petición apremiante. Grandes manifestaciones recorren las calles proclamándolo a voz en grito: «¡Armas, armas; queremos armas!».

Casares Quiroga se ha encerrado en una actitud incomprensible: «Yo no doy un solo fusil al pueblo. ¡Eso es la revolución!». (Por miedo a la revolución se facilita el triunfo del fascismo. Por miedo al pueblo se deja que los militares triunfen en media España. Por la cobardía de Casares Quiroga ha muerto más de medio millón de trabajadores en nuestro país.)

Al fin, no se sabe de dónde, salen las primeras armas. Casares no ha dado la orden. Moles, tampoco. Han debido ser algunos militares leales, desesperados ante la estupidez y la inconsciencia del Gobierno. A las puertas de algunos círculos socialistas, de algunas radios comunistas, llegan camiones cargados con fusiles, que se reparten vertiginosamente. Para la CNT, para la FAI, para las Juventudes Libertarias, no hay armas de ninguna clase. ¡Si las quieren, tendrán que conquistarlas, dando el pecho a las balas!

Pero pronto aparecen las primeras armas. Un camión cargado de fusiles pasa por la glorieta de Cuatro Caminos. ¿Para dónde iban? Importa poco. Un grupo de compañeros se dieron cuenta de lo que llevaba. Pistola en mano se llegaron al vehículo. A los pocos minutos, el camión estaba en su poder y los fusiles se repartían entre los compañeros de Cuatro Caminos y Tetuán. Eran los primeros fusiles. Conquistados, que no regalados. Eran los primeros fusiles, que aquella misma noche habrían de dormir ya en torno a los cuarteles donde acechaba la traición.

A las cuatro de la mañana se sabe la noticia sensacional. Casares Quiroga, cobarde, irresoluto, ha dimitido. En su lugar hay un Gobierno anfibio. A su frente, Martínez Barrio. Con él, Sánchez Román, Azcárate, Feced... Hombres moderados, hombres derechistas, hombres que ni siquiera

se han atrevido a firmar el burgués compromiso del Frente Popular. La declaración gubernamental, leída por radio, no engaña a nadie: «Buscamos», dice, «un punto de coincidencia para terminar con la grave situación actual». Quiere, dicho en otros términos, ponerse de acuerdo con los sublevados para entregarles el pueblo. La noticia irrita todos los espíritus. Espontáneamente se forman enormes manifestaciones. Van, como avalanchas, contra Gobernación y Guerra. Gritan: «Traidores, cobardes...».

Surgen oradores improvisados que arengan a las masas: «¡Nos han vendido! ¡Tenemos que empezar por fusilarlos a ellos!».

La organización confederal no duda ni vacila. Todos están acordes: «Éste es el gobierno de la traición. ¡Hay que barrerlo!».

El nuevo Gobierno fracasa en todas partes. Los obreros se levantan airados contra el pastel que se prepara. Los facciosos se burlan de los ministros cuando les llaman por teléfono. El fracaso es terrible. Corre peligro la vida misma de los ministros.

Hay que darse prisa. A las tres horas de formar el Gobierno, Martínez Barrio presenta su dimisión...

Es la primera victoria del pueblo. Empieza a alborear el 19 de julio...

Los compañeros llevan dos noches sin dormir, pero nadie tiene sueño. El Comité de Defensa trabaja a la desesperada por organizarlo todo. Ya hace mucho que en torno a los cuarteles están montadas las guardias. Ya hace tiempo que se tomaron todas las entradas de Madrid. Ya hace horas que grupos de compañeros recorren las barriadas, estableciendo un contacto perfecto con la calle de la Luna. Pero aún no basta. Los compañeros carecen de armas. Los mejores militantes están en la cárcel...

Se ha formado un nuevo Gobierno. A su frente está Giral. Como ministro de la Gobernación, Pozas. Una visita, fructífera, sobre los presos. David Antona sale de la cárcel la mañana del domingo. Es el secretario del

Comité Nacional. Pero aún quedan presos otros muchos, El propio Antona habla con el Gobierno la misma mañana del domingo. Un ultimátum: «Si no salen nuestros compañeros antes de tres horas, asaltamos la cárcel...».

Antes de las tres horas salen todos. (Entre ellos, hombres que mañana admirará el mundo. Uno, Cipriano Mera, aplastará las divisiones italianas en Guadalajara. Otro, Julio, será jefe de Brigada. Otro, Verardini, comandante de Estado Mayor. Y otros —López, Cecilio, González Marín, etc.—, figuras destacadas y sobresalientes en la marcha de la gran revolución española.)

Todavía faltan armas en el Parque de Artillería o no hay más que las de anoche, o no quieren darlas. Pero quedan, en cambio, las armerías. Los grupos no dudan un solo segundo. Una tras otra van siendo asaltadas todas las armerías. Es heterogéneo el material que se encuentra. Son, en su mayoría, escopetas de caza, revólveres viejos, cuchillos de monte... Escasea también la munición. Pero no importa. Un arma es un arma y la lucha ha comenzado ya.

Los demás partidos y organizaciones han imitado a la CNT en la requisa de autos. Están en mayoría, sin embargo, los que llevan los colores rojo y negro. En ellos, grupos de hombres, pistola en mano, que recorren Madrid, que cercan los cuarteles, que se disponen a la batalla. Todas las fuerzas de la guarnición están acuarteladas. ¿Sublevadas? Ni el ministro de la Guerra lo sabe. En los cuarteles no se puede entrar. De los cuarteles no dejan salir a nadie. Por teléfono se hablan de unos cuarteles a otros, entendiéndose con palabras previamente convenidas. En los guardias de asalto se puede confiar. En la Policía, muy poco. ¿ y en la Guardia Civil? El pueblo, nada. El ministro de la Gobernación, que es inspector general de la Guardia Civil, tiene la esperanza de conseguir que no se subleve...

Pero ya no es tiempo de cábalas. Ya han sonado los primeros disparos. Desde un convento de la calle de Torrijos se tirotea al pueblo. La gente reacciona rápida y violentamente. Pronto, con gasolina, se prende fuego a las puertas. La avalancha de obreros entra decididamente. Caen algunos.

Pero a los pocos momentos han muerto todos los fascistas. La revolución ha conquistado unos cuantos fusiles. La reacción ha perdido su primer baluarte.

El Comité de Defensa se multiplica. A cada barriada se le ha encargado un objetivo concreto. Millares de compañeros —desarmados, en su mayor parte— vigilan los cuarteles de la Montaña, del Pacífico, del Conde Duque, de María Cristina, de la Batalla del Salado... Otros han cercado los cuartelillos de la Guardia Civil en las barria— das. No pocos han ido a luchar a Carabanchel, a Vicálvaro, a Getafe... En el Comité de Defensa todas son noticias alarmantes. Muchas de ellas carecen de fundamento. Otras son ciertas. Los compañeros entran y salen a todo correr, armados con todas las armas. Val, sereno, imperturbable, sin perder la cabeza un solo minuto, da constantemente órdenes...

Pronto se establece diáfanamente la realidad. En Madrid, abiertamente, sólo se ha sublevado hasta ahora el cuartel de la Montaña. Los demás, siguen cerrados a piedra y lodo. Pero, desde ellos, todavía no se tirotea a los trabajadores. En el cuartel de la Montaña, sí. Un grupo de obreros, que ocupaba un automóvil, ha sido acribillado a balazos. Una camioneta que volvía de La Playa ha sido agujereada por más de cien disparos. Entre los ocupantes del cuartel y los trabajadores que lo sitian, empieza duramente el combate.

En la Casa de Campo, en el puente de Segovia, al mando de Mangada, tres o cuatro mil hombres —socialistas, comunistas, anarquistas y republicanos— ultiman sus preparativos para marchar sobre Campamento. En el puente de Toledo, en Delicias, en el barrio de Usera, otros millares de hombres vigilan los caminos de Carabanchel y Getafe. Apresuradamente se han levantado parapetos y barricadas. Madrid está en pie de guerra. En la Puerta del Sol, en un amplio palacio, un hombre llama nervioso a unos teléfonos que no contestan. En el Palacio de Buenavista, casi abandonado por todo el mundo, otro hombre se llama ministro de la Guerra. y allá, escondidos en la calle de la Luna, tres hombres con mono de obreros, tres trabajadores que llevan varias noches sin dormir, organizan la defensa del

pueblo y se aprestan a lograr el triunfo para la revolución. Los tres hombres —Val, Valle, Barcia— son el Comité Regional de Defensa del centro. A ellos no les falta ningún resorte. A ellos les siguen y obedecen millares y millares de obreros prestos a dar su vida por la libertad...

Barcelona ha triunfado hoy. Madrid templa sus nervios en esta noche tibia taladrada por el ladrido furioso de las ametralladoras. España vive una hora crítica. El día que amanece, será el más glorioso de la historia de Madrid, capital invicta de nuestra revolución...

CAPÍTULO 3

La primera batalla de Madrid

MADRID SE DESPIERTA bajo el estampido de los cañones, entre el zumbido monótono de los aviones que cruzan el aire, frente al trágico dialogar de las pistolas y de los fusiles. Cruzan las calles coches cargados de obreros con armas que van o vuelven de los puntos de lucha. Vigilan muchachos armados las entradas de la ciudad. Saltan los cristales al estampido de los morteros y las bombas de mano. Desde anoche se combate sin interrupción. Desde anoche se pelea a muerte en cien puntos distintos. Ya no son tan sólo los cuarteles. Ahora son, también, las iglesias y los conventos, las terrazas y los palacios. Sobre los obreros que defienden la libertad, sobre los trabajadores que se juegan la vida, disparan los señoritos ocultos en los pisos altos, instalados en las iglesias transformadas en fortines. Hay, durante la mañana, momentos delicados y graves. Los «pacos» distraen nuestras fuerzas. Quieren restar efectivos para el asalto de los cuarteles. Quieren dividir la atención, desperdigar a los hombres armados, para facilitar la salida de quienes se defienden en los cuarteles. Pero no logran sus propósitos. Los trabajadores han recibido instrucciones concretas. Primero, los cuarteles. Luego, el exterminio de los «pacos».

En el Comité de Defensa se viven horas de nerviosismo. Todos los compañeros están en la calle. Todos se han lanzado a la lucha en torno a los cuarteles. Todos pegan tiros y pugnan por ser los primeros en entrar en los reductos de la traición. A cada instante llegan compañeros que traen noticias o piden órdenes. Llegan corriendo, suben de tres en tres las escaleras, penetran rápidos en la habitación, hablan a gritos, sucios de polvo, apretando nerviosos la escopeta o la pistola. Ahora son los compañeros del puente de Segovia que hablan de la sublevación de Campamento. Al instante, los de Delicias que cuentan la actitud expectante de los guardias de Batalla del Salado. Más tarde, los de Vicálvaro, después, los de Getafe. En Getafe se ha sublevado el cuartel. Los compañeros del pueblo, con los del Ateneo del Sur, se comprometen a dominarlo. Poco después llegan los de Vallecas, los de Tetuán, los de Chamartín...

Hay que resolver cien problemas a un tiempo, en el acto, sin vacilaciones. Resolverlos mientras retumban los cañones y hablan las ametralladoras. Resolverlos, porque de ellos depende la vida de millares y millares de compañeros. Y, sereno, impérturbable, Val les va dando solución. Es un hombre sin nervios. Es un luchador frío que medita y ordena con breves palabras. Los compañeros atienden al pie de la letra sus indicaciones. Mientras se lucha en las calles de Madrid, se acaba de revelar un hombre. El Comité de Defensa transformará estos grupos de obreros entusiastas en ejército invencible. El Comité de Defensa será, cuando todo falle, cuando se hunda todo, quien decida la suerte de Madrid y de la revolución española.

En torno al cuartel de la Montaña está lo mejor del anarquismo madrileño. Más de mil hombres —pañuelos rojinegros, las tres letras, CNT, clavadas en el corazón— se baten en primera línea. Unos tienen armas; otros, no. Los que carecen de armamento, esperan anhelantes la caída del compañero para recoger su pistola o su fusil y seguir disparando. Es un caso único en la historia del mundo. Es un valor sin tasa ni medida. Los hombres avanzan, a pecho descubierto, bajo el fuego graneado de las ametralladoras, hasta las puertas mismas del cuartel, para disparar sobre seguro. Cuando

uno cae, no importa. Cuatro se disputan su pistola. Veinte, el puesto que dejó abandonado.

Dentro del cuartel está la flor y nata del ejército español. Dentro hay dos regimientos de Infantería, uno de zapadores y otro de alumbrado, y más de mil señoritos fascistas. Dentro está un general, siete coroneles, cuarenta comandantes y varios centenares de capitanes, tenientes y alféreces. Dentro hay, en total, unos cuatro mil hombres armados con todas las armas, fortificados en un edificio fuerte, dominando todos los alrededores. Muera está el pueblo. Podrán ser tres o cuatro mil los hombres que cercan el cuartel. Hay, entre ellos, guardias de asalto, que pelean con bravura. Hay obreros socialistas, republicanos, comunistas y anarquistas. Hay, también, algunas ametralladoras y coches blindados. Hay, además, un cañón del 10, que los obreros han traído a rastras, no se sabe de dónde, y que dispara a cero sobre el cuartel. Pero la mayoría de los que cercan el cuartel no tienen armas. La lucha es desigual. Pero mientras los traidores no tienen moral, los trabajadores luchan con entusiasmo sin límites y una fe absoluta en la propia victoria...

Los que combaten rodeando el cuartel tienen prisa en tomarlo. No saben lo que pasará en otros sitios. Se oyen tiros en muchas direcciones. En Campamento y en Getafe se esta peleando también. ¿ y en el interior de Madrid? En el interior dialogan ininterrumpidamente las pistolas entre los autos cargados de obreros y los fascistas fortificados en determinados edificios. Pero la conquista no es fácil. Hay un momento en que se cree alcanzada ya la victoria. En una ventana del cuartel aparece, como bandera de paz, una sábana blanca. El júbilo estremece a las masas: «¡Ya son nuestros!». Como una avalancha avanzan los obreros sobre el cuartel. Pero, cuando están cerca, cuando lo tocan casi con las manos, una ráfaga de ametralladora barre las primeras filas. Hay que retroceder. Es preciso continuar el cerco, apuntando bien, procurando aprovechar las balas. Se lucha con rabia, con odio, con desesperación. Poco a poco, van apagándose los fuegos del cuartel. Se ve que la resistencia decae, que la moral facciosa flaquea, que no podrán resistir mucho tiempo. Un compañero, herido de un

balazo, alegre en medio de sus dolores, ebrio de triunfo, dice en el Comité de Defensa: «Antes de media hora estaremos dentro...».

(Val sonríe. Hace dos horas que no le preocupa ya el cuartel de la Montaña. Ahora le inquietan otros cuarteles, y las columnas fascistas que, por Guadalajara y la sierra, avanzan sobre Madrid.)

Son las doce de la mañana del día 20 de julio cuando se inicia el asalto. Los hombres —monos desgarrados, barbas crecidas, ojos de no dormir en cuatro noches— se lanzan a pecho descubierto. Caen algunos en el ataque. Los demás, saltan sobre ellos y empuñan nerviosos las armas con que han de vengarlos. Toda la resistencia es inútil. Los soldados —que dispararon mientras los jefes fascistas les tuvieron con la pistola amenazándoles la nuca— levantan los brazos y dan vivas a la revolución. Los oficiales y los fascistas huyen a refugiarse en el interior del cuartel, sin dejar de disparar sus pistolas. Pero nada puede contener a los obreros, a los revolucionarios. Entran por todas partes: por las puertas, que saltaron hechas añicos, por las ventanas, por el hueco que los cañonazos abrieron en las paredes. Y a su frente, peleando como leones, marcando el camino de la victoria, los militantes más destacados de Madrid, todos los comités de la organización en pleno, hombres como Mera, como Salgado, como Sanz, como Antona, como Mora, como «Nobruzán», como tantos y tantos cientos de compañeros heroicos que desprecian la vida por conquistar la libertad. Un dato, un solo dato concreto y ejemplar: apenas han saltado las puertas, cuando los tiros resuenan por todas partes, un auto penetra a toda marcha en el patio del cuartel y entabla combate con los oficiales. En el coche, va el comité del Ateneo Libertario del sur...

Ahora se combate tan sólo en varios extremos del cuartel. Grupos de oficiales, grupos de señoritos fascistas resisten disparando sus pistolas ametralladoras. Los soldados salen con los brazos en alto, con la alegría de la liberación en la cara, con un viva revolucionario en los labios. La resistencia de los que disparan es corta. Sobre ellos pasa, como un rodillo, la indignación popular. Algunos, en un resto de dignidad, se suicidan. Otros, mueren en la lucha contra el pueblo.

Pero los principales responsables no tienen valor para morir. El general, los coroneles, los comandantes, escapan por una puerta trasera, se entregan aterrados a los guardias de asalto. El general, promotor de la traición, se arranca las insignias, y dice llorando a los guardias: «Me han engañado; me han engañado...».

Y, efectivamente, le han engañado. Le dijeron que el pueblo callaría cobarde ante el resonar de los charrascos militares. Le dijeron que ya tenían todos los resortes del poder. Le dijeron que los obreros huirían al sonar los primeros tiros. Y él, Fanjul, que preparó la traición con Franco cuando Gil Robles era ministro de la Guerra, ha visto que los trabajadores no corren, que el pueblo no se rinde, que el proletariado tiene más valor que los chulos, que hicieron de un valor supuesto chantaje para explotar a España.

(Dentro de un mes, el general comparecerá ante los Tribunales. Le temblará, nerviosamente, la barbita blanca, como a los coroneles y comandantes les tiemblan las piernas al enfrentarse con el pueblo. Buscará una explicación cobarde: «No me sublevé. Pasaba por el cuartel y entré a saludar a unos amigos. En aquel momento, los obreros iniciaron la agresión contra el ejército...»).

La toma del cuartel tiene una doble importancia. La de aplastar un reducto de la traición, clavado en el corazón de Madrid y la de proporcionar al pueblo las armas que necesita para su defensa. Los compañeros han alcanzado un gran botín. Además de armarse todos los que participaron en el asalto, unos mil en total— Ia mayoría de los cuales corren ahora, despreciando las exhibiciones callejeras, al asalto de otros reductos facciosos—, empiezan a llegar coches y camiones atestados de armas a la calle de la Luna. A la calle de la Luna llegan a montones compañeros en espera de armas. Descargan las armas de los camiones y las meten en el local para hacer su recuento y su distribución. Pronto se sabe todas las que se han traído. Son ochocientos fusiles, muchas pistolas, siete ametralladoras y gran cantidad de municiones. No conviene gastarlas. No conviene que las armas vayan a manos que carezcan del coraje preciso para emplearlas. Hay

que hacer la distribución bien, a hombres de confianza absoluta. El Comité de Defensa reparte las armas por barriadas, por grupos perfectamente controlados, a cuyo frente figura un buen compañero. Nadie ha pensado todavía en las milicias. Nadie cree aún que la guerra pueda durar más de ocho o diez días. Pero, sin embargo, la distribución de las armas del cuartel de la Montaña se hace con un sentido de responsabilidad estricta y en forma que ya constituye un magnífico precedente para el día muy próximo en que se formen las primeras milicias populares.

Nadie ha preparado nada. Todo hay que improvisarlo al calor de la lucha. Pero el Comité de Defensa empieza a funcionar magníficamente. Las armas son distribuidas de una manera certera, para que puedan ser utilizadas ahora mismo contra los reductos en que todavía resiste la traición. Al mismo tiempo, empiezan a organizarse los servidos auxiliares. El Sindicato de Sanidad está movilizado por completo. Cuarenta de nuestros heridos del cuartel de la Montaña han sido traídos hasta la calle de la Luna. Allí empiezan a funcionar los servicios sanitarios. Allí se empieza a pensar en los hospitales que nuestros hombres necesitarán. Y allí, cuando todavía dialogan los fusiles en el centro de Madrid, se echan los primeros jalones de la Sanidad confederal, que ha de ser ejemplo, admiración y asombro del mundo entero...

No ha terminado la lucha en Madrid con la toma del cuartel de la Montaña. Al mismo tiempo que en la calle de Ferraz, se combate en otros muchos puntos de Madrid. Ya, anoche, los compañeros de las barriadas, los grupos anarquistas de diferentes regimientos, dieron cuenta a la organización de la situación en que se encontraba cada una de las unidades que guarnecen Madrid. Los de Vicálvaro han cumplido su palabra. Los jefes y oficiales son reaccionarios. Pero sargentos y soldados han sido ganados por la propaganda anarquista. Los fascistas no harán nada. No podrán hacer nada. Si lo intentasen, los soldados bastan para colocarlos de cara a la pared. Sin embargo, como medida de precaución, fue preciso enviar grupos de compañeros bien armados que cercaran el cuartel. Si los militares querían sublevarse, debieron convencerse pronto de que toda resistencia

sería inútil. El cuartel está pronto en manos de los compañeros. La artillería de Vicálvaro ha de ser de una importancia decisiva en las jornadas próximas.

En Getafe, la situación es más difícil. Los militares se sublevan. Por unas horas dominan el cuartel y se apoderan, de acuerdo con los Facciosos, de la fortaleza del convento de los Escolapios. El cuartel no puede resistir mucho. Los compañeros que tenemos dentro y los que enviados por las barriadas de Usera y Delicias lo cercan, acaban con la resistencia. Ha habido unos muertos y varios heridos. En los Escolapios no ha quedado un solo fascista. Pero, a mediodía ya, la situación del cuartel no es nada clara. Los militares que aparentaron someterse al pueblo, no quieren colaborar con él para dominar la rebelión de otros reductos facciosos. No se puede consentir esto. O están con el pueblo o están contra él. Los cañones, las ametralladoras y los fusiles de Getafe han de emplearse de una manera activa. En la calle de la Luna hay una reunión rápida —ya está tomado el cuartel de la Montaña— de los Comités Nacional, Regional y de Defensa. ¡Hay que solucionar de una vez lo de Getafe! Un hombre, Isabelo Romero, sale para Getafe al mando de cincuenta compañeros para solucionar el problema. O los militares sirven al pueblo o se toma por asalto el cuartel. Isabelo Romero es el secretario del Comité Regional. Pero en la CNT no hay caudillos ni jerarquías. En estos momentos de lucha, los líderes marchan en cabeza, se juegan la vida como los demás, la pierden como el último afiliado. Isabelo Romero penetra solo en el cuartel de Getafe, a sabiendas del peligro que corre. Hay un diálogo breve y nervioso: «¿A qué esperáis para luchar al lado del pueblo contra los traidores de Campamento?». «Aguardamos órdenes del Ministerio de la Guerra...» «No hay órdenes que valgan. El Ministerio no existe ahora. O lucháis ahora mismo al lado del pueblo o tomamos por asalto el cuartel...»

Los oficiales se deciden. Las puertas del cuartel se abren de par en par. Los soldados confraternizan con el pueblo. Todos juntos, marchan sobre Leganés para caer por la espalda sobre Campamento. En Leganés, los ingenieros no se atreven a ofrecer resistencia. Campamento se encuentra

sitiado entre el fuego de los artilleros de Getafe y los millares de hombres que suben al asalto por la carretera de Extremadura y por las proximidades de Carabanchel...

Los compañeros, todos los compañeros, se multiplican en este día histórico. Están en todas partes. Pelean sin tregua ni descanso. Se juegan la vida cien veces por minuto. Mientras otros, una vez conquistada la Montaña, creen cumplido su deber y se dedican a exhibiciones espectaculares; los nuestros no pierden un segundo. Los autos que llevan a quienes tomaron la Montaña, enfilan hacia otras direcciones. Hay una cabeza que dirige y millares de hombres que obedecen sin disputas ni vacilaciones. Dominado el cuartel de la Montaña, asegurados Vicálvaro y Getafe, hay que aplastar la rebelión de Campamento. y sobre Campamento concentra la CNT lo mejor de sus efectivos.

Desde el sábado por la noche están en la Casa de Campo, preparados para cortar cualquier intento sobre Madrid, millares de socialistas, de comunistas, de republicanos y de anarquistas. Están también —no importa a qué partido o sindicato pertenezcan— todos los jóvenes del puente de Segovia. A su frente, dirigiéndoles, el teniente coronel Mangada. Durante treinta horas aprenden a manejar las armas, abren trincheras, levantan barricadas, fortifican los edificios, por si los sublevados de Campamento pretenden marchar sobre Madrid. El lunes por la mañana reciben orden de avanzar. Pero el avance es difícil. Los facciosos están bien parapetados. Disponen de morteros, de ametralladoras y cañones. La mayoría de los que avanzan no han entrado nunca en fuego. Los facciosos les dejan acercarse. Luego disparan con los cañones a cero. Caen algunos destrozados por la metralla. Los otros, sorprendidos, retroceden. Reaccionan pronto y vuelven a avanzar. Otra vez entran en fuego la artillería y los morteros. Vuelta a retroceder. El episodio se repite varias veces. Pero los revolucionarios han aprendido a tirarse al suelo, a caminar esparcidos, a ofrecer poco blanco a la metralla enemiga. Pasan varias horas, pero cada vez están más cerca.

Desde Carabanchel también se avanza. En el puente de Toledo se han organizado varios centenares de hombres. El Ateneo Libertario ha puesto en

pie a la barriada. Y el lunes, todos, decididos, resueltos, unos con pistolas o escopetas y otros sin armas de ningún género, se lanzan al ataque. Se repite aquí lo que pasó a los compañeros de la carretera de Extremadura. Pero se repite, también, la reacción inmediata y el avance. A mediodía todos, unos y otros, reciben refuerzos considerables. En autos y camiones vienen compañeros armados con fusiles del interior de Madrid. Llegan, también, algunos camiones semiblindados que el Transporte y Metalúrgicos han entregado al Comité de Defensa. Sobre ellos, a toda prisa, se han instalado varias de las ametralladoras conquistadas en la Montaña. Desde Leganés caen sobre Campamento los artilleros de Getafe y centenares de compañeros de los pueblos cercanos. Tienen los traidores una situación magnífica, una defensa fácil. Ocupan puntos elevados, edificios fuertes, lugares fortificados. Tienen varios millares de hombres y un jefe, a su cabeza, que sabe que la derrota va unida a la muerte. García de la Herranz obliga a luchar a todos, a pelear, a disparar los cañones, los morteros, las ametralladoras. Hay momentos en que cree posible vencer. Pero...

Pero nada ni nadie es capaz de contener a los trabajadores madrileños en este día de julio. Tras tirase al suelo, para aguantar una ráfaga de ametralladora, un grupo se pone en pie, agita los fusiles, grita: «¡Viva la FAI!».

Y se lanza a la carrera hacia adelante. Dos de los que corren dan una voltereta trágica y caen pesadamente al suelo. No importa. Electrizados por su ejemplo centenares de hombres corren al asalto, pasan por encima de los muertos, penetran en Campamento. La lucha es ahora breve y dura. Tiros de pistola, fusiles manejados como mazas, ayes de dolor y gritos de victoria. El reducto faccioso se ha hundido ante el empuje del pueblo en armas...

Tres periodistas han entrado, peleando en cabeza, en los cuarteles. Uno es viejo, republicano, con el pelo blanco, Lezama. Los otros son jóvenes revolucionarios, con todo el júbilo del triunfo en las pupilas. Juntos encuentran el cadáver de García de la Herranz. Juntos participan en el reparto de armas.

Pradas ha luchado con una escopeta de caza; Angel de Guzmán con una pistola de 6,35. Cuando se inicia el retorno, cuando corren a la pelea, que ahora arde en el centro mismo de la ciudad, cada uno empuña un fusil magnífico y nuevo...

Uno tras otro han caído los cuarteles de la traición. La Montaña, Getafe, Wad— Ras, Leganés, Vilcálvaro y Campamento están ya en manos del pueblo. Pero la lucha no ha terminado. Empieza ahora otra pelea más dura y dramática aún. Se inicia el combate a muerte contra los «pacos», contra los grupos fascistas, contra los millares de requetés, monárquicos, curas y pistoleros fortificados en las casas más fuertes de Madrid. No es fácil la empresa. El traidor lucha a la desesperada. Sabe que al apretar el gatillo de la pistola firmó su sentencia de muerte. Se defiende como ya costa de lo que puede. Cuando está solo tira desde una azotea, se corre a las vecinas, baja y sube por las escaleras, procurando asesinar a traición a los milicianos desprevenidos. Cuando forma un grupo se parapeta horas y horas en cualquier iglesia, en cualquier rascacielos, en cualquier edificio con paredes gruesas y defensa fácil...

Son varios millares los pistoleros empleados en esta ofensiva. Se quiere gastar los nervios del pueblo, derrochar sus municiones, sembrar el terror, entretener a los hombres hasta que lleguen las columnas de Mola, que avanzan por la sierra y Guadalajara. Pero el intento fracasa. La resistencia de los fascistas no alcanza los límites previstos. En el Capitol se han encerrado cincuenta o sesenta señoritos. Tienen pistolas ametralladoras y rifles americanos. El edificio es alto y fuerte, domina los alrededores, parece imposible de asaltar. Uno de los traidores dice alegre al empezar a disparar: «¡Aquí podemos resistir lo menos dos meses!».

Pero no resisten ni siquiera dos días. Ni uno. Caen muchos hombres en la plaza del Callao, en la avenida de Pi y Margall, en la de Eduardo Dato. Pero los trabajadores llegan a las puertas del edificio, las destrozan con dinamita, suben por las escaleras. Arriba se libra una lucha trágica y sorda. Al final, los señoritos se estrellan contra el asfalto de la calle, arrojados desde una altura de setenta metros...

Se suceden los episodios dramáticos durante toda la tarde. La pelea tiene cien veces mayor emoción que la lucha en torno a los cuarteles. Pero el pueblo ni se desconcierta ni vacila. Uno tras otro va tomando por asalto los reductos y los fortines. En cada uno deja varios compañeros. Pero en cada uno encuentra armas con que armar a un puñado de luchadores.

Los coches de la CNT y de la FAI recorren las calles. Dentro, un grupo de hombres con fusiles. Encima, un par de colchones para resguardar de las balas. Tan pronto como suena un tiro, los hombres se echan al suelo. Ninguno vuelve a montar en el auto, mientras no han sido exterminados los autores de la agresión.

Pero esta lucha es lenta y pesada. Entretiene a muchos hombres, cuesta muchas vidas y distrae mucho tiempo. En el Comité de Defensa, luego de la jornada de muerte y gloria, se ha reunido toda la organización de Madrid. Los hombres —con los ojos hinchados por el sueño, con la ropa desgarrada, con la cara negra por la pólvora— están satisfechos. Pero Val abre una interrogante: «¿Qué pasa en el resto de Castilla?».

Todos están pensando lo mismo. Nadie sabe qué replicar. Los compañeros que salieron ayer para Toledo, para Guadalajara, para Avila y Segovia no han regresado. ¿Qué ha sido de ellos? Ninguno se atreve a contestar. Todos piensan lo mismo. En Madrid se ha triunfado. Pero las columnas facciosas pueden estar, mientras aquí siguen dialogando pistolas y fusiles, a dos kilómetros de nuestra ciudad.

Una noticia cierta. Una sola noticia: Alcalá y El Pardo son de los fascistas. Se refuerzan las guardias en las entradas de las carreteras. Se montan ametralladoras sobre los camiones. Se ultiman los preparativos. Nadie piensa en dormir, aunque duele el cuerpo por la fatiga y los ojos se cierran. Val concreta y resume el pensamiento de todos:

«Mañana mismo tenemos que tomar Alcalá y El Pardo...».

CAPÍTULO 4

El cerco roto

MARTES, 21 DE JULIO. Todos los periódicos de izquierda —los de derecha no se publican ya— han lanzado sus campanas al vuelo. Pero la situación no está resuelta. En las calles de Madrid continúa la lucha contra los focos rebeldes, contra los «pacos». Van cayendo poco a poco, pero no cesa el estampido de los disparos. Varios millares de hombres están consagrados a terminar con la facción. No tardarán muchas horas en conseguirlo. Pero ¿será todavía tiempo?

Ya no caben dudas sobre la suerte de la región. Los enlaces que anoche envió el Comité de Defensa vuelven con datos concretos: «En Ávila mandan los fascistas»; «En Segovia se han sublevado los cadetes»; «En Alcalá y Guadalajara los obreros no han podido resistir»; «En Toledo el gobernador, con el coronel Moscardó y los alumnos de la Academia, ha empezado a fusilar obreros...».

La situación es crítica. Madrid es nuestro. Pero Madrid está rodeado de un cinturón de hierro. Por el norte, por el sur, por el este y por el oeste, todas sus comunicaciones están cortadas. ¡Hay que abrirlas pronto! Si no, Madrid está perdido. Pronto avanzarán sobre él las guarniciones sublevadas.

Y aunque no avance, Madrid, cercado, sin producir nada, caerá pronto por falta de municiones y de víveres. El Gobierno, asombrado del triunfo de ayer, no sabe qué hacer. Reacciona demasiado despacio. Actúa con muchas dificultades para que su acción pueda ser eficaz. Hay todavía muchos fascistas emboscados en sus organismos que dificultan la acción. Han de ser las organizaciones obreras quienes impriman a la lucha la energía debida. Ha de ser el pueblo, abandonado por sus ministros, traicionado por sus militares, quien continúe resolviendo la situación...

De madrugada están reunidos en la calle de la Luna, con el Comité de Defensa, todos los militantes de Madrid. Ninguno ha dormido esta noche. Ni la anterior. Ni la otra. Todos saben que ha llegado la hora decisiva. Ahora escuchan a los enlaces. Piensan, con los ojos entornados. Hablan con voz quebrada por el cansancio. Val recoge todas las opiniones. Luego, rápido y certero, traza el plan:

Lo más urgente es romper el cerco de Madrid. Por el norte es inútil querer avanzar. Toda Castilla la Vieja está en poder del fascismo. Por ahí no conseguiríamos comunicación con ningún sitio. Por el oeste tampoco. Cáceres y Salamanca son fascistas también. En poder de los obreros está, en cambio, todo Levante y Cataluña. Cerrándonos la comunicación están Alcalá, Guadalajara y Toledo. Tomadas las tres ciudades, Madrid tendrá comunicaciones por el sur y el este. Son tres focos aislados, sin comunicación entre sí. Conquistándolos serán nuestras todas las provincias de Cuenca, de Guadalajara, de Toledo y de Ciudad Real. Albacete, aislado, caerá por sí solo. Y además, abriremos ante nosotros, con la toma de Guadalajara, el camino de Zaragoza...

Al nombre de Zaragoza brillan todos los ojos. Zaragoza es un baluarte confederal. Zaragoza ha sido vencida por la traición. Zaragoza estará presenciando ahora el asesinato de millares de compañeros que tenemos que vengar. El plan del Comité de Defensa se aprueba sin discusión. Media hora después, de todas las barriadas salen camiones con dirección a Alcalá. Muchos van durmiendo por el camino, con el fusil apretado entre las piernas. El tableteo de las ametralladoras será su despertador...

Alcalá es una ciudad histórica. Tiene muchos conventos, torres altas y fuertes, un cinturón de viejas murallas de tierra. En Alcalá hay dos regimientos de guarnición. No tienen cañones. Pero disponen de fusiles y ametralladoras en abundancia. Han levantado barricadas, construido parapetos y esperan el ataque. Nosotros no hemos podido enviar los hombres que quisiéramos. Varios centenares han salido para la sierra a conquistar los puertos. Otros luchan en El Pardo, en unión de socialistas y comunistas, contra la guarnición sublevada. Tres o cuatro mil vigilan las calles de Madrid y siguen luchando para acabar con los «pacos». Muchos están heridos. Otros aprenden precipitadamente el manejo del fusil para salir mañana mismo con dirección a cualquier frente. Pero si no son tan numerosos como quisiéramos; si acaso están en número inferior a los que defienden Alcalá; si disponen de menor armamento, tienen sobra de entusiasmo y Coraje.

Una y otra vez se lanzan nuestros hombres al ataque. Delante, en cabeza, los líderes más conocidos. Una y otra vez las ametralladoras colocadas en las torres de las iglesias, vomitan su metralla contra los trabajadores. ¡No importa! Los luchadores obreros siguen adelante, sin contar sus muertos, despreciando la vida. Pronto las murallas de Alcalá son nuestras. Pronto van cayendo una tras otra las iglesias, los conventos, los cuarteles. Muchos oficiales mueren. Otros son hechos prisioneros. La mayoría huyen como gamos en dirección a Guadalajara, donde esperan contener y derrotar el empuje magnífico del pueblo en armas.

La lucha ha durado varias horas. Pero Alcalá es nuestro. El botín es magnífico. Varias ametralladoras, muchos fusiles, gran cantidad de pistolas. Centenares de compañeros tendrán armas esta noche. Serán necesarios todos. Porque todavía no se ha hecho más que iniciar la lucha para romper el cerco que el fascismo tiene puesto a Madrid.

El plan es seguir desde Alcalá con rumbo a Guadalajara. Hay, sin embargo, un momento de vacilación. De Madrid llegan —no se sabe quién las trae— noticias alarmantes. Se dice que la lucha se ha intensificado en

las calles, que Madrid entero corre inminente peligro. Muchos son partidarios de volver a la ciudad, de abandonar la conquista de Guadalajara para defender la revolución en las calles de Madrid. El Comité de Defensa tiene que imponerse. En Madrid va disminuyendo la lucha. Quedan, aún, reductos aislados, focos desde donde los fascistas «paquean» a las fuerzas obreras. Pero pronto se habrá terminado con ellos. Los rebeldes de El Pardo han huido a todo correr. Madrid no corre, por el momento, peligro grave. El único está en el cerco con que pretenden ahogarla los traidores. Es preciso, cueste lo que cueste, romper ese cerco por varios sitios. Uno de ellos es Guadalajara. El otro se llama Toledo.

Durante toda la noche del martes al miércoles se trabaja sin descanso en Madrid. Los focos fascistas van siendo destrozados. Pero el peligro aumenta en puntos cercanos a la capital. Una columna de requetés avanza por Soria y Jadraque en dirección a Guadalajara. Otras han salido de Valladolid, Burgos, Salamanca y Segovia para avanzar por la sierra. A Madrid no le basta con sus propios recursos. Escasean las municiones. Empieza a sentirse una falta agobiadora de gasolina. Madrid necesita, para vencer al fascismo, para contener sus columnas, establecer rápido contacto con Levante y Cataluña. Restablecer la circulación ferroviaria, romper el cerco que la asfixia. Sin eso, sin todo eso, podrán los hombres batirse como leones. Pero no podrán contener el avance de las columnas que Mola envía sobre Madrid por las tierras de la Alcarria y por la sierra de Guadarrama.

Por la sierra es pueril pretender avanzar. Sólo se puede aspirar a contener. Por allí no se librará a Madrid del cerco ni se conseguirán los pertrechos que necesita para su defensa. La liberación ha de venir por el sur y el este. Hay que conquistar Toledo y Guadalajara. Perder dos días, dejarles que reciban refuerzos y se fortifiquen las guarniciones sublevadas, es hacer imposible la conquista e inevitable la pérdida de Madrid.

El Comité de Defensa trabaja día y noche. Cuenta los efectivos de que dispone, reparte las armas, organiza a los hombres en grupos compenetrados, en centurias, en columnas. Al frente de cada grupo marcha un militante de solvencia. Delante de cada columna los comités de los

ateneos o los sindicatos que la organizaron. No hay todavía una organización militar. No es posible que la haya. Pero en medio de la lucha están surgiendo las milicias heroicas, las futuras brigadas y divisiones que harán morder el polvo a los regimientos de la Reichwher y a las divisiones de «Camisas Negras».

Para la sierra salen numerosos grupos a contener al enemigo. Son hombres de la CNT los primeros que coronan —para no perderlo nunca— el puerto de Navacerrada. Son hombres de la CNT los que con un camión y una ametralladora llegan hasta Arenas de San Pedro. Son centenares los hombres de la CNT que figuran entre los proletarios que contienen a las columnas de Mola en Somosierra, en Guadarrama, en todos los pasos montañeros. Pelean con heroísmo, con entusiasmo, con arrojo. Pasarán hambre y sed; frío y cansancio. Pero merced a ellos —y a los socialistas, republicanos y comunistas que como ellos se lanzan a la sierra— la situación quedará estabilizada en este punto durante meses y meses. Muchos de ellos caerán. Entre los muertos anónimos de los primeros días, figurarán hombres de temple acerado, militantes anarquistas encendidos en ansias liberadoras. Y alguno de ellos se llamará Tomás La Llave...

Pero el Comité de Defensa ha visto que lo más importante por el momento es Guadalajara y Toledo. Si en Guadalajara, si en Toledo forman los fascistas columnas fuertes, nadie podrá contenerles a campo abierto en las llanuras castellanas. Hay que impedir que lo consigan. Ya eso tienden todos los afanes, todos los esfuerzos, de la organización confederal.

Ayer fue encargado el Ateneo del Sur, en colaboración con los del puente de Toledo y de Delicias, de organizar la columna que marchará sobre Toledo. Los ateneos han trabajado como titanes. Pero no hay armas para todos los que quieren ir. Para marchar contra Toledo se han juntado mil cuatrocientos hombres de la Confederación Nacional del Trabajo. Fusiles no tienen arriba de seiscientos. Otros llevan pistolas, escopetas, revólveres. Muchos van con las manos en los bolsillos para cubrir las bajas de los que caigan y apoderarse de las armas del enemigo para luchar en defensa de la libertad.

Antes de rayar el día se pone en marcha la columna. Van cuarenta camiones, abarrotados de hombres, muchos coches ligeros con gente hasta en las aletas. Van decididos, alegres, cantando a coro himnos revolucionarios...

A la misma hora por la carretera de Aragón sale otra comitiva. Hombres con fusiles, ametralladoras montadas encima de los coches, banderas rojinegras como enseña revolucionaria. Van, decididos, a acometer otra epopeya. Será la conquista de Guadalajara...

Mientras, en Madrid siguen sonando las descargas provocadas por los «pacos»...

Toledo es una ciudad levítica aplastada por dos grandes moles: la catedral y el Alcázar. Está casi rodeada por el río, con una sola entrada por la vega, en lo alto de una roca a la que hay que subir, cruzando puertas y murallas, por caminos que se retuercen quince veces antes de ganar la ciudad. En Toledo está la Academia de Infantería. En Toledo está también la sede primada de la Iglesia española. Cadetes y canónigos son dueños absolutos de la ciudad. Canónigos y cadetes son, por igual, enemigos de la República, del pueblo y de la revolución...

A Toledo ha mandado como gobernador el señor Casares Quiroga a un hombre esquinado, sinuoso, desleal. Odia a los trabajadores tanto como los canónigos y casi tanto como los cadetes. Fue, hasta hace dos meses gobernador de Albacete. En Albacete organizó la matanza de obreros de Yeste. Hubo protestas violentas en el propio Parlamento. González López hubo de ser «castigado». Y para «castigarlo» se le elevó de categoría mandándolo de gobernador a Toledo. En Toledo siguió su trayectoria. Empezó por libertar a todos los fascistas detenidos; siguió encerrando en las cárceles vacías a todos los obreros que le parecieron peligrosos. Cuando se protestaba, don Juan Moles —¿dónde estará ya a estas horas el inefable don Juan Moles?— replicaba enérgico: «González López es uno de nuestros mejores gobernadores...».

Y González López, al saber que ha empezado el movimiento subversivo toma sus medidas. Concentra en Toledo toda la Guardia Civil de la provincia. Quinientos hombres aproximadamente. Viejos, con el rostro curtido, con el ojo certero para poner la bala a la altura de su mala intención. Se pone de acuerdo con Moscardó, coronel de la Academia, y coloca bajo sus órdenes a los guardias que debieran servir al pueblo. La sublevación no encuentra resistencia. No puede encontrarla. Los obreros de Toledo, desarmados, no intentan siquiera resistir a más de dos mil quinientos hombres armados con todas las armas. Moscardó y González López —¿quién de los dos más traidor?— son dueños de la situación. Pueden pensar, incluso, en marchar sobre Aranjuez para cortar las comunicaciones de Madrid.

Pero antes de que puedan hacer nada aparecen frente a Toledo los trabajadores madrileños. A los mil cuatrocientos hombres de la FAI, a los luchadores rojinegros, se han sumado unos centenares de guardias de asalto. Llevan, como más eficaz arma de guerra, unos blindados ligeros en los que se ha colocado una ametralladora. Pero no tienen tantas armas ni tantos elementos como los cadetes, los guardias, los soldados y los señoritos que les esperan en Toledo. Ni, tampoco, su entrenamiento militar.

La lucha se presenta con una terrible desigualdad. Los fascistas son más del doble. Cuenta entre ellos mil quinientos de los mejores hombres con que pudo soñar la traición, guardias civiles viejos y señoritos cadetes. Tienen ametralladoras, morteros y granadas en abundancia. y una posición natural poco menos que inexpugnable. Los que avanzan son hombres sin organización, sin disciplina, sin entrenamiento, sin armas la mayoría. A priori puede esperarse un triunfo aplastante del fascismo. Si Moscardó no fuera un cobarde, reiría satisfecho. Sin saber que aquellos hombres con mono azul, que aquellos guardias en mangas de camisa, van a realizar, a fuerza de heroísmo, una de las mayores hazañas de nuestra Guerra Civil...

Las fuerzas del pueblo se extienden por la vega, por la fábrica de armas, por la estación. Tienen que comenzar su avance bajo el fuego graneado de las ametralladoras colocadas en el Miradero, en la Puerta Bisagra, en el

Cristo de la Luz, en el Cambrón. Caen muchos en los primeros momentos. Pero nadie —embriagados todos por el triunfo y la gloria— cuenta los muertos. En los autos a toda marcha, unos; arrastrándose por el terreno, otros, llegan unos centenares junto a las murallas y las puertas de la ciudad. Hay allí, durante minutos interminables, una lucha dura y terrible. Pero al cabo un puñado de civiles perecen, una ametralladora cambia de dueño, y en manos del pueblo quedan las puertas de entrada de la ciudad. Al mismo tiempo, avanzando desde la estación, subiendo al castillo de San Servando, se pelea duramente en las cercanías del puente de Alcántara. En la torre del puente, una ametralladora barre a los asaltantes. Una avalancha de hombres bajo las balas, a cuerpo limpio, y la torre queda también en nuestro poder.

Empieza en este momento la lucha más dura y áspera en el interior de Toledo. Los hombres avanzan por las calles retorcidas, por las subidas empinadas, pegándose a las casas, llevando delante de sí parapetos de colchones, disparando desde el resguardo de los quicios de los portales. Delante caminan los coches blindados, disparando sus ametralladoras. Tras ellos los hombres y las mujeres —pelean heroicamente muchas compañeras del sur y del puente— tirando con los fusiles y las pistolas. Desde el Alcázar, desde la catedral, desde la torre de algún convento, las ametralladoras fascistas vomitan metralla. De vez en cuando, uno que avanza, da una voltereta y cae pesadamente al suelo. Un compañero lo recoge, lo mete en un auto. Los demás siguen, serenamente, adelante.

El Cristo de la Luz es una de las principales fortalezas facciosas. El Cristo de la Luz es nuestro antes de mediar la mañana. Luego se sigue hacia la catedral, cortando en dos mitades la ciudad. Los guardias y los cadetes se baten bien. Pero poco a poco van perdiendo terreno. En el Miradero —punto estratégico que domina la estación, la vega y las carreteras de acceso— han montado los fascistas varias ametralladoras y morteros. Es imposible atacarles de frente. Audazmente los compañeros van rodeándolo, cerrando toda salida. Los guardias y los cadetes se consideran perdidos. Tratan de retroceder. Algunos consiguen escapar hacia el Zocodover y el Alcázar. La

mayoría caen tumbados por certeros balazos. En nuestro poder quedan sus ametralladoras y sus fusiles.

Después, uno a uno, van cayendo todos los edificios, todas las calles. Se toman los conventos, se asalta la catedral. A primera hora de la tarde, Toledo es nuestro. Los cadetes, los canónigos, los guardias, los soldados, los fascistas se han refugiado en el Alcázar y en el Gobierno militar. Son edificios fuertes, con muros de ocho metros de espesor.

Dentro hay más de dos mil hombres con ametralladoras, morteros y bombas. Es inútil intentar tomarlo con los elementos con que se cuentan. Nadie se preocupa excesivamente. Toledo ya es nuestro. El peligro que amenazaba las comunicaciones con el sur, ha desaparecido. El Alcázar ya se rendirá...

Vuelven los hombres a Madrid, sucios de polvo y humo, con la alegría del triunfo en los ojos. Traen un botín considerable: ametralladoras, morteros, fusiles, pistolas... Todos los que fueron sin armas, vuelven con ellas. Vienen ebrios de entusiasmo dispuestos a realizar nuevas proezas. En lo alto de los coches tremola, más orgullosa que nunca, la bandera rojinegra de la Confederación Nacional del Trabajo...

En torno al Alcázar quedan un centenar de guardias heroicos y trescientos compañeros. Si asombra la conquista de Toledo, asombrará más cuando se examine con imparcialidad el hecho de que estos cuatrocientos hombres pudieran mantener cercados, durante semanas y semanas, a más de dos mil que tenían más y mejores armas que sus sitiadores. Algún día, cuando el tiempo pase, se hará justicia a estos luchadores. Y a esos trescientos hombres que habrán de constituir el glorioso Batallón Toledo, uno de los mejores defensores de nuestro Madrid...

En Guadalajara están los ingenieros. Están, también, los oficiales que huyeron de Alcalá. Y los presos fascistas. Durante los meses anteriores al movimiento se detuvo a muchos oficiales por sus ofensas provocadoras contra el pueblo. Casi todos están en Guadalajara. Todos han sido libertados

y empuñan las armas junto a los soldados y los guardias civiles de toda la provincia. Son mil quinientos hombres perfectamente armados. Saben que la rebelión ha triunfado en Calatayud y Zaragoza; saben que Teruel y Soria están en poder de los facciosos. Saben que por Jadraque avanza en su apoyo una fuerte columna de cuatro o cinco mil hombres. Desde que supieron lo ocurrido en Madrid, desde que ayer conocieron la toma de Alcalá por las fuerzas del pueblo, esperan el ataque. Las ametralladoras, emplazadas en los puntos estratégicos, están preparadas. En todas partes se han hecho fortificaciones. Los edificios más fuertes han sido convertidos en fortines. Los revolucionarios pueden venir. Los traidores les recibirán bien...

Los trabajadores llegan en camiones y autos. Los coches ocupan una extensión considerable en la carretera. Apenas han llegado, aparece un avión. Los revolucionarios lo reciben con alborozo: «Ya está aquí uno de los nuestros. Ahora verán esos cabrones...».

El avión vuela muy bajo sobre la carretera. El piloto inclina medio cuerpo fuera del aparato, cierra el puño en gesto de saludo. Después, cuando nadie lo espera, empieza a dejar caer bombas. Es un avión faccioso. Ha hecho confiarse a nuestros hombres. Ahora reparte metralla. La muchedumbre abandona la carretera, se esparce por los campos, dispara sus fusiles contra el aparato enemigo. ¿Le han alcanzado? Nadie lo sabe. Pero el aparato se aleja a toda prisa. En la carretera ha quedado tendido un puñado de compañeros.

Nadie se desmoraliza ni se amilana. A la vista, casi al alcance de la mano, tienen la venganza. En Guadalajara está el enemigo. Sin esperar órdenes todos se lanzan al ataque. Es un avance en bloque, procurando atacar la ciudad por varios puntos a la vez, pretendiendo rodearla por completo. Los militantes confederales —monos desgarrados, caras sucias, pañuelos rojinegros— avanzan a la carrera. Empiezan a tabletear las ametralladoras. Una ráfaga. Todo el mundo al suelo. Termina la ráfaga. Otro avance a la carrera. Nada importan los caídos. ¡Ya se les vengará!

Con los luchadores confederados han venido varios camiones de asalto y cuatro piezas de artillería. Los oficiales de artillería no se han sublevado. Pero ¿son leales? No se sabe. A unos dos kilómetros de Guadalajara, en un altozano, emplazan sus cañones. Comienzan a disparar. Las granadas no caen en la ciudad. En cambio, de la vanguardia de nuestros hombres salen gritos de rabia y dolor. Las granadas explotan entre los grupos de la FAI: «¡Los oficiales son fascistas! Nos han traicionado...». Un grupo corre donde están los artilleros. Va con las pistolas montadas, con los fusiles prestos a disparar: «¡Apuntad mejor! ¡Estáis matando a nuestros compañeros!». Los oficiales intentan unas explicaciones capciosas. Las granadas vuelven a caer en el lugar que ocupan nuestros hermanos. Las pistolas se apoyan amenazadoras sobre el pecho de los oficiales: «¡Tirad bien o...!».

Ahora los cañones tiran bien. Ya no caen los obuses sobre nuestros compañeros. Pero la mayoría de las granadas no explotan. Los fascistas aún no descubiertos, ayudan como pueden a los sublevados.

Tampoco las granadas han contenido el ímpetu de nuestros hombres. En un empujón se llega al puente y se cruza el río. Al mismo tiempo se ataca Guadalajara por veinte sitios distintos. Los fascistas se defienden bien. Luchan a la desesperada. No abandonan una ametralladora, mientras no caen sobre ella veinte luchadores confederales. Pero los obreros pelean con heroísmo sin límites. Todos rivalizan en valentía. Todos realizan alardes y prodigios. Los líderes de la organización madrileña van en vanguardia. Allí están, pegándose a la tierra, luchando homéricamente, todos los nuestros: Feliciano Benito, Teodoro Mora, Isabelo Romero, David Antona, Cipriano Mera, García Pradas... Todos con igual decisión. Las juventudes sobre todos. Los jóvenes libertarios se portan como leones. A pecho descubierto se toman ametralladoras. A pecho descubierto, con desprecio infinito para la propia vida, se va conquistando Guadalajara...

Se repiten una y otra vez los casos de heroísmo. Un compañero se pone en pie, arrastra con su ejemplo a los demás, marchan a todo correr hacia el enemigo, saltan las alambradas, penetran en las calles. Un grito cruza todas las líneas: «¡A por ellos! ¡Ya son nuestros!».

Es un empuje arrollador que derriba todos los obstáculos, que aplasta todas las resistencias. Los trabajadores, electrizados, caminan hacia la victoria. Los guardias —aquellos guardias de asalto magníficos de las jornadas triunfales de julio— les ven avanzar con admiración y entusiasmo. Un grito cruza las filas de guardias: «¡Adelante, compañeros! ¡Viva la FAI!».

Son inútiles ya todas las resistencias. Como un torrente se desbordan los asaltantes por las calles de la ciudad. Todavía disparan algunas ametralladoras, aún resisten en varios reductos. Es igual. Antes de dos horas Guadalajara entera será nuestra. Las calles están sembradas de cadáveres. Han muerto los mejores generales de la traición. Allí quedan, con la cabeza destrozada por los balazos, Barrera, Despujols, García Aldave... Allí quedan sepultadas las ilusiones del cerco asfixiante a Madrid.

Algunos oficiales han podido huir al comenzar el ataque final. Marchan a todo correr hacia Zaragoza y Soria. En Jadraque encuentran la columna que Mola envía para avanzar por la Alcarria. Los que llegan —lágrimas de rabia en los ojos— tienen que hablar del valor indómito de la FAI, del desprecio a la vida de los hombres del pueblo, del avance arrollador del proletariado madrileño. La marcha de la columna se detiene en seco. Un escalofrío de terror cruza las filas fascistas... Pasaran muchos meses, antes de que Madrid se sienta amenazado por este lado.

Retornan triunfales los conquistadores de Guadalajara. Traen muchas ametralladoras, fusiles, banderas, pistolas. Vienen rotos por el cansancio, sucios de pólvora, con los monos hechos jirones, con los ojos hinchados... Pero traen la seguridad de la victoria. Madrid está libre. Por el este y el sur han sido barridos todos los obstáculos. Las carreteras están en nuestro poder.

En Madrid se recibe con alborozo sin límite a los vencedores. Dos grandes triunfos en un mismo día. Dos victorias, cuya importancia no aprecia nadie aún en su verdadero valor. Pero en el Comité de Defensa unos

hombres, inclinados sobre los mapas, siguen pensando y organizando. Hay nuevas preocupaciones. De Cuenca llegan unos compañeros: «Toda la provincia está dominada por los caciques y la Guardia Civil. Aún no se han sublevado. Pero ¿no se sublevarán manana mismo?...». En la sierra se combate duramente. En Madrid, varios cuarteles de la Guardia Civil siguen manteniendo una actitud equívoca.

Todavía no han sido exterminados los «pacos». Val traza planes con voz pausada y serena: «Hay que enviar todos lo fusiles a los frentes. Para acabar con los "pacos" bastan las pistolas. Tenemos que asegurar Cuenca. Tenemos que conquistar toda la provincia de Guadalajara y seguir adelante. Hay que mandar gente a la provincia de Avila y a Extremadura. ¡Hay que hacerlo rápidamente! Cada minuto que perdamos, puede sernos fatal...».

Llegan nuevas noticias de Cuenca. En muchos pueblos la Guardia Civil se ha sublevado de acuerdo con los señoritos. Se preparan dos camiones. En ellos, ochenta hombres y una ametralladora. Al frente marcha Cipriano Mera...

CAPÍTULO 5

La obra de los "incontrolados"

NO TODOS LOS TRIUNFADORES han vuelto de Guadalajara. Allí, al frente de un millar de hombres, se han quedado buenos compañeros. Son Feliciano Benito, Guevara, Villanueva, Ivars, Ciriaco, Hernández... Durante la noche organizan la defensa de Guadalajara contra cualquier ataque. A la mañana siguiente comienzan nuevos avances. Los hombres se dividen en numerosos grupos. Tres, cuatro o cinco automóviles, cargados de hombres, se lanzan a la aventura, carretera adelante, para ir dominando los pueblos fascistas. No saben nunca si el pueblo al que se acercan es nuestro o del enemigo. No saben si les recibirán triunfalmente o les preparan una emboscada. Saben, sí, que una fuerte columna fascista avanza sobre Guadalajara: que por todos lados hay señoritos fascistas y Guardia Civil dispuesta a disparar sobre ellos; que en la torre de todas las iglesias suele haber individuos que esperan su paso para ametrallarlos. La mayoría de los que van, tienen muchas probabilidades de no volver. Y muchos de ellos, en efecto, no volverán más...

Pero no importan las dificultades ni los peligros. Todos están borrachos de triunfos, ebrios de alegría. Se lanzan ciegamente hacia adelante, sin

pensar que la muerte puede esperarlos en el primer recodo de la carretera. Y uno tras otro van cayendo los pueblos en su poder. Se defienden los guardias, se defienden los señoritos, se defienden los curas. No importa. Nada les contiene. Taracena, Torija, Hita, Jadraque, Cogolludo, Brihuega, Cifuentes, Ledanca, Algora, son nuestros ya. El avance continúa. Los muertos se entierran apresuradamente. La marcha sigue. Feliciano Benito, al frente de unos centenares de compañeros, llega un día a Sigüenza. Los fascistas disparan. Se defienden bien. No importa. Pronto la ciudad es nuestra. Y entre los muertos se cuenta el propio obispo, que no tuvo tiempo de huir ni creyó que los desarrapados hijos del pueblo vencieran a las mesnadas de requetés, de falangistas, de soldados y de guardias civiles...

En adelante ya no será Guadalajara el cuartel general de las fuerzas confederales de la Alcarria. El peligro ha sido rechazado muy lejos. Hoy los primeros fascistas están a ochenta kilómetros de Guadalajara.

Grupos audaces —incontrolados auténticos y heroicos— siguen limpiando de fascistas la Alcarria. Algunos coches pasan de Alcolea del Pinar, llegan a Medinaceli, pelean durante horas enteras contra los soldados de artillería de Calatayud. Otros se lanzan por la carretera de Monreal, toman Molina de Aragón, llegan a Orihuela de Tremedal, se aproximan a Teruel y a Albarracín. Es una locura. Es una temeridad. Mueren luchando en acciones aisladas centenares de compañeros. Pero gracias a este sacrificio, son rechazadas las columnas que avanzaban sobre Guadalajara. Gracias a su esfuerzo el enemigo está a ciento veinte kilómetros de Madrid por el este.

Cuando los fascistas organicen el asalto de Madrid, se darán cuenta Ide la importancia extraordinaria de estas tierras conquistadas por los incontrolados del pañuelo rojinegro. Tardarán meses y meses en avanzar unos kilómetros, en tomar Sigüenza. Y serán muchos de estos incontrolados de hoy, transformados en divisiones del Ejército Popular, quienes aplasten a millares de italianos cuando en estas mismas tierras inicien una ofensiva a fondo para dejar sitiado a Madrid...

Cuenca es una provincia reaccionaria. En ella tuvieron su cacicato máximo el monárquico Goicoechea y el general traidor Fanjul. Aquí, también, organizó sus grupos de pistoleros José Antonio Primo de Rivera. Pero en Cuenca no hay guarnición. No se pueden sublevar los militares, aunque sí la Guardia Civil y los fascistas. Durante los primeros días del movimiento, en Cuenca hay nervosismo e inquietud. En el seminario, en la catedral, en todos los centros reaccionarios se celebran reuniones constantes. Los fascistas creen en el triunfo. Se atreven a agredir a los trabajadores, sabiéndoles sin armas. En muchos pueblos, apoyados por la Guardia Civil, son dueños de la situación. No pocos obreros han tenido que huir o han sido muertos. El gobernador es aún, nominalmente, primera autoridad de la provincia. Pero los guardias no obedecen sus órdenes. El gobernador vacila y no sabe qué hacer. Cuando los trabajadores le piden armas encuentra siempre dilaciones y pretextos. Acaso, en realidad tampoco las tenga él... Cuenca es un peligro gravísimo. En Teruel ha triunfado la traición. Media provincia está, dígase lo que se quiera, a las!órdenes de Burgos. De un momento a otro puede perderse el resto. La situación de Madrid en este caso, aun conquistados Toledo y Guadalajara, sería en extremo crítica. Y es en este momento preciso cuando, al mando de ochenta hombres armados de fusiles, llega a Cuenca Cipriano Mera.

Cipriano Mera no es hombre de dudas ni vacilaciones. Toma inmediatamente todas las medidas necesarias. Uno tras otro asalta los reductos facciosos. En pocas horas los fascistas se han quedado sin armas y los compañeros de Cuenca tienen buenas pistolas y algunos fusiles. El gobernador, asustado, no interviene en nada. Ni hace falta. Mera y sus hombres son suficientes para imponer el triunfo de la revolución.

Pero no basta con tomar la ciudad, con asegurar el orden revolucionario, con romper los dientes a los fascistas. Hay que hacer lo mismo en toda la provincia. Durante tres días, los ochenta hombres de Mera, a los que se han sumado unos centenares de trabajadores, recorren en coches la provincia. Los guardias civiles sublevados son aplastados en todos los pueblos. Los señoritos fascistas pagan cara su intentona. Durante setenta y dos horas no

duermen los trabajadores. Pero en setenta y dos horas toda la provincia está en nuestro poder y han sido borrados del mapa los más peligrosos enemigos del proletariado. En tres días se realiza toda la labor. Las armas que tenían los caciques, los guardias, los curas, han pasado a manos de los obreros. Los campesinos de cada pueblo se bastan para asegurar el orden. ¡Si Cipriano Mera tarda una semana más toda Cuenca hubiera sido del fascismo! Pero el Comité de Defensa ha visto claro el peligro. Y Cipriano Mera ha cumplido maravillosamente su deber. Tan maravillosamente como lo cumplirá después en Somosierra y en Credos, en la Casa de Campo y en el Jarama, en la Alcarria y Brunete...

24, 25, 26 de julio. Días de trabajo febril, de lucha sin tregua, de organización apresurada de un Ejército Popular que sustituya al que se derrumbó, de una nueva sociedad sobre los cimientos de la que se hundió entre estampidos de cañones y ladridos de ametralladora. Días de inquietudes y de temores. El enemigo concentra sus fuerzas en la sierra. El puerto del León es suyo. El de Somosierra también. Por ambos lanzan a montones sus huestes con dirección a Madrid. Son pobres soldaditos esclavizados por la brutalidad fascista, señorilos fascistas se han quedado sin armas tos chulos de la Falange y fanáticos ciegos del Requeté. Son millares y millares de hombres de Castilla la Vieja, de León, de la Rioja, de Galicia y de Navarra, perfectamente armados y organizados. Las primeras luchas son difíciles para las milicias. Los grupos, desorganizados, pelean bien. Pero no pueden derrotar al enemigo. Cada día que pasa reciben los facciosos nuevos refuerzos. A medida que aplastan las resistencias obreras, cuando los trabajadores de la Coruña y los campesinos riojanos son vencidos, los traidores pueden mandar nuevos millares de hombres sobre la sierra. Nosotros también enviamos sin cesar hombres. Pero ¿serán suficientes?

Para la sierra han salido ya luchadores de todos los partidos. Salió Mangada llevándose tras sí unos millares de anarquistas, de socialistas, de comunistas. Salieron otras columnas para el puerto de Guadarrama, para somosierra, para Navacerrada. En todas ellas, por centenares, los

anarquistas. Luchando heroicamente. Muriendo de cara al enemigo. Como cayó en las primeras horas La Llave. Como caerá ahora Palomares. Como caen y caerán cientos y miles de luchadores anónimos...

Pero la lucha ha cambiado en pocos días de aspecto. Ya no es el ataque improvisado y en tromba. Ya no tiene los caracteres de algarada revolucionaria. Ya es una guerra, con todos los dolores y necesidades de la guerra. Para ganarla no bastan ni el entusiasmo, ni la fe, ni el heroísmo. Para ganarla hay que organizarse. Para vencer hay que actuar sin vacilaciones, sin desmayos, con serenidad y energía indomables... Somos antimilitaristas; lo seguiremos siendo. Pero hoy, ante las realidades dramáticas de una guerra que no tenemos más remedio que aceptar, hemos de adoptar procedimientos bélicos. Pasando, si es preciso, por encima de las ideas, para defender heroicamente esas ideas mismas.

Nuevamente se ha reunido la organización confederal de Madrid para trazarse el camino a seguir. El Comité de Defensa expone sus proyectos con claridad sintética: «La guerra ha de ser larga. Necesitamos organización para poder aplastar al fascismo. Las columnas no pueden seguir como hasta aquí. Necesitan una estructuración nueva. Han de permanecer en el campo semanas y aun meses. Habrá que hacer, en ciertos momentos, guerra de parapetos y de trincheras. Hasta ahora se salía a pelear sin sanidad, sin intendencia, sin enlaces, sin nada. Nadie tenía más responsabilidad que la que voluntariamente se quería imponer. Es preciso, sin prescindir de nuestras ideas, que al frente de cada núcleo, de cada centuria, batallón o columna, haya compañeros que, de acuerdo con la organización, tomen acuerdos y se los hagan cumplir a todos. No pedimos una disciplina cuartelera. Exigimos, sí, un mínimo de responsabilidad imprescindible ya, dadas las características que adquiere la pelea...».

Hay quienes discuten. Hay quienes, aferrados a la intangibilidad de las ideas, preconizan una guerra revolucionaria, donde los soldados sean guerrilleros, donde la disciplina esté compensada por el ardor y el entusiasmo de todos los luchadores. Pero la reflexión se impone. Es preciso, para vencer, organizarse bien. En el momento revolucionario la

improvisación ha dado frutos maravillosos. Pero es muy difícil que pueda darlos en una guerra larga y dura. Todos acaban por estar conformes. Y entonces —se ha hablado ya con los restos del Estado Mayor— se traza el plan a seguir: «En la sierra tenemos varios centenares de compañeros luchando. También tenemos otros muchos en Toledo, en Sigüenza, en Molina de Aragón, en Credos y en Extremadura. No vamos a quitar a ninguno de donde está. Pero necesitamos, con todos los hombres que tenemos armados en Madrid, organizar una columna potente. Será la primera columna de milicias confederales de la región centro. Tendrá como misión defender el agua de Madrid. Habrá de salir inmediatamente. Porque la situación es muy peligrosa y Madrid puede quedar en pleno verano sin agua...».

De la reunión salen todos convencidos y decididos. Se acaban de echar los primeros jalones de las gloriosas milicias confederales del centro...

Pronto están montados dos grandes cuarteles. Uno en el Cinema Europa, otro en el puente de Toledo. El Cinema Europa es punto de concentración de los núcleos obreros de Cuatro Caminos, Tetuán, Chamartín y Chamberí. En el puente de Toledo se instruyen los hombres, se prueban las armas, antes de salir para el frente. La organización en pleno, sin excepciones de ningún género, trabaja febrilmente en la organización de sus milicias. Los mejores militantes, los hombres de más probado temple, corren a alistarse. Sindicatos, ateneos, comités, todo se abandona para empuñar las armas en defensa de la revolución. Nada preocupa, nada interesa más que aplastar al fascismo. Y al fascismo sólo se lo aplasta, venciéndolo decisivamente en los parapetos y las trincheras.

No se admite a todo el mundo en las milicias. Desde un primer instante el Comité de Defensa organiza bien y selecciona a los hombres. No irán al frente los hombres que no deban ir por su estado físico. No irán tampoco aquellos en cuyo antifascismo no se tenga confianza absoluta. Del reclutamiento se han encargado las barriadas por medio de los ateneos libertarios. A los ateneos acuden los afiliados, deseosos de combatir en las trincheras. Allí se les reconoce y se les avala, cuando son hombres de

seguridad integral. Después, cuando el Comité de Defensa tiene armas para una centuria, para un batallón, va llamando ateneo por ateneo. Una orden breve, expresa, rápida: «Barrios Bajos, cincuenta hombres al cuartel del puente...»; «Tetuán, setenta al Cinema Europa...».

Los designados marchan contentos, entre la envidia de quienes todavía tienen que esperar. En los cuarteles se les va encuadrando. Cada grupo de veinte hombres nombra un delegado. Cada centuria elige otro. Los delegados de las centurias, forman el Comité del Batallón. Los delegados de los batallones, junto con los representantes del Comité de Defensa en nombre de la organización confederal, el Comité Directivo de la columna.

Para mandar la columna desde el punto de vista militar, el Comité de Defensa elige un hombre de absoluta confianza. Es el teniente coronel Del Rosal. Es hombre de izquierda, de ideas avanzadas, luchador en los tiempos duros contra la Dictadura primero y contra la UME después. Del Rosal será jefe militar de la columna. Valle y Barcia irán como delegados del Comité de Defensa. Designados por las centurias y los batallones, figurarán en primera línea hombres de temple acerado, nombres que serán gloriosos en el transcurso de la guerra: Mera, Sanz, Domínguez, Marcelo, Parra, Arenas, Román, Mora, Julio... Como simples milicianos, empuñando orgullosos un fusil para abatir al fascismo, irán también todos los militantes madrileños. Los hombres de la CNT, del primero al último, no temen a la muerte ni saben rehuirla. Prefieren pelear y caer en los frentes a quedarse en la retaguardia y buscar ascensos que no supieron conquistar en los puntos de combate...

En cuatro días se ha organizado la columna. Van cuatro mil hombres. Llevan fusiles que conquistaron en el asalto de los cuarteles, ametralladoras cogidas en Toledo, Alcalá y Guadalajara. El Estado no les dio nada. Primero, porque les tuvo miedo. Después, acaso porque ya no lo tuvo en sus manos. Cuando se pide artillería, también se le niega a la columna. Hay que contentarse con un cañón del 7,5 cogido en Campamento. Es toda la artillería de la columna. Las municiones son muy escasas. Cuando se piden

al Gobierno, el Estado Mayor, lo que ha quedado del Estado Mayor, afirma que no tiene de nada...

Pero la organización no es avara con las armas que conquistó. Todas las que tiene las manda a los frentes. Algunas ametralladoras se las presta al propio Gobierno, que carece de ellas. Otras salen con rumbo a Valencia. En Valencia hay una situación grave. Desde hace siete días los cuarteles están cerrados a piedra y lodo. No entra ni sale nadie de ellos. El pueblo no tiene armas para asaltados. La guarnición es numerosa. ¿Qué pasará si los regimientos se lanzan a la calle? Nadie lo sabe. Madrid acude, en esta hora crítica, en auxilio de Valencia. Un centenar de compañeros parte hacia allá con fusiles y cinco ametralladoras. Serán estas ametralladoras las que decidan en gran parte la situación. Serán estos fusiles quienes corten en flor la resistencia fascista. Valencia se salvará, en parte, gracias a la CNT del centro. Como se salvó Guadalajara. Y Toledo. Y Cuenca...

El 27 de julio salen para Somosierra y Paredes las milicias confederales. A su frente van algunos camiones blindados apresuradamente por el Sindicato Metalúrgico. Con ellos la decisión, el entusiasmo y la fe del pueblo de Madrid. Pasarán muchos meses; vendrán jornadas duras, y horas de peligro. Y estas mismas milicias que ahora parten, salvarán un día Madrid en peligro. Y harán morder el polvo de la derrota a las divisiones de Mussolini, que quieren continuar en España la conquista de Abisinia...

Madrid está relativamente cerca de los frentes. En Madrid vivía la aristocracia, la alta burguesía, la clase media con aspiraciones de señoritismo, la plaga terrible de la empleomanía. En Madrid ha sido aplastado el fascismo. Pero en Madrid hay peligro aún. Quedan centenares, millares de afiliados a Falange Española, a la TYRE (Tradicionalistas y Renovación Española), a la UME. Quedan emboscados con armas, que se reúnen y concitan para aprovechar cualquier instante de peligro. Hay que vivir alertas y vigilantes. La vieja Policía no inspira —salvo las escasas excepciones de afiliados a partidos de izquierda— muchas garantías. La Guardia Civil tampoco. Hay todavía cuarteles que no se sabe en qué actitud están. Es preciso vigilarlos, asaltarlos, obligarles a definir claramente su

posición. Madrid no puede, por mucha atención que se preste a los frentes, ser descuidado. Pero para vigilar Madrid no se necesitan fusiles. Con las pistolas basta. Los fusiles han sido enviados a las trincheras. Las armas cortas hacen buen servicio en la ciudad. Un millar de compañeros se encargan de guardar Madrid. Persiguen a los fascistas emboscados, exterminan a los «pacos», vigilan las carreteras, limpian cuidadosamente la ciudad de todos los enemigos. El Comité de Defensa, de acuerdo con los ateneos y las barriadas, organiza perfectamente esta labor. Pronto los cuarteles de la Guardia Civil se definen abiertamente y caen no pocos de sus jefes y oficiales que quisieron hacer armas contra el pueblo. Pronto se tiene la seguridad de que nada podrán intentar los emboscados de la retaguardia. No realizan esta labor únicamente los hombres de la CNT. En el mismo sentido laboran todos: republicanos, socialistas, comunistas... En algún momento la persecución contra los elementos fascistas adquiere tonos de gran dureza. Pero ¿se habría podido realizar en noviembre la admirable defensa de Madrid si en nuestra retaguardia hubieran quedado millares y millares de enemigos del pueblo armados hasta los dientes?

De Extremadura se reciben noticias alarmantes. En Badajoz, en Castuera, en Villanueva de la Serena las fuerzas sublevadas resisten aún. En la provincia de Cáceres los fascistas han triunfado, asesinando a montones de trabajadores de todas las tendencias. Navalmoral de la Mata está en nuestro poder. Es un pueblo anarquista puro. Tiene, en su historia, huelgas formidables y luchas feroces contra toda la burguesía extremeña. En Navalmoral no han podido penetrar los fascistas. Con escopetas y pistolas se han defendido los compañeros contra los señoritos y la Guardia Civil. Hasta las mujeres colaboran con heroísmo en la defensa. Pero los ataques contra Navalmoral arrecian. Ya no atacan sólo falangistas y guardias. Ahora aparecen también en las primeras líneas soldados de las guarniciones de Cáceres y Plasencia. Las municiones se van agotando. La resistencia se hace muy difícil.

El Comité de Defensa comprende todo el peligro de este frente. Por la sierra, por grandes que sean los esfuerzos fascistas, es difícil el avance. Por

las llanuras de Talavera y Toledo, no. En terreno llano un ejército bien organizado, con mandos suficientes, con disciplina de hierro, puede vencer con facilidad a las milicias desorganizadas. Si los fascistas toman Navalmoral si tras él caen Oropesa y Puente del Arzobispo, será muy difícil ya poderles contener en el avance sobre Madrid.

El Comité de Defensa acude repetidas veces al Ministerio de la Guerra. Extremadura es un gran peligro. Navalmoral y Oropesa son claves importantes de la defensa de Madrid. Pero en el Ministerio de la Guerra todo es desbarajuste y desorganización. La mayoría de los militares están con el fascismo. De muchos de los que quedan no se puede responder. Falta de todo, y en primer lugar, cabeza. Se vive con la obsesión de la sierra cercana. Se cree que en Extremadura, por estar lejos, no hay peligro alguno para Madrid. Todas las gestiones fracasan. Ni se mandan elementos ni se dan fusiles. La organización confederal tiene que hacer un nuevo esfuerzo. Casi todos los fusiles están ya en los frentes. Tiene en ellos —Somosierra, Toledo, Sigüenza, Cifuentes, Arenas de San Pedro— más de seis mil hombres. Hay que buscar las últimas armas largas, los mosquetones con que se pudieron quedar algunos compañeros. Apresuradamente, rebuscando en todos los ateneos, se consiguen reunir doscientos fusiles —hombres hay millares esperandopara mandarlos a Navalmoral. Al frente de ellos salen Isabelo Romero y Juan Torres. El primero es secretario del Comité Regional. El segundo, miembro del Comité de Defensa. No debieran marchar a los frentes, porque hacen falta en Madrid. Pero nadie puede contenerlos y se lanzan audazmente hacia Extremadura, donde el enemigo presiona con feroz insistencia. Con ellos llegan a Navalmoral de la Mata...

La situación es difícil y se hace por momentos más crítica. En ayuda de la Guardia Civil y de los señoritos han llegado fuerzas numerosas del ejército. Varios regimientos luchan ya contra las fuerzas del pueblo. Los hombres de Madrid, los compañeros de Navalmoral, los campesinos de Talavera y Pueblanueva que han acudido en ayuda de sus compañeros armados de escopetas, pelean con bravura indomable sin ceder un paso de terreno. En las cercanías de Navalmoral pelea también un buen jefe del

Ejército con unas compañías de soldados. Es el comandante Sabio, hombre entero, sereno y audaz. Pero pronto, tanto los soldados como las milicias tropiezan con una dificultad insuperable. Faltan municiones. Hay que disparar lo menos posible, procurando apuntar bien. El enemigo lo sabe y presiona. Por teléfono se suceden las llamadas angustiosas al Ministerio de la Guerra. Por toda respuesta se reciben promesas, buenas palabras, pero las municiones no llegan.

Cada hora que pasa el peligro es mayor. Ha comenzado agosto. Por tierras de Badajoz avanzan ya los moros de Castejón y los legionarios de Yagüe. Aumenta por instantes la importancia estratégica de Navalmoral. Pero el ministerio sigue sin darse cuenta de la situación, sin enviar municiones. Un día se agotan casi por completo. A cada hombre le quedan dos o tres tiros. El enemigo, reforzado, presiona. Se acaban por completo las municiones de fusil. Los guardias y los soldados traidores, coronan las alturas que dominan Navalmoral. La resistencia es imposible. Aún se llama por última vez a Guerra. La res: puesta —seca, tajante, desilusionadora—, una orden de retirada. Los hombres tienen que retroceder mordiéndose los puños de rabia. Algunos comprenden toda la importancia de esta pérdida. Yagüe acaba de tomar Badajoz. En Guerra sigue la desorganización, con los ojos fijos en la sierra de Guadarrama...

En Sigüenza, en todo el frente de Guadalajara se han organizado ya las milicias confederales. Se forman rápidamente varias centurias. Al frente de ellas, como delegado general, Feliciano Benito. Con él, como técnico militar, el comandante Martínez de Aragón. A su lado, más como luchador que como corresponsal de guerra, un viejo simpático, decidido, valiente: Mauro Bajatierra. Como delegados de grupos y centurias figuran un puñado de buenos compañeros que todavía sueñan la ilusión de abrirse rápidamente el camino de Zaragoza. Es difícil la empresa, aventurando el propósito. Enfrente, pasada la incertidumbre de los primeros días, ya no están sólo fascistas y guardias civiles. Enfrente —Atienza Alcolea del Pinar, Molina de Aragón— hay varios regimientos con ametralladoras y cañones; hay, también, requetés fanáticos con perfecta instrucción militar. Entre nosotros

no abundan las armas. No hay fusiles para todos los hombres; las ametralladoras escasean más aún; los cañones son casi completamente desconocidos.

El Gobierno de la República ha empezado a preocuparse de este frente. Manda, por todo auxilio, un jefe militar. Es el teniente coronel Jiménez Orge. Jiménez Orge es hombre de buena voluntad; pero no tiene ni elementos ni autoridad. Instala su cuartel general en Taracena, a sesenta kilómetros del frente más cercano y deja pasar indiferente los días y las semanas.

Mientras, los hombres de la CNT traban duras batallas contra el enemigo.

Por tres veces en el espacio de pocos días, los hombres de Feliciano Benito, las milicias confederales de Sigüenza, se lanzan al asalto de Atienza. Por tres veces tienen que retroceder. Avanzan impetuosamente, con valentía sin límites, bajo el fuego graneado de las ametralladoras fascistas. Penetran, incluso, en las calles del pueblo. Pero tienen que retirarse. El castillo es una fortaleza inexpugnable. ¡Si hubiera cañones, si tuviéramos aviación! Pero no hay una cosa ni otra. No se tiene más que fusiles y munición escasa. Quienes sí lo tienen, en cambio, son los fascistas. En dos ocasiones, en medio del ataque, aparecen los aparatos rebeldes. En otra habla duramente la artillería. Hay que perder terreno, regresar a Sigüenza. Y, sin embargo, Atienza tiene una importancia excepcional. Atienza es la clave de la provincia de Soria. Atienza es la seguridad de bajar, sin grandes dificultades, hasta la orilla misma del Duero, cortando el ferrocarril de Valladolid a Ariza.

Mas los gobernantes no se acuerdan de esto para nada. En este momento histórico a los republicanos sólo les preocupan dos cosas: que no salga de España un gramo de oro, aunque nos sea imposible comprar armas, y que no se ejecute a los fascistas. La ejecución de los fascistas es la revolución. y los señores republicanos tienen mucho miedo a la revolución.

En Toledo empieza a estrecharse el sitio del Alcázar. Se ha disipado ya el optimismo pueril de los primeros instantes. Ya se ve que los sitiados no se rendirán fácilmente. Son más de dos mil hombres perfectamente armados, con ametralladoras y morteros en abundancia, con millones de cartuchos de fusil, parapetados en un edificio que tiene muros de piedra de varios metros de espesor. Rendirlos por hambre es también difícil y largo.

La lucha es particularmente dura y difícil. Parapetados en las troneras de los pisos altos del Alcázar, los mejores tiradores fascistas vigilan día y noche. Cualquiera que se acerca a Toledo, cualquiera que asoma imprudentemente la cabeza por encima de un parapeto, puede caer con la cabeza taladrada por el plomo enemigo. La lucha no tiene la grandeza de las primeras horas ni el entusiasmo alegre de la pelea en plena sierra. Hay que combatir pegados a las casas, espiándose mutuamente, entregarse a la caza del hombre. Y morir, sin pena ni gloria, en un momento de imprudencia o descuido.

Pronto se ha visto que los trescientos hombres que quedaron sitiando el Alcázar eran muy pocos. Dentro había siete veces más hombres y mejor armados. Si fueran valientes, si tuvieran arrojo, habrían podido salir de la fortaleza y reconquistar todo Toledo. Se les envían refuerzos. El Comité de Defensa clava sus miradas en Toledo. Comprende todo el peligro que encierra. Y envía lo que tiene: hombres, fusiles, ametralladoras...

En Madrid —son los días febriles de finales de julio— se ha formado, entre cien diferentes, una milicia llamada «Águilas de la Libertad». Como jefe militar ha sido designado Salvador Sediles. Salvador Sediles fue revolucionario antes de llegar la República. Salvador Sediles, compañero de Fermín Galán, fue condenado a muerte por la sublevación de jaca. Hoy Salvador Sediles marcha a Toledo al frente de medio millar de hombres. Con él, van otros dos grandes luchadores. Uno es Francisco Tortosa, viejo militante anarquista, hombre en quien los años no apagaron ni la decisión ni el entusiasmo. Otro, Benito Pavón, abogado de la organización confederal. Junto a ellos, en las «Águilas de la Libertad», van un noventa por ciento de compañeros de la CNT. En Toledo, en la conquista de la ciudad y en el sitio

del Alcázar, apenas intervendrán más que hombres de la CNT. Sin cañones, sin aviación, sin elementos. Sólo cuando Toledo se vaya a perder, llegarán aquí batallones de otra significación. Y habrán de ser para orgullo nuestro los anarquistas, quienes entonces salven el honor de todos en una jornada de grandes vergüenzas...

Mientras, en Madrid se trabaja sin tregua ni descanso. Sin ayuda del Estado, contra el Estado mismo en muchas ocasiones, hay que ir organizándolo todo. El Gobierno no hace más que provocar conflictos y buscar obstáculos. Todo lo que se hace les parece mal a los pocos militares que han quedado en el Ministerio de la Guerra. Ellos, por su parte, no son capaces de hacer absolutamente nada acertado. Falta de todo. Falta una industria de guerra, falta una sanidad, falta una intendencia... Los milicianos están abandonados a su suerte, sin una segunda línea eficiente. Los heridos serán recogidos por sus compañeros y atendidos cuando se pueda. Los luchadores pasan jornadas enteras sin probar bocado. Escasean las municiones y a veces faltan en lo más duro de los combates. El Comité de Defensa plantea abiertamente toda la gravedad del problema: «Para vencer hay que montar todos los servicios auxiliares. Necesitamos organizar perfectamente la sanidad. Precisamos que los luchadores tengan la seguridad de que no se quedaran un solo día sin comer. Es imprescindible construir nosotros mismos aquel material bélico que podamos precisar».

Para conseguirlo, toda la organización está sin condiciones al lado del Comité de Defensa. Los sindicatos se movilizan para organizar los servicios auxiliares, con el mismo entusiasmo con que se movilizaron para luchar en la vanguardia. El Sindicato Metalúrgico está trabajando ya, intensivamente, sin reparar en horas de trabajo, para transformar los talleres y las fábricas. Hasta ahora, sin seguir un plan preconcebido, se han blindado camiones para transformarlos en carros de asalto. No basta con lo que se ha hecho. La producción se centraliza en el Comité de Defensa. Val, de acuerdo con los técnicos del sindicato, pone en su máximo de producción toda la industria.

Los coches blindados entusiasman a las gentes. Pero —como demuestra la experiencia— son poco eficaces. Hay que estudiar la construcción de

tanques, utilizando los tractores que se encuentren. Hay, también, que construir bombas de mano que escasean mucho, morteros y cartuchos de fusil. Es preciso también ocuparse de reparar cuantas armas se hallan estropeadas por el uso. En pocos días, en pocas horas mejor, la industria bélica está en marcha. Nuestro Ministerio de la Guerra ha empezado a funcionar...

La sanidad se organiza también rápidamente bajo el control del Comité de Defensa. Ya se han instalado dos buenos hospitales. Uno, en el Frontón Recoletos, por el Ateneo Libertario de Delicias. Otro, en un gran hotel de la calle de Velázquez. Pero aún no basta. El número de heridos que llegan es cada vez mayor. La forma de atenderles debe ser mejor cada día que pasa. No es fácil conseguirlo, porque hay ocasiones en que falta incluso todo material sanitario. Pero el Comité de Defensa no repara en dificultades. Salta arrollador por encima de todas. El Sindicato de Sanidad —con escasa fuerza al comenzar la lucha— se pone rápidamente a la altura de su misión. Se abren nuevos hospitales en la calle de Serrano, en la de Monte Esquinza, en el Ritz... Cuestan sacrificios, esfuerzos, dinero... La organización madrileña lo da todo con entusiasmo sin límites...

Lo más complicado de todo es la intendencia. La intendencia exige trabajo permanente y esfuerzos ininterrumpidos. Hay que llevar de comer a todos los luchadores. Hay que controlar rigurosamente los hombres que se tienen en cada frente. Hay que tener día por día noticia concreta de las altas y bajas. Hay que tener al corriente a las familias de la suerte de sus deudos. Es toda una organización complicada y difícil. Cien veces más complicada y difícil en las circunstancias extraordinarias en que se emprende una guerra de características revolucionarias y se hunde el armatoste de todo el viejo Estado burgués.

El Estado se preocupa muy poco del abastecimiento de los frentes. La máquina burocrática oficial no sirve absolutamente para nada. A las milicias confederales, que tienen muchos millares de hombres en los distintos frentes del Ejército del centro no les llega, oficialmente, de nada. Lo más urgente es que coman todos los días. Es el Comité de Defensa, poniendo de

acuerdo a los ateneos con lo que será magnífica intendencia confederal, quien inicia la organización más perfecta que se conocerá en la guerra. Los ateneos se cuidan de requisar víveres y alimentos almacenados a veces en grandes cantidades por los elementos fascistas, y de enviarlos a la intendencia confederal. De allí se van mandando a todos los frentes los que se consideran precisos y se efectúa intercambio de productos con los pueblos de la región y de Levante para conseguir determinados productos agrícolas en manos de los campesinos. A la intendencia confederal llegan constantes regalos de las organizaciones obreras de toda España con destino a los luchadores. Pero los millares de hombres que pelean en las trincheras consumen diariamente una cantidad extraordinaria de kilos. La intendencia tiene que realizar una labor enorme, que multiplicar sus actividades, que buscar alimentos por todas partes o dinero con que comprarlos para que nada falte a los compañeros que mueren por la libertad. Sería difícil, es imposible mejor, evaluar hoy el coste total del mantenimiento durante seis o siete meses de muchos millares de hombres en los frentes. Alcanza, sin duda, una cifra considerable de millones de pesetas. Sin embargo, la intendencia confederal supo realizar su cometido en todo momento, sin ayuda ni auxilio económico del Estado. y los luchadores de los frentes, nuestros hermanos de la vanguardia, saben positivamente que nunca comieron mejor que cuando el Estado les tenía completamente abandonados. Esa fue la obra gigante de la intendencia confederal. Y esa fue una prueba más de la capacidad admirable del Comité de Defensa, transformado ya en Ministerio de la Guerra de la Confederación Nacional del Trabajo.

Pero la intendencia no hubo de cuidarse tan sólo de la alimentación. Tuvo que preocuparse del vestuario y calzado de las fuerzas en lucha. En los primeros momentos todo el mundo marchó hacia los frentes con lo que tenía puesto: unas alpargatas, un mono, alguna gorra. Pero en la lucha entablada la ropa se deshace pronto. Es preciso también mudarse a menudo, renovar el calzado, tener mantas para abrigarse durante las noches frías en los picachos serraniegos. Parece, a primera vista, cuestión baladí. Tiene, sin embargo, importancia trascendental, porque influye de manera decisiva en

la moral de los milicianos. Entraña, además, toda una serie de problemas de compleja solución. En los primeros días se han terminado los «monos» fabricados. Todo el mando se ha apresurado a ponerse lo que podemos considerar como traje único. La intendencia confederal, de acuerdo con el Sindicato del Vestir, tiene que montar grandes talleres colectivos para la fabricación de ropas. Tiene también, de acuerdo con el Sindicato de la Piel, que establecer la fabricación en serie de alpargatas y botas. Todo se resuelve, merced a la voluntad indómita del Comité de Defensa, de una manera rápida. Los talleres empiezan a producir. Los luchadores a recibir la ropa que necesitan.

Al mismo tiempo, para controlar exactamente a todos los milicianos, se monta un fichero completo. Allí, en una tarjeta, se hace constar detalladamente el nombre del individuo, la edad, la fecha de su ingreso en las milicias, la centuria y batallón a que pertenece, la dirección de sus familiares, la profesión y el sindicato a que pertenecía. En el reverso se van anotando las diferentes incidencias de su vida militar como heridas, ascensos, etc. Aparte se abre un expediente individual de cada miliciano. Y en ese expediente se deja constancia de todos los documentos relacionados con el mismo. En cualquier instante la intendencia confederal, de acuerdo con el Comité de Defensa, de quien depende directamente, sabe dónde está un individuo, cuáles son sus antecedentes, los hechos de armas en que tomó parte y todos los detalles de su actuación. Es una organización complicada y difícil. Nadie se ha preocupado, en estos momentos de lucha dura y de nervosismo agudo, de hacer nada semejante. La organización confederal, sí. Mientras los demás hablan, la CNT trabaja. En tanto otros hacen una propaganda intensiva para autobombearse, los anarquistas se organizan y mueren en silencio. Desde un primer instante se enfrentan, en nuestro campo, dos conceptos distintos de la responsabilidad y de la guerra. A la larga se verá cómo sólo es eficaz la trayectoria seguida por la Confederación Nacional del Trabajo...

Pronto se plantea a la organización un problema delicado y difícil. La CNT no tiene más fusiles que aquellos que conquistó en los reductos

facciosos tomados por asalto. Con ellos no puede armar a todos los afiliados que quieren marchar a los frentes de combate. El Ministerio de la Guerra tiene fusiles. Los ha sacado de distintos parques de España, han llegado algunos millares del extranjero. Los tiene guardados, falto a veces de brazos que los manejen. La CNT se los pide una y otra vez. La respuesta es siempre negativa. Lo mismo que el 18 de julio, los señores republicanos tienen miedo a la revolución que encarnan la CNT y la FAI. Les niegan las armas, con los más variados pretextos, alegando casi siempre que no las tienen. Prefieren dárselas a otros, que no cuentan con hombres suficientes para empuñarlas en los frentes con la energía indispensable.

Los compañeros que quieren luchar contra el fascismo se cansan de esperar. Claramente plantean su problema a la organización: «O nos dais armas para ir a luchar, o nos autorizáis para inscribirnos en otras columnas con las que salir para el frente...».

La primera solución es imposible, porque no hay armas. Es preciso adoptar la segunda. Muchos millares de compañeros marchan a engrosar las columnas republicanas, socialistas y comunistas. Sólo en la de Mangada hay más de mil confederados. Es un sacrificio de la organización; es un éxito para quienes, gracias al valor y al heroísmo de nuestros hombres, pueden atribuir a talo cual columna que tiene esta o aquella bandera política, un triunfo que en justicia es sólo nuestro. Pero por encima de todo está la necesidad de aplastar cuanto antes al fascismo invasor. La CNT realiza, con alteza de miras, este nuevo sacrificio. Sabe que nadie se lo va a agradecer. Pero cumple, con sencillo estoicismo, con lo que en cada momento considera su deber...

CAPÍTULO 6

La lucha por el agua

PARA MADRID HAY, durante todo el mes de agosto, una obsesión: la sierra. Sobre la sierra se vuelcan todos los efectivos del fascismo castellano. Las guarniciones de Valladolid, de Segovia, de Salamanca, de Zamora, de Logroño, de Burgos y de Palencia, con millares de falangistas y requetés se agolpan en los pasos serranos. Mola quiere tomar a toda costa la ciudad de Madrid. Quiere aprovechar los momentos de desconcierto y desorientación, cuando todavía no hay un ejército organizado, para forzar las montañas del Guadarrama y tomar la capital de la revolución. En todas partes, por desgracia para él, encuentra hombres decididos, resueltos, heroicos. Suplen, a fuerza de valor, la falta de conocimientos militares. Caminan hacia la victoria impulsados por el entusiasmo.

Mola ha tomado los puertos de Somosierra y del León, pero la valentía indómita de los milicianos le clava en ellos. Intenta luego avanzar hacia El Escorial por Navalperal y Peguerinos y no logra sus propósitos. Después, cuando ya ha recibido los primeros refuerzos de regulares y terciarios, traza un plan decidido y audaz: avanzar por la izquierda del puerto de Somosierra para caer sobre las presas que abastecen de agua a Madrid. Madrid, en

pleno mes de agosto, sin agua,.está perdida. Una ciudad de un millón de habitantes no puede resistir sin agua. Tomar las presas, es conseguir en ocho días la rendición de Madrid.

El enemigo lo sabe; los restos de nuestro Estado Mayor también. Pero mientras los fascistas atacan con energía e ímpetu, el Ministerio de la Guerra no sabe qué hacer por organizar la resistencia. En realidad no existe. Todo el viejo armatoste del Estado se ha hundido en menos de una semana. En Guerra quedan unos señores con bastantes galones y estrellas, con despachos suntuosos, con varios teléfonos al alcance de la mano. Pero sin tener a quien mandar ni quien los obedezca. Conocen el peligro que amenaza a Madrid; saben que sin agua estamos perdidos, y se cruzan de brazos desorientados e impotentes.

En las presas del Lozoya hay una compañía de carabineros y unos cuantos guardas de los canales. Están asustados, perdidos. Si los fascistas siguen avanzando, si rompen la débil resistencia que puedan oponerles por un flanco los que combaten en Somosierra, carabineros y guardas no podrán hacer más que morir o huir. El agua estará perdida. Y con el agua, Madrid.

Las milicias confederales acuden al punto de mayor peligro. Son varios millares de hombres, curtidos en las luchas contra la burguesía. Muchos han salido de la cárcel el 19 de julio. Todos abandonaron sus casas el primer día de la traición y no volverán a ellas hasta llevar entre sus manos la victoria. Van decididos, resueltos. Pañuelos rojinegros al aire, monos proletarios, el fusil acariciado como una novia. En todos los corazones, alegría. En todos los cerebros, la idea fija de ganar cuanto antes la batalla.

La noche del 27 de julio se duerme en Torrelaguna. Por la mañana del 28 se emprende temprano la marcha. No se puede perder mucho tiempo. La situación es angustiosa. Los hombres de Galán no pueden moverse de Somosierra, donde el enemigo presiona. Al mismo tiempo, millares de fascistas avanzan sobre las presas. Anteayer mismo tomaron Prádenas del Rincón. Ayer entraron en Paredes de Buitrago. Si hoy lograsen pasar de La Serrada no habría ante ellos obstáculos de ningún género.

En La Serrada se apean los hombres de los camiones. Mora habla brevemente a los compañeros. Luego, de acuerdo con los delegados, del Comité de Defensa, ordena la formación de grupos, centurias y batallones: «Cada veinte hombres formarán un pelotón que eligirá un delegado. Cinco pelotones forman una centuria. Cinco centurias un batallón...».

En pocos minutos están formados los pelotones, las centurias, los batallones. Los mandos son elegidos por los propios compañeros. Mera es designado delegado general de la columna. Mora mandará un batallón. Eusebio Sanz, una centuria. Pronto cada hombre está en su puesto: «¡Ahora, en marcha! ¡Viva la FAI!».

La columna marcha por una carretera estrecha que se retuerce entre las montañas. No se sabe exactamente donde está el enemigo, aunque se supone que muy cerca. Hay que avanzar con precauciones, esperando que la batalla se inicie en cualquier momento. No tarda, efectivamente, en comenzar. Los fascistas —tercios escogidos de la Guardia Civil, requetés de boina roja, soldaditos que pelean con la pistola de los oficiales clavada en la nuca— han seguido su avance después de tomar Paredes. Ocupan todas las alturas que rodean el pueblo. Dejan incluso una especie de entrada para envolver en sus fuegos a los milicianos que caminan alegres hacia el combate.

A un kilómetro de Paredes empieza el tiroteo. Son primeros disparos sueltos. Es inmediatamente un combate en regla. La traición dispone de buenas ametralladoras, de morteros en abundancia, de cañones. Nosotros sólo tenemos unas pocas ametralladoras y un solo cañón. El enemigo es superior en número y ocupa posiciones ventajosas. Pero nada de esto contiene ni arredra a los milicianos confederales. Por la montaña arriba, con decisión heroica, trepan las centurias. Por la carretera barrida avanzan otras directamente hacia el pueblo. A la derecha de la carretera, desde una alta montaña que domina todas las cercanías, un tercio de la Guardia Civil dispara sin descanso. La centuria que manda Eusebio Sanz escala los peñascos, combate de risco en risco, corona las alturas a las pocas horas de

comenzar la lucha. Mientras, el batallón de Mora penetra en las primeras casas del pueblo. Al llegar a la plaza les hacen fuego desde todas partes. Caen algunos compañeros. Nadie se entretiene en contarlos. Hay que seguir el avance. Otras centurias y otros batallones pelean por el flanco izquierdo, conquistan las lomas, alejan el peligro. A mediodía el pueblo es nuestro ya.

Pero los fascistas saben toda la importancia que Paredes tiene. Es el camino obligado de las presas. Es la seguridad de conquistar Madrid en un plazo corto, acaso sin disparar un tiro. De Somosierra reciben rápidamente refuerzos. Con ellos se lanzan al contraataque. El momento es difícil para nosotros. Sobre Paredes, sobre La Serrada, sobre las lomas y los caminos empiezan a caer obuses en abundancia. Los hombres, sin embargo, resisten bien. No están acostumbrados aún a la explosión de las granadas. Pero ya saben pegarse al suelo, esperar sin moverse del sitio a que pase la tormenta de hierro y fuego. Cuando, después del bombardeo, los fascistas quieren avanzar, tropiezan con una barrera infranqueable. Durante varias horas hablan sin interrupción ametralladoras y fusiles. Sacrifica el enemigo centenares de hombres. Todo es inútil. Al caer la tarde, las posiciones conquistadas por la mañana siguen en nuestro poder...

Las milicias confederales han frenado en seco el avance fascista hacia las presas del Lozoya. Mola tiene confianza sin límites en esta operación. Pero la operación le falla en sus comienzos. Para ello ha bastado el valor, el ímpetu, la decisión y el coraje de un puñado de anarquistas. Ante sus ilusiones se ha levantando de pronto una muralla de corazones. En adelante, serán inútiles cuantos esfuerzos desesperados pueda realizar para pretender romperla...

Durante más de un mes se pelea sin interrupción entre los breñales de Paredes, Prádenas, La Serrada y Puebla de la Mujer Muerta. Durante más de un mes se trabaja y pelea a un tiempo. Sin abandonar el fusil, los compañeros excavan las peñas. Poco a poco van surgiendo las primeras fortificaciones, la primera línea defensiva. Después se construye la segunda y tercera. En pocas semanas habrá una intrincada red de trincheras y parapetos entre el fascismo y las presas codiciadas. Pronto, aunque lograse

romper nuestro frente, su intento se estrellaría contra la segunda o la tercera línea. El agua está salvada. Madrid no tendrá que rendirse obligado por la sed. Y se lo deberá, íntegramente, a los luchadores confederales...

Pero durante este mes se cruzan horas amargas y jornadas duras. El enemigo gradúa exactamente la importancia de este frente. Si lograse avanzar por Guadarrama, Somosierra y Navacerrada ¿qué lograría? Unos cuantos kilómetros, tal vez algún pueblo de menguada importancia, pero nada más. Nada trascendental desde luego; nada que pueda influir de forma decisiva en la marcha de la guerra. Por Paredes, en cambio... A Prádenas llegan nuevos batallones de requetés, nuevos batallones peninsulares, unas banderas del Tercio. Llegan, también, elementos en cantidad extraordinaria. Frente a ellos tan sólo podemos oponer unos corazones de hierro y un cañón del 7,5.

El cañoncito tiene ya un nombre. Se llama el «Pequeño FAI». Ha de enfrentarse con baterías completas del 10 y del 15,5, Pero tiene el temple heroico de los compañeros que lo manejan. En La Serrada primero, en las cercanías de Paredes después, el cañón dispara a todas horas multiplicando su rendimiento, tratando de contrarrestar la supremacía del adversario. Los milicianos quieren a su cañón. Saben del efecto que produce en las filas adversarias. Han visto correr a terciarios y civilones perseguidos por las explosiones de sus granadas.

Pronto tiene el «Pequeño FAI» su bautismo de sangre. A su lado, inseparablemente unido a él, está el teniente Nieto. Los grandes cañones enemigos tratan de destrozar el cañón anarquista. Por cada obús que lanza, replica el enemigo con treinta o cuarenta buscando su emplazamiento. Una tarde, en pleno combate, aciertan con él. Un obús enemigo explota muy cerca del «Pequeño FAI». La metralla le alcanza ligeramente en la cureña y en las ruedas. Pero en cambio, siega en flor la vida heroica del teniente Nieto. No cesa de luchar el «Pequeño FAI» por eso. Otro hombre —Carracedo— está ya en el puesto de Nieto. El cañoncito sigue enviando a las filas facciosas su mensaje de muerte. Con rapidez, con acierto, como si

sintiera en lo más hondo el dolor del compañero caído y quisiera vengar la muerte del teniente Nieto.

(El «Pequeño FAI» empieza ahora en realidad sus luchas. Todavía ha de disparar mucho contra el fascismo antes de que le llegue su pase a la reserva. Siempre con las milicias confederales vivirá las horas amargas y gloriosas de nuestra lucha. Peleará en Gredos y en Teruel, en la Casa de Campo y en el Jarama, hasta cubrirse de gloria en las jornadas triunfales de Trijueque y Brihuega.)

En el fragor de la lucha hay que improvisarlo todo. Una organización militar, una disciplina, una estrategia, incluso un Estado Mayor. Del Rosal tiene que formar el suyo. No es posible en este momento, apartarse de los parapetos para estudiar unos meses. Ha de escoger los hombres que le parecen más útiles. Un ingeniero y tres periodistas forman el primer Estado Mayor de la columna. Del mismo modo que trabajadores de la construcción o de la metalurgia están al frente de los batallones. De igual forma que toda la organización militar de la CNT, depende de un antiguo trabajador gastronómico. El ingeniero —un revolucionario que ha salido de la cárcel el mismo 19 de julio— se llama Verardini. Los periodistas —que se han olvidado de que lo son para empuñar el fusilo la pistola— son Bertolucci, Ordás Avecilla y Angel de Guzmán. Acaso no sepan una palabra de técnica militar. Pero todos, hombres de inteligencia despierta, pondrán el máxirno entusiasmo y la máxima decisión en el cumplimiento del deber por peligroso y áspero que sea. De ellos, uno —Angel de Guzmán— caerá cierto día en la sierra de Credos. Otro —Verardini— será uno de los mejores jefes del Estado Mayor del ejército del pueblo. Los otros cumplirán como buenos en puestos delicados y en horas críticas.

Poco a poco, sin dejar de pelear un solo momento, se van organizando militarmente las milicias. Ya se ha logrado que funcionen la intendencia y la sanidad. Ya hay un cuerpo embrionario de transmisiones. Ya están asegurados los enlaces con Madrid y el resto de las columnas que operan en las zonas cercanas. Ya se va pasando del individualismo caótico de los primeros instantes, a un sentido de responsabilidad y disciplina acentuado

incesantemente. Ha sido Mora quien primero comprende la necesidad de una disciplina férrea: «En la guerra, como en la guerra. Para vencer necesitamos, por mucho que nos repugne la palabra, un ejército...».

Su batallón tiene, antes que ningún otro, una organización eficiente. Mera, por su parte, ha impuesto a toda la columna el mismo sentido de responsabilidad. Todavía en otras columnas abundan los luchadores esporádicos, los que suben un día a la sierra y vuelven a Madrid al anochecer para contar a los papanatas sus hazañas fantásticas. En las milicias confederales, no. Val lo dijo ya al pensar en su organización: «La lucha no es un juego. Los que vayan a las milicias tienen que ir a pelear, no a hacer turismo...».

Los compañeros del frente saben cumplir con su deber. Porque lo saben, el fascismo se estrella en su intento de llegar hasta las presas. Porque todos están en sus puestos se salvará Madrid un día no lejano.

Mientras, la guerra adquiere caracteres alarmantes. Las hordas marroquíes, los legionarios de Yagüe, los regulares de Varela y Castejón, avanzan por las llanuras extremeñas. Protegidos por la aviación italiana, con los tanques germanos abriéndoles camino, han entrado en Mérida y Badajoz. Ahora, fracasado su primer intento de avanzar por Medellín, presionan en la provincia de Cáceres. Navalmoral está en sus manos. Y Oropesa. Y Puente del Arzobispo. Se confirman las previsiones de nuestro Comité de Defensa. Con tiempo se advirtió el peligro sin que nadie hiciera caso. Hoy, acaso sea tiempo aún de impedir que las llanuras toledanas sean camino triunfal para la invasión extranjera.

Mora viene a Madrid para hablar con Val. La organización del centro quiere que sus milicias vayan a cubrir la zona de Talavera. En la sierra el peligro es menor. La amenaza grave está en las orillas del Tajo. Pero en Guerra sigue la indecisión y el desconcierto. Se pierden estúpidamente unos días preciosos. Al fin, se concede la autorización pedida. Nuestros hombres, que salvaron el agua, marcharan acerrar en la carretera de Extremadura el paso a la invasión fascista.

Se efectúa el relevo. La Columna La Calle sustituye a las milicias confederales en Somosierra. Las presas ya no corren peligro. El fascismo se ha roto los dientes demasiadas veces en este sector, para que emprenda un nuevo ataque. Hay buenas fortificaciones, a cuyo amparo se podrá aguantar las más férreas embestidas. Los hombres duros, los combatientes heroicos, marchan a otro frente por donde arrecia el empuje invasor, buscando abrirse camino en dirección a Madrid. Los compañeros van contentos y alegres. La inmovilidad de las posiciones serranas no cuadra con su temperamento. Necesitan pelea movida, con avances triunfales, y en Talavera creen tener campo propicio para sus hazañas.

Pero al llegar a Madrid encuentran una sorpresa. Las milicias confederales no van a Talavera, sino a Gredos. Otra vez a la montaña. Otra vez a terreno abrupto, desconocido, donde ni siquiera existe frente, por donde el enemigo avanza sin resistencia. Los compañeros aceptan sin vacilar las órdenes recibidas. Marcharán a Gredos a pelear como valientes.

El agua de Madrid está salvada ya. Ahora en Gredos les esperan las horas más amargas y más heroicas, las jornadas de mayor peligro y de mayor dolor de toda la guerra...

CAPÍTULO 7

Heroísmo y amargura en la sierra de Gredos

EN LA PLAZA DE TOROS de Tetuán se han reunido gran parte de los hombres que forman la Columna Del Rosal. Han descansado dos días en Madrid y ya están prestos para salir con rumbo al nuevo frente. Es la madrugada del día 5 de septiembre. Cuatro mil hombres montan en camiones y autos, cruzan Madrid y salen por la carretera de Extremadura. Todavía hay muchos que creen marchar a Talavera. Por allí presiona el enemigo y por allí está el máximo peligro. Pero el Estado Mayor cree suficientemente guarnecido ese frente. Acaso también se tienen en cuenta conveniencias políticas. Talavera obsesiona a Madrid. Talavera es campo de lucimiento para las fuerzas que en sus alrededores peleen. No interesa que los anarquistas cosechen laureles. Se les manda aun punto más difícil aún; pero a unos lugares donde nadie se fijará en ellos, donde podrán sufrir, pelear y morir sin que la gente se entere ni siquiera de que han existido. La Columna Del Rosal marcha a la sierra de Credos. Ni el Estado Mayor ni nadie sabe dónde está allí el frente de una manera concreta. No saben contra quién van a luchar ni dónde. Saben, simplemente, que tendrán que batirse entre los breñales agrestes de una serranía muy poco poblada.

Y saben más. Saben que van sin los elementos precisos. Tienen tan sólo los fusiles y ametralladoras que conquistaron en el asalto de los cuarteles madrileños, el «Pequeño FAI» y otro cañón del 7,5. Las municiones se las dan con cuentagotas. Apenas si llevan las precisas para sostener el primer combate. Además, los servicios auxiliares —sanidad, Intendencia, Transportes— dependerán exclusivamente de ellos. Ni en Somosierra ni en Gredos tendrán que agradecerle nada a la sombra del Estado que aún sigue en pie.

Pero los hombres marchan contentos, entusiasmados, decididos. La amanecida madrileña se estremece con los vivas jubilosos a la FAI que llenan el aire. Rumbo a la muerte, emprendiendo una expedición de la que muchos no tornarán, los anarquistas marchan con la alegría de los luchadores del pueblo...

Tres días después, de las puertas del Ateneo de Chamberí parte otra columna. A su frente, Cipriano Mera. Tras él, un millar de hombres. Doce horas después ya estarán unidos a las milicias confederales que manda Francisco del Rosal...

En San Martín de Valdeiglesias se hace un alto para comer. En San Martín de Valdeiglesias ven nuestros hombres el primer moro. Nadie sabe cómo vino hasta aquí. Se lo acaban de entregar unos milicianos al Comité Antifascista del pueblo. Se le interroga detenidamente. Ángel de Guzmán pretende arrancarle datos interesantes. Da, sí, algunos detalles curiosos, anecdóticos. Pero ni él mismo sabe dónde estarán los frentes. Se perdió en los alrededores de Talavera. Ha venido —ni él mismo sabe cómo— hasta las cercanías de San Martín, donde le echaron mano los milicianos del pueblo.

Pasado San Martín, la columna se adentra en la serranía de Gredos. Uno tras o otro se cruzan los pueblos pintorescos, sin fuerzas que los guarnezcan. Se atraviesan Sotillo y La Adrada, Casavieja y Pedro Bernardo. Aquí se establece el Cuartel General, mientras los grupos salen a reconocer los pueblos de las inmediaciones. Es una situación un poco extraña. Por el

norte, hasta más de ochenta kilómetros atrás, toda la provincia de Avila está en poder de los fascistas. Por el sur no se sabe exactamente hasta dónde llegan nuestras fuerzas. La columna se ha metido en cuña, adentrándose en terreno faccioso, elevando nuestras líneas hasta las proximidades de Arenas de San Pedro. A media altura de la montaña, entre las cumbres de Gredos y la llanura toledana, en una franja de no más de veinte kilómetros de anchura se han metido nuestros hombres, marchando por carreteras de cuarto orden y caminos de herradura.

Talavera se pierde el domingo 6 de septiembre. El 8, los fascistas inician su ataque sobre esta cuña que amenaza su retaguardia por varios lados. La caballería mora ataca en las cercanías de Lanzahita. Los hombres de la FAI no se impresionan por la algarabía de los jinetes rifeños. Les aguardan parapetados tras de la peñas y los barren con fuego certero de fusil y ametralladora. El primer combate es un triunfo. Pero nadie se hace ilusiones excesivas. Si la lucha se prolonga mas horas más, hubiéramos sido vencidos. Cuando el enemigo huyó, a cada hombre le quedaban escasamente cuatro balas de fusil.

El Alto Mando ha trazado una operación combinada. Se trata de presionar a la vez en distintos sectores. Se intenta reconquistar Talavera. La Columna Del Rosal tiene que atacar, partiendo de la montaña, en dirección al llano. Se le envían municiones. Cuando se da la orden, todos se lanzan arrolladoramente al avance. Moros y guardias civiles pretenden contenerles. Tras de cada peñasco hay un rifeño; en todas las cotas, ametralladoras que disparan sin descanso. Todo es inútil. Nuestros hombres avanzan y avanzan. Buenaventura primero, Navamorcuende después, caen en su poder antes de terminar el día. Los campos cercanos quedan sembrados de cadáveres enemigos. Nuestra cuña se alarga por el sur, amenazando Talavera.

Pero el ataque contra Talavera por la llanura ha fracasado en redondo. Frente a los tanques, bajo los aviones, los milicianos no han podido avanzar. Por aquí la presunta ofensiva ha terminado en desastre. No se ha tomado Talavera. No se ha ganado un palmo de terreno. Se han perdido, en cambio,

unos cuantos kilómetros. Las fuerzas de la República no entraron en Talavera; pero los moros se pasean ya por Santa Olalla...

La Columna Del Rosal no ha logrado, con su avance, más que empeorar la situación en que se hallaba. Su frente se alarga en varios kilómetros. La cuña se ha hecho más peligrosa, al retroceder su flanco izquierdo. Y, además, ha gastado en el combate las pocas municiones de que disponía...

Perdido Navalmoral de la Mata regresan a Madrid, para reorganizarse, los restos de la columna de Andalucía y Extremadura. De los varios centenares de hombres que partieron para el frente, tan sólo regresan cincuenta o sesenta. Pronto refuerzan sus efectivos. Pronto forman una nueva columna. Aquí en Madrid hay muchos hombres de la CNT que aguardan con impaciencia la hora de marchar al combate.

En la provincia de Sevilla se ha peleado duramente contra el fascismo. Cuando Queipo dominó la ciudad estaba en pie casi toda la provincia. Con sus fuerzas, con los hombres que en Sevilla tenía no hubiera logrado reducir los pueblos. Más aún: hubiera sido aplastado por ellos. Pero el mismo día 18 el cañonero «Dato» desembarcó un tabor de regulares en AIgeciras.

Y el mismo día un destroyer; el «Churruca», dejaba en Cádiz dos banderas del Tercio y otro grupo de regulares. La lucha en los pueblos de Sevilla fue dura y trágica. El tabor desembarcado en AIgeciras marchó directamente a reducir Carmona. Los compañeros le dejaron entrar en el pueblo, desparramarse por las calles retorcidas y angostas. Luego, a una señal convenida, sobre los moros comenzaron a llover proyectiles de todas clases. Los marroquíes huyeron a toda prisa. Pero en las calles de Carmona quedaron más de doscientos tendidos para siempre. Pronto tuvo Queipo noticias del desastre. Pronto, lívido de rabia, anunciaba ante el micrófono: «De Carmona no quedará una piedra en pie...».

Pero tuvo que aplazar unos días su venganza. En Arahal primero, en Morón después, se batían, junto a los campesinos, los hombres que salieron de Sevilla con los hermanos Arcas a la cabeza. En Lora, en Constantina, en

el Pedroso y Tocina, los cuarteles de la Guardia Civil estaban sitiados o habían sido tomados por el pueblo. Tuvo que esperar refuerzos. Pronto le llegaron las banderas del Tercio desembarcadas en Cádiz. Pronto empezaron a llegar, en aviones italianos y teutones, grupos y más grupos de terciarios y marroquíes. Cuando tuvo los miles de hombres precisos, organizó las expediciones contra Carmona y Morón. La lucha fue dura y sangrienta en ambos sitios. Pero frente a la aviación ya los cañones no podían triunfar los fusiles y las escopetas de caza. Los hombres de Morón —los hermanos Arcas, Bartolomé Lorda, Peña y Margalef al frente— marcharon en dirección a Málaga. Los de Carmona, con Sabín, con Mora, con Gutiérrez, se dirigieron a las orillas del Guadalquivir.

Eran los de Carmona hombres decididos y resueltos, militantes probados de la organización confederal. En Brenes y Tocina primero, en Constantina y Cazalla después, contuvieron durante semanas enteras el avance de la invasión fascista. Sería difícil narrar su heroísmo, su abnegación, su entusiasmo. Por último, finalizando agosto ya, hubieron de entrar en tierras de Badajoz. La ofensiva fascista no se dirigía ya hacia Villanueva y Don Benito. Se peleaba en las cercanías de Talavera. Los luchadores de Carmona y Lora, de Constantina y Cazalla, comprendieron que su puesto estaba en Madrid. Y a Madrid vinieron para encuadrarse en alguna columna confederal y partir de nuevo hacia los frentes de combate.

En Madrid, los hombres de la provincia de Sevilla se dividieron en dos grandes grupos. Málaga estaba en peligro, y a defender Málaga marcharon, al frente de unos seiscientos hombres, Mora y Gutiérrez. Los demás, con Sabín Molina, Naranjo y Vimes, se unieron a la columna de Andalucía y Extremadura y marcharon, bajo la dirección de Isabelo Romero y Juan Torres, a pelear donde se les designara.

La columna de Andalucía y Extremadura, una vez reorganizada, marcha por el sur del Tajo hasta las proximidades del puerto de San Vicente. Durante varias semanas pelea, conteniendo los duros embates del enemigo que pretende avanzar paralelamente por las dos márgenes del Tajo. Cuando se convence de la dificultad que entraña la margen izquierda, cuando

comprueba que, por el contrario, todo son dificultades en la derecha, concentra en ésta todas sus energías. En Alia, en Carrascalejo, en San Bartolomé de las Abiertas se apaga casi por completo el estrépito guerrero. Durante un par de semanas, apenas se hace otra cosa que vigilar las márgenes del río y tirotearse con las patrullas fascistas. Por la parte de San Bartolomé se está muy cerca de Talavera. Se piensa e incluso se prepara un avance sobre el pueblo. Pero falta por completo la artillería, no hay exceso de municiones de fusil y se carece de los elementos precisos para construir un puente. Aquí no se puede hacer nada práctico. Los compañeros han ido a luchar, no a vegetar. Consultan con el Estado Mayor, quieren ir a un frente donde se pelee duramente. Y el Estado Mayor envía la columna de Andalucía y Extremadura a reforzar las posiciones que ocupa en la serranía de Gredos la Columna Del Rosal.

Cuando los andaluces llegan a Casavieja, los hombres de Mora y Mera han sostenido ya violentos combates con las fuerzas invasoras. La cuña dificulta todos los avances del enemigo. Mientras subsista no tendrán consistencia inquebrantable las progresiones en dirección a Madrid por la llanura toledana. Sin artillería, con pocas máquinas, con munición escasa, la Columna Del Rosal defiende bravamente las posiciones. Contra su heroísmo, contra su decisión, se rompen una y cien veces las ofensivas de la morisma.

Pero la guerra, con sus realidades dramáticas, ha impuesto una superación de la organización militar primitiva. El Comité de Defensa ha hecho un reglamento claro y preciso de las milicias confederales. Respeto absoluto para la personalidad del individuo, pero exigencia de cumplimiento inexcusable de los deberes militares. Breve, conciso, enérgico, el reglamento dice así:

REGLAMENTO DE LAS MILICIAS CONFEDERALES

Art. 1º. Todo miliciano queda obligado a cumplir las normas de los Comités de Batallón, Delegado de Centuria o de Grupo.

Art. 2º. No podrá obrar por su cuenta en el aspecto guerrero, y acatará sin discusión los puestos y lugares que se le asignen, tanto en el frente como en la retaguardia.

Art. 3º. Todo miliciano que no acate las normas del Comité de Batallón, Delegado de Centuria o de Grupo, será sancionado por su Grupo, si la falta es leve, y por el Comité de Batallón, si la falta es grave.

Art. 4º. Se considerarán faltas graves: la deserción, el abandono de puesto, el sabotaje, el pillaje y proferir frases que determinen desmoralización.

Art. 5º. Todo miliciano ha de saber: que ha ingresado voluntariamente en las milicias, pero que una vez que forma parte de ellas, como soldado de la revolución, su conducta ha de ser: ACATAR y CUMPLIR; y

Art. 6º. Todo aquel que actúe al margen de las milicias será considerado como faccioso y sufrirá las sanciones que el Comité de Batallón a que pertenezca determine.

¡Miliciano! Estas normas de acción y de conducta no son disciplina cuartelera. Es el esfuerzo de todos, mancomunado, unido y disciplinado. Sin esta cohesión de energías no hay triunfo posible. ¡Miliciano, acata, cumple y vencerás!

El Comité de Defensa.

Al mismo tiempo que se aprueba el reglamento de las milicias se organizan las fuerzas de la columna. No desaparecen los grupos ni las centurias. Pero se crean sobre una base firme los nuevos batallones. La Columna Del Rosal se divide en seis batallones: Francisco Ferrer, Orobón Fernández, Manuel Pau, «Noi del Sucre», «Bakunin» y Rafael Casado. Entremezclados, como guión y enseña, nombres gloriosos de luchadores

anarquistas y de soldados anónimos. Manuel Pau y Rafael Casado fueron los dos primeros hombres de la columna que murieron luchando, de cara al enemigo, entre los peñascales de Paredes de Buitrago.

Cuando los andaluces llegan se prepara un ataque contra Lanzahita. Lanzahita está en una carretera que baja desde la de San Martín a Arenas hasta las cercanías de Talavera. El ataque a Lanzahita se emprende con decisión y entusiasmo sin límites. Pero fracasa. Fracasa porque tenía necesariamente que fracasar al faltar municiones. Se han pedido en todas las formas y en todos los tonos. Pero de Madrid no las envían más que con retraso y en muy pequeñas cantidades. Por tres veces avanzan los hombres a pecho descubierto hasta las primeras casas del pueblo; por tres veces tienen que retroceder los moros hasta el interior, al amparo de la torre donde han instalado varias ametralladoras. y por tres veces, en el instante crítico, en la hora decisiva, los luchadores se quedan sin munición de fusil. Las dos primeras la cosa tiene arreglo, recogiendo la munición de las fuerzas situadas en otros puntos. La tercera, al caer ya la tarde, es preciso replegarse., porque no hay manera de encontrar las balas que se necesitan para continuar el ataque.

A todos les contraría este fracaso. Todos han derrochado decisión e ímpetu. Todos han cumplido con su deber. Pero mientras otras unidades malgastan munición, a nuestros hombres les falta en absoluto. En Madrid no parecen comprender la situación. En Madrid —las pasiones políticas ciegan a la gente— no acaban de convencerse de toda la importancia del frente que la columna cubre. Son inútiles todas las gestiones, todos los esfuerzos. Se recogen buenas palabras, promesas firmes como máximo. Pero los elementos bélicos no llegan nunca.

El enemigo, que ha seguido su avance por la llanura, que tomó ya, casi sin resistencia. Maqueda y Escalona, sabe, en cambio, todo el peligro que para él entraña el frente que sostienen los hombres de la CNT y la FAI En un mismo día —es el 21 de septiembre— ataca violentamente por dos puntos opuestos. Subiendo desde Talavera y Marrupe lanza varios millares

de hombres contra La Iglesuela; bajando de Ávila y Burgohondo concentra sus fuerzas sobre el puerto de Mijares.

En La Iglesuela se lucha duramente. Al principio, los pocos hombres que la guarnecen, sorprendidos por la victoria del ataque enemigo, tienen que replegarse. Hay algo extraño que contribuye a este retroceso. Cuando en las afueras se baten contra la caballería mora, de la torre y de distintas casas del pueblo disparan contra ellos por la espalda. Son algunos vecinos del pueblo, los que más alardeaban de revolucionarios, que ayudan a la morisma. (Estamos, nadie lo olvide, en una de las comarcas más reaccionarias de España. En unos pueblos que fueron, durante muchos años, feudo de un tal Barrado, uno de los jefes de Falange Española.) Cogidos entre dos fuegos, los compañeros tienen que evacuar el pueblo. Desde las alturas próximas pueden oír el alegre sonido de las campanas y las banderas con que saludan a los invasores los fascistas del pueblo...

Pero los compañeros no retroceden mucho. En su ayuda y apoyo han llegado rápidamente un par de batallones. Cuando moros y legionarios quieren proseguir su avance, una lluvia de balas les cierra el paso. Durante largo rato se pelea encarnizadamente. Luego nuestros compañeros se corren por los montes, en una maniobra estratégica para cercar el pueblo. Los traidores, que se dan cuenta de la maniobra, escapan. La mayoría se queda en el pueblo defendiéndose hasta que los nuestros terminan con ellos. Cuando los luchadores confederales penetran de nuevo en las calles de La Iglesuela, pueden contemplar por todas partes montones de cadáveres. Entre los muertos están todos los que dispararon contra los compañeros por la mañana, cooperando al ataque fascista...

En Mijares la batalla ha sido todavía más violenta. En Mijares está un batallón con Teodoro Mora a la cabeza. Son quinientos hombres decididos y resueltos. Pero no tienen artillería. Cuentan con tres ametralladoras, una de ellas rota, y muy poca munición. Durante la noche del 20 al 21 el enemigo ataca, apoyado por artillería y tanques. Después de varias horas de pelea, logra coronar uno de los cerros que dominan la carretera. En el centro, en la carretera misma, el ataque es rechazado rotundamente.

La ocupación del cerro es un contratiempo sensible. Domina los alrededores y hace difícil el aprovisionamiento de las posiciones del puerto. Pero su reconquista es difícil, imposible mejor, dados los elementos con que se cuenta. Varios compañeros se reúnen con Mora para hablar del intento de recuperar el terreno perdido. Teodoro expone diáfanamente su opinión: «Sería una locura el intento. Los fascistas se han fortificado bien, son más del doble que nosotros en número, tienen artillería y muchas ametralladoras. Los que pretendieran subir serían barridos...».

Todos están conformes. Pero en aquel momento llega la noticia de que unos grupos, impulsivos y temerarios, se han lanzado ya, sin esperar a nadie, por la falda del monte. Mora dice: «No podemos seguir discutiendo. Pensaremos lo que queramos. Pero una vez que unos compañeros se han lanzado valientemente, nosotros tenemos que luchar a su lado...».

Se inicia el ataque a fondo. Es, como Mora ha previsto, una locura. Bien instalados, los fascistas les barren impunemente con sus ametralladoras. Será imposible llegar arriba.

Mora está entre los que marchan en vanguardia. De pronto una bala le hiere en el estómago. Se le ve inclinarse un poco, llevarse las manos al vientre. Un compañero se acerca: «¿Te han dado?». «Sí, pero no tiene importancia. No se lo digas a nadie. Seguid adelante...» La lucha continúa. Pero la herida de Mora es mortal. Cae pesadamente entre unos peñascos, para no levantarse más.

Horas después, el ataque ha fracasado. Cuando abajo, en la carretera, se hace un recuento, faltan muchos compañeros. Entre ellos, Teodoro Mora, uno de los hombres más capacitados, más heroicos, más inteligentes de todo el Movimiento Libertario...

Son los días más amargos de nuestra guerra. Los milicianos tienen heroísmo y fusiles. Ametralladoras como máximo. El fascismo cuenta con nubes de aviones, con centenares de tanques, con cañones que forman

barreras de fuego barriendo las posiciones leales. Los soldados del pueblo se baten a la desesperada. Se pegan al suelo, aguantan sin moverse las pasadas de los buitres negros, soportan con estoicismo los obuses que a su alrededor explotan. Dejan, a veces, que los tanques pasen por encima de sus cuerpos inmóviles. Pero las hordas marroquíes y legionarias avanzan. Tras de Talavera cayó Santa Olalla, y Quismondo, y Maqueda, y Torrijos, y Escalona. Rotos de sueño y fatiga, ebrios de rabia y heroísmo, los milicianos tienen que retroceder día tras día. En Madrid, los fascistas emboscados y los que quisieran que la victoria les fuera servida en bandeja por los demás; todos los que ya preparan las maletas para salir con rumbo al Levante feliz, se ríen de los luchadores proletarios: «Son unos gallinas. Corren como conejos...».

Y; sin embargo, acaso no haya en la historia de ninguna guerra ejemplo parejo en heroísmo. Frente a los aviones, a los tanques y a la artillería, los fusiles no sirven para nada. Y nuestros hombres no tienen más que fusiles. Fusiles, ametralladoras viejas que se encasquillan al segundo disparo, y corazón. ¡Ah, si tuvieran en medios de combate lo que les sobra en bravura! Pero carecen de todo. Durante dos meses, cuando todas las fronteras estuvieron abiertas para nosotros, el Gobierno nada hizo por comprar armas. No existía entonces la farsa trágica de la «no intervención›. Había miles de millones de oro en los sótanos del Banco de España, pero a los gobernantes republicanos les aterraba sacar de España un solo gramo de oro. Podría quedarse la moneda sin la cobertura suficiente. Podía hundirse la cotización de la peseta en el mercado internacional. Antes de esto, era preferible cualquier cosa. Que nuestros hombres murieran indefensos frente a la invasión extranjera. Que el fascismo se adueñara de España. Que Franco y Mola se apoderasen de los millones tan celosamente guardados en los sótanos del Banco...

Los fascistas toman Talavera el día 6 de septiembre. Ante ellos tienen una llanura magnífica, por la que pueden avanzar los tanques a treinta y cuarenta kilómetros por hora. Una llanura parda y reseca, donde no podrán hallar fácil defensa los luchadores del pueblo. Como único obstáculo, los

milicianos. Desorganizados, sin disciplina, sin noción de la estrategia militar, sin armas. Tienen ganada de antemano la partida. La conquista de Madrid es un simple paseo militar. Pero cada obrero es una muralla, que aviones y tanques atraviesan, pero que gasta energías y tiempo. Tiempo sobre todo. Dos meses justos tardarán las hordas en recorrer los cien kilómetros que separan Talavera de Carabanchel. Y esos dos meses serán suficientes para que en la fragua de heroísmo de las retiradas, se forje el duro acero de un ejército improvisado que salvará Madrid...

En Casavieja la situación es crítica. Por los dos flancos de la columna, las fuerzas leales han retrocedido muchos kilómetros. La cuna tiene demasiada extensión y demasiados puntos flacos. Faltan hombres, para cubrir enteramente los frentes. Falta munición para sostener un combate largo. Faltan elementos de lucha. Las ametralladoras están descompuestas. Los fusiles —son todavía los conquistados en el asalto de los cuarteles— no tiran bien. En el Estado Mayor parece existir una prevención y una repulsa contra la columna. Todas las peticiones, todas las exigencias, todas las gestiones caen en el vacío. Es inútil que Del Rosal y Mera hagan repetidos viajes a Madrid. Es inútil que el Comité de Defensa trabaje sin descanso. Es inútil que Val y Cipriano entren un día violentamente en el despacho del ministro de la Guerra para exigirle la entrega de fusiles y municiones que se sabe dónde están...

Nuestros hombres tienen que batirse con el enemigo. Pero tienen que luchar, también, contra la falta de elementos y las pasiones políticas que les niegan toda clase de pertrechos bélicos. Y, sin embargo, las milicias confederales mantienen sus posiciones. Mientras los demás retroceden, en tanto se pierden kilómetros y kilómetros en la sierra y Toledo, la Columna Del Rosal continúa en Casavieja, en Pedro Bernardo, en La Iglesuela, en Sotillo. El enemigo ataca, cada vez con mayores elementos y con mayor dureza. Los hombres se baten con decisión insuperable. Se retrocede cuando no hay otro remedio, cuando están agotadas las municiones, cuando no se puede permanecer en un punto determinado. Pero el adversario, que

avanza con lentitud, tiene que cubrir con sus propios cadáveres el terreno que logra conquistar.

A fines de septiembre la situación es crítica. El enemigo, que está ya en las puertas mismas de Toledo, sigue su avance por la carretera de Extremadura. Ha ocupado Valmojado y Méntrida. Se recurre entonces a un recurso que se cree eficaz. Se sueltan las presas del Alberche. Se inunda un poco de terreno. Se ahogan unos cuantos moros. En Madrid, por una de las reacciones de optimismo enfermizo pródigas en nuestra guerra, ya se cree atajado el peligro. Pero el avance fascista prosigue... En tierras de Avila, la presión extranjera continúa. Las fuerzas de Mangada han tenido que evacuar Navalperal de Pinares. Entre Méntrida y Navalperal, por las orillas del Alberche, la distancia es corta y el camino fácil. Si el fascismo logra infiltrarse, la Columna Del Rosal y otra columna de socialistas catalanes, la de López Tienda, quedarán cercadas.

Es inútil que el Comité de Defensa advierta del peligro al Estado Mayor. La respuesta se queda en buenas palabras. Del Rosal en persona viene a protestar. No consigue nada, pero le destituyen. Un día la caballería mora, precedida por tanques y aviones, hace huir a unos milicianos improvisados y avanza desde Méntrida hasta San Martín de Valdeiglesias.

No están cercadas aún las milicias confederales y los hombres de López Tienda. Lo estarán muy pronto, sin embargo. El mismo día que los fascistas entran en San Martín, suenan continuamente los teléfonos del Estado Mayor de la Columna Del Rosal. A las tres de la tarde, por el hilo advierten: «Aquí, Columna Mangada. En este momento evacuamos San Bartolomé de Pinares...»; «Columna Mangada. Nos retiramos de Cebreros...»; «Habla Columna Mangada. Salimos de El Tiemblo...».

Toda la línea del Alberche está en poder del enemigo. Más allá, en una extensión de muchos kilómetros, quedan dos columnas aisladas. Están cercadas por el enemigo. De ningún sitio podrán recibir municiones ni víveres. No podrán ni siquiera recibir órdenes...

En Sotillo hay una reunión de los mandos de las dos columnas. Está López Tienda con varios de sus oficiales. Está Mera con Verardini, Sanz, lsabelo, Guzmán, Sousa. Cipriano habla con voz serena y grave: «Tenemos que agrupar todas las fuerzas y lanzarnos sobre el enemigo en un punto dado, para romper sus líneas y poder salir...». Es la solución más viable. Pero ¿por qué punto atacar? En San Martín estarán fortificados ya. En Cebreros, posiblemente no. El camino es más largo, pero el más factible.

Hay que darse prisa. El enemigo ataca por todas partes; trata de impresionar a nuestros hombres dándoles a gritos la noticia de que están cercados. Nadie vacila ni duda. Las órdenes son cumplidas al pie de la letra.

A la hora marcada, la columna se pone en marcha. En cabeza, en un coche ligero, Cipriano Mera que no quiere ceder a nadie el lugar de peligro. Detrás, en camiones, en coches y a pie, los demás. Todos llevan los fusiles preparados. Las ametralladoras han sido montadas sobre camionetas. Repartidos estratégicamente, los pocos camiones blindados que se tienen.

En el cruce de la carretera de San Martín con la de Cebreros, unos grupos de fascistas tratan de oponer resistencia. La columna les ataca y pasa. Durante varios kilómetros el avance prosigue, con tiroteos constantes, abriéndose paso entre las partidas moras. Por fortuna, el enemigo no entró aún en Cebreros. Ocupa los montes que lo dominan. No se decide a bajar, desconfiando de la facilidad con que ha ocupado posiciones de tanta importancia. Con las fuerzas fascistas, con la caballería mora que baja en rápidas incursiones hasta las casas del pueblo, ha de batirse la columna. No se puede quedar en Cebreros. Las ametralladoras fascistas barren las calles. Se ignora si el enemigo está más allá del pueblo, entre él y Robledo de Chavela. Hay que seguir la retirada ordenadamente. Hay que salvar unos miles de hombres y un puñado de ametralladoras que serán muy útiles en la defensa de Madrid...

Al caer la tarde de un día claro y luminoso de octubre, las columnas Del Rosal y López Tienda llegan a Robledo de Chavela. Están en nuestras líneas. Han roto el cerco en que pretendió asfixiarlas el enemigo...

¿Cómo se produjo el cerco? ¿Por qué no se hizo nada por impedirlo? ¿Por qué se retiraron con tanta precipitación y sin razón ni motivo aparente las fuerzas de Mangada de San Bartolomé, El Tiemblo y Cebreros? Es difícil la respuesta. Sólo hay un dato elocuente y significativo. Cuando el Comité de Defensa conoció la toma de San Martín, acudió al Ministerio de la Guerra. Quería ver si existía manera de acudir en socorro de los cercados. Las respuestas fueron desconsoladoras. Se habló entonces de un lugar por donde se pudiera llegar a ellos, por donde salieran los hombres que el fascismo pretendía copar. El general Asensio, seco y frío, cortó tajante: «Es inútil todo. A las cuatro el enemigo ha entrado en Cebreros...». Sin embargo, al día siguiente, cuando las columnas Del Rosal y López Tienda atraviesen el pueblo, tódavía no habrán puesto sus plantas en él las hordas marroquíes y legionarias...

CAPÍTULO 8

Toledo

SEPTIEMBRE ES EL MES DECISIVO de la lucha en Toledo. Se ha perdido estúpidamente agosto. Setecientos hombres —futuro Batallón Toledo, «Aguilas de la Libertad»— han sitiado a más de dos mil quinientos. En las calles, fusiles escasos, pistolas sin munición, un par de cañones del 7,5. Dentro, abundancia de morteros y ametralladoras, de municiones y víveres. Tras de los grandes muros del Alcázar, las tropas mejores del viejo ejército. Guardias civiles curtidos por largos años de servicio; más de un millar de cadetes —fascistas convencidos— con tres, cuatro o cinco años de estudios militares; unos centenares de soldados escogidos y todos los falangistas y requetés de la provincia. En el extranjero, donde no conocerán nunca toda la agria verdad de nuestra lucha, se forjará una leyenda con el Alcázar. Se presentará como heroísmo el gesto de unos cadetes enemigos del pueblo. No hay que extrañarse. Los cadetes, jóvenes, elegantes, ricos, con títulos nobiliarios, son mucho más gratos a los ojos de las burguesitas norteamericanas que unos hombres heroicos que pelean por la libertad. La resistencia del Alcázar no es más que una cobardía sin límites. Dentro del fortín hay muchos más hombres que fuera. Y, sin embargo, no son capaces de romper el cerco. Y, sin embargo, dejan perder la ciudad de Toledo ante

unos centenares de hombres tan sobrados de valor como carentes de armas...

Pero —insistamos— en Madrid se ha perdido estúpidamente, con respecto a Toledo, demasiado tiempo. Se creyó primero que los del Alcázar no resistirían, fiados en la cobardía que les dominaba. Se dijo más tarde que eran pocos en número. Se afirmó que no tenían víveres ni agua. La realidad era muy distinta. No en cuanto a la cobardía de los facciosos, que se hubieran rendido de no saber que en la empresa se jugaban la vida y la perderían sin remedio, al entregarse. Sí, en cuanto al número de hombres y a los elementos de que disponían. En los sótanos del Alcázar se han almacenado todos los víveres de la ciudad. El agua la reciben directamente del río. La mole, es una fortaleza auténticamente e inexpugnable. Dentro están varios millares de soldados, guardias y fascistas...

Cuando se comprende la realidad, cuando se empieza a reaccionar, es demasiado tarde. Demasiado tarde y sin la energía precisa. Se envía, primero, dos cañones del 10. Al poco tiempo se envían otros dos del 15,5. Pero no se envían todas las granadas precisas. Deshacer una fortaleza como el Alcázar exige muchas baterías y un bombardeo continuo. Nuestros cañones disparan con largos intervalos. Hay días enteros en los que no se dispara un solo obús. Los milicianos derrochan heroísmo. Atacan muchas veces al fortín; hostilizan sin descanso; se juegan la vida en aventuras heroicas y la pierden en centenares de ocasiones. Pero no pueden, sólo con su bravura, tomar una fortaleza defendida por dos mil quinientos hombres...

En Madrid hay un desconocimiento absoluto de la situación. La mayoría cree que la toma del Alcázar es un juego de niños. Es frecuente oír: «¿Pero todavía resiste el Alcázar?». «Sí; los que lo sitian están veraneando plácidamente y tienen miedo a jugarse la vida en el asalto...»

La realidad, hoy lo comprendemos, es muy distinta. Si Moscardó y sus cadetes no fuesen unos gallinas; si no estuvieran invadidos por un terror pánico, hubieran podido hacer una salida, adueñarse de Toledo entero, avanzar fácilmente al encuentro de las hordas de Varela y Yagüe. Ni

siquiera lo intentaron, aunque fuera había una cuarta parte de fuerzas que dentro. Si resistieron, si no se entregaron, si realizaron lo que en el extranjero sería explotado como una gesta, fue única y exclusivamente por miedo. Sabían que rendirse era pagar su traición; sabían que una salida era jugarse la vida. Y prefirieron esperar, cobardemente, bien cómodos y fortificados, a que las columnas marroquíes llegaran a Toledo para libertarlos...

A primeros de septiembre cuando el Gobierno Giral deja paso al Ministerio Largo Caballero, la situación varía un poco. Se empieza a tener un poco menos de respeto a las piedras históricas. Se envían dos cañones del 15,5; se mandan algunos tanques de gasolina; se concede el permiso para construir minas. La lucha se intensifica. A fuerza de valor algunos milicianos rocían con gasolina un edificio cercano al Alcázar ocupado por los fascistas. Tienen que ir arrastrándose, jugándose el pellejo. Cuando lo tienen rociado, lo prenden fuego. Los fascistas huyen, perseguidos de cerca por las balas.

A mediados de septiembre están terminadas dos grandes minas. Una la han hecho las milicias confederales. Otra los elementos marxistas. El Ministerio ha enviado técnicos. Los nuestros no se fían de ellos. Construyen la galería, meten la dinamita en la forma que creen más conveniente. Los marxistas aceptan la dirección de los técnicos. Casi al mismo tiempo quedan terminadas las dos minas. La nuestra ha de afectar a uno de los grandes torreones del Alcázar. La marxista tiene que estallar debajo de la fachada principal.

Se hace una última invitación a los fascistas para que se rindan. No da resultado. No puede darlo porque, escarmentados por las evasiones producidas, los facciosos han recluido en los sótanos y en trabajos mecánicos a todos los soldados. Disparando contra el pueblo están solamente fascistas, cadetes y civilones.

Es preciso adoptar precauciones. La explosión puede afectar a las casas de la ciudad, producir víctimas inocentes. Previniéndolo, con todo sigilo,

durante la noche, se ha hecho salir a las afueras de la ciudad a toda la población civil. También los combatientes salen, salvo los que en servicio de vigilancia quedan en determinados lugares que se consideran seguros.

A las seis de la mañana se hace explotar la mina. Se produce un enorme estrépito. Un torreón del Alcázar, arrancado de cuajo, vuela entero por el aire para caer deshecho en cien mil pedazos. Una gran columna de humo cubre la fortaleza, mientras un polvo oscuro se extiende por toda la ciudad.

Aún no se ha extinguido el eco de la explosión, cuando empiezan los cañonazos. La artillería tiene que bombardear intensamente el Alcázar, mientras los milicianos llegan a lugar conveniente para iniciar el asalto. Todo se ha preparado cuidadosamente. Todos han contraído el firme compromiso de lanzarse ala carrera sobre el Alcázar, para ocupar las posiciones que se puedan.

Se comete, sin embargo, un grave error. Se inicia y se lleva el ataque por la parte de más difícil acceso, partiendo de la plaza de Zocodover. La explicación es sencilla: es el trayecto más corto. En su prisa por lanzarse al asalto, los milicianos han escogido el sitio más peligroso.

Tan peligroso, que resultan estériles todos los heroísmos. Desde lugares bien fortificados, las ametralladoras fascistas disparan sobre los asaltantes. Se salta por encima de las ruinas, se atraviesan los jardines, se llega a la misma barandilla de la fachada, Pero el intento fracasa. La mina de los marxistas no ha hecho el menor efecto. Se darán, más tarde, numerosas explicaciones. La realidad por el momento es que mientras la mina preparada por los libertarios destrozó el torreón, la que construyeron los marxistas no ha movido una sola piedra de la fachada principal.

Se pelea duramente a lo largo de dos horas. Al final hay que volver a las primitivas posiciones. Pero allá en la barandilla, pegadas a la puerta principal, como airón de rebeldía y promesa de victoria, han quedado firmemente clavadas dos banderas rojinegras. Uno de los que la llevasen, un

buen militante confederal llamado Benjamín García, se ha quedado allí también con la cabeza destrozada por un balazo certero...

Pero, pese al fracaso del asalto, se ha visto que sólo gracias a las minas se puede entrar en el Alcázar. No se pierde ahora el tiempo como antes. Los fascistas avanzan por las llanuras en dirección a la ciudad. Hay que precipitar los acontecimientos si no queremos perderlo todo. En cuatro o cinco días está preparada la nueva mina. Es más potente que las anteriores. Se esperan de ella mejores resultados aún. Entonces se comete una grave falta: perder tiempo.

Los gobernantes no se han librado aún de su excesivo sentimentalismo. Les duele mucho que todos los fascistas mueran. Les duele, también, que las piedras centenarias del Alcázar salgan danzando por el aire. Quieren, si es posible, evitarlo. y empiezan unas fastidiosas y torpes negociaciones de rendición.

A las primeras insinuaciones los fascistas no se niegan en redondo. Son lo suficientemente inteligentes para no hacerlo. Quieren ganar tiempo. y las proposiciones de entrega son un magnífico pretexto. Un día es el propio comandante Rojo, que pronto será general, quien avanza hasta el Alcázar para conversar con los traidores. Es un gesto de audacia; pero es, también, una imprudencia. Los traidores, que conocen su valía, pueden matarle con facilidad. No lo hacen por fortuna; pero tampoco se avienen a la entrega.

Pudo darse por terminada aquí toda negociación e iniciar el ataque a fondo. Mas entonces interviene, con supuesto humanitarismo, el Cuerpo Diplomático. El decano del cuerpo, el embajador de Chile, en cuya residencia encuentran cobijo, amparo y protección espías, traidores, enemigos del pueblo y conspiradores, pide al Gobierno que le deje hacer una última tentativa. El Gobierno sabe que ese embajador está mucho más cerca de Franco que de la República. Y, sin embargo, accede a su petición. Nadie sabe lo que trata con los fascistas del Alcázar. Pudo pedirles que se rindieran o pudo aconsejarles la resistencia señalándoles la proximidad de las hordas marroquíes y el lugar exacto donde estaba colocada la mina leal.

Aunque no hiciera nada de esto, sí nos hizo, cuando menos, perder un día que habría de ser precioso.

Dos días, mejor. Porque al salir, junto a la negativa de rendición, comunicó una petición fascista que él secundaba: que se dejase penetrar a un cura determinado, para que administrase los sacramentos a los que iban a morir. La maniobra estaba clarísima. Dentro del Alcázar había un buen puñado de clérigos de todas las graduaciones. El cura sólo podía servir para ganar veinticuatro horas o para transmitir a los sitiados algunos informes de importancia. Contra toda lógica, el Gobierno consintió esta intervención eclesiástica. Y volvió a perderse estúpidamente un día, mientras Yagüe y Varela, precedidos por la aviación y los tanques italogermanos forzaban la marcha, avanzando en dirección a Toledo...

Por fin, se decide el asalto. En Madrid se conoce la noticia la noche anterior. El Comité de Defensa empieza a tomar rápidas medidas. Val dice: «Hay que terminar cuanto antes con el Alcázar, que es un grave peligro para Madrid. Todos los militantes, todos los comités, sean los que sean y estén donde estén, tienen que marchar a participar en el asalto de mañana...».

Nadie discute la orden. Todos la cumplen con una decisión unánime. La carretera de Toledo se llena esta noche tibia de septiembre, con los coches de todos los sindicatos, de todos los ateneos, de todas las barriadas que conducen a lo más granado del movimiento libertario. Hombres de la CNT, luchadores de la FAI, muchachos de las juventudes acuden, abandonándolo todo, al lugar de la pelea y la muerte.

Al amanecer hace explosión la mina. Inmediatamente los cañones comienzan a batir el lugar de la explosión. Por desgracia, la voladura no ha sido perfecta. La mina no ha estallado en el interior del Alcázar, sino en un espacio libre situado entre la vieja fortaleza y el edificio del Gobierno Militar. Los fascistas, que apenas han sufrido bajas, se reponen pronto, emplazan las ametralladoras y los morteros, esperan el ataque. Cuando los nuestros avanzan, cuando saltan los unos lo parapetos del Zocodover y corren los otros por las callejuelas retorcidas y estrechas, una lluvia de balas

les cierra el paso. Pero no hay nada que pueda contener su empuje. En vanguardia pechos proletarios, pañuelos rojinegros, coraje y audacia. En cabeza todos los militantes confederales de Madrid. (En Madrid estarán cerrados hoy los sindicatos; no funcionará ningún comité; no tendrá vida ningún organismo libertario. Pero aquí —¡donde hacen falta!— los líderes se juegan alegremente la vida en una partida empeñada.)

Estallan las granadas de mortero entre las filas asaltantes; abren grandes claros en la vanguardia las ráfagas de ametralladora. ¡No importa! Los vivas a la FAI electrizan a los hombres, les lanzan con energías renovadoras a la pelea, les impulsan hacia delante. Cerrándoles el paso hay varias casas cercanas al Alcázar y las casas caen en su poder. Está el Gobierno Militar, y el Gobierno Militar se conquista a punta de bayoneta, entre gritos de triunfo y explosiones de bombas de mano. Están los jardines y la explanada, y por los jardines y la explanada los pañuelos rojinegros ponen su nota de colorido revolucionario. Ha sido un alud, una avalancha, un empuje arrollador que ha derrumbado las principales defensas del Alcázar. Se han defendido bien los fascistas. Han manejado sus ametralladoras, sus morteros, sus fusiles, sus bombas. Pero frente a ellos tenían a todos los militantes del movimiento libertario madrileño...

A mediodía se da por terminado el combate. La jornada ha sido fatal para Moscardó. El Alcázar se ha quedado sin sus mejores defensas. Ha perdido sus almacenes y sus cuadras. Se ha quedado sin víveres. Los parapetos leales están ya en el patio exterior de la fortaleza. La defensa es hoy mil veces más difícil que ayer. ¡Ah, si la mina se hubiera colocado bien! Si la mina se hubiera colocado bien, con el heroísmo de hoy, con el coraje de hoy, Moscardó no pasaría ya de ser un recuerdo... Los miembros de los distintos comités tienen que regresar a Madrid. Hay que organizar mucho, que preparar no pocas cosas en defensa de Madrid. Regresan algunos heridos; vuelven la mayoría contra su voluntad. Pero cumplen sin discutirlo un mandato de la organización.

En Toledo se empieza rápidamente a construir otra mina, para dar el asalto definitivo al Alcázar. El Gobierno se preocupa ya fundamentalmente

de este sector. Yagüe ha sobrepasado Torrijos, ocupado Rielves y avanza sobre Bargas. Las hordas marroquíes están ya únicamente a veinte kilómetros de Toledo. Desde el Alcázar pueden escuchar el estrépito de la batalla que se acerca. A Toledo y Bargas envía refuerzos el Gobierno. Vienen varios núcleos de los «Leones Rojos», el Batallón «Pasionaria», fuerzas de guardias nacionales y de asalto. Con el Batallón «Pasionaria» vienen también varias piezas de artillería. Todo el mundo se da cuenta de la gravedad de la situación. Pero se da cuenta demasiado tarde, cuando ya no tiene remedio posible.

En la madrugada del domingo se vuela la mina. En la madrugada del domingo los tanques italianos han sobrepasado Bargas. En la madrugada del domingo, las vanguardias de la caballería mora divisan Toledo en lo alto de su cerro de piedra...

Apenas se ha extinguido el eco de la explosión cuando empieza el asalto. La gente va decidida, resuelta, convencida de que hay que terminar cuanto antes con los sitiados para hacer frente a las hordas que avanzan. Los fascistas se defienden a la desesperada, convencidos también de que se juegan la última carta. El combate adquiere una dureza extraordinaria. Se atraviesa el patio exterior del Alcázar, se pelea con bombas de mano, se llega al cuerpo a cuerpo...

En lo más duro del combate muere otro gran valor confederal. Es Senderos. Senderos es director de Juventud Libre. Ha venido aquí con el pretexto de hacer información. En realidad ha venido a luchar como otro cualquiera. Cuando se emprende el asalto, marcha en cabeza. Pistola en mano avanza, despreciando la muerte que le cerca y le sigue. Cuando traspasa la barandilla del Alcázar, cuando se dispone a penetrar por el hueco de un obús, una ráfaga de ametralladora le alcanza de lleno. Cuando los compañeros se acercan a recogerlo, aún exclama: «¡No os detengáis! ¡seguid el asalto!».

Lo retiran ya cadáver. En un coche se lo llevan para Madrid. Mientras, el asalto continúa. Los compañeros están ya dentro, han salvado las

mayores dificultades. Pueden considerar la fortaleza suya...

Pero en aquel momento, precisamente en aquel instante, a las ocho y cuarenta y cinco del día 27 de septiembre, un cañonazo da en las cercanías del Alcázar. Al cañonazo siguen otros. Inmediatamente el cielo se cubre de a las negras que empiezan a descargar toneladas de metralla sobre Toledo y los alrededores. La artillería y la aviación forman un concierto terrible. La explosiones, repetidas por el eco de los montes cercanos, aturden y desconciertan. Nadie sabe qué hacer.

Por la vega, en dirección a Toledo, avanzan ya los tanques italianos y la caballería mora. En la fábrica de armas se libra un combate duro. Un grupo de milicianos pretende resistir. La caballería rodea el edificio, los tanques disparan desde cerca sobre los huecos de las ventanas. Pronto cae el edificio. Muere la mayoría de sus ocupantes. El resto —tres o cuatro— se salva arrojándose de cabeza al Tajo...

Desde las alturas de Toledo se ha visto todo. Desde Toledo se ha visto también que las fuerzas que retroceden ante el avance fascista no reculan hacia la ciudad, sino que, dejando abierto el camino al invasor, huyen en dirección a Olías. Temen, sin duda, la salida de los miles de hombres del Alcázar. Temen encontrarse entre dos fuegos...

En Toledo la situación es desesperada. Ha terminado el ataque al Alcázar. Se ha iniciado el éxodo. Por el puente de Alcántara, barrido por las ametralladoras de la fortaleza, y por el puente de San Martín que las bombas de aviación siluetean, corre la población civil y no pocos milicianos y guardias. No hay serenidad ni organización ni disciplina. Muchos han perdido la cabeza y contagian a los demás.

Pasan unas horas dolorosas y amargas. Los moros suben por la Puerta Bisagra, mientras los fascistas del Alcázar inician la salida. Al otro lado del Tajo, perseguido por las ametralladoras de los Fiats y los Capronnis; la población civil huye de la barbarie fascista...

Una partida de moros, con oficiales españoles al frente, penetra en el hospital. En él han quedado bastantes heridos y unas cuantas enfermeras. La escena que sigue es trágica y repugnante. Las muchachas van pasando de mano en mano de los rifeños, que se sacian con ellas. Luego, en el patio, son pasadas a cuchillo, como antes lo han sido todos los heridos que encontraron...

Toledo se ha perdido. Es una jornada de vergüenza. Tan sólo, salvando la dignidad de todos, un grupo de hombres. Son un centenar de milicianos anarquistas que se han negado a huir. Se han refugiado en un edificio fuerte y se defienden como leones. Los fascistas, dueños de la ciudad, les intimidan: «¡Estáis completamente cercados! No tenéis salida. ¡Rendíos!».

La respuesta es una lluvia de balas y un grito desafiante: «¡Viva la FAI!».

Durante tres días resisten con heroísmo sin límites. Centenares de moros y civilones, de terciarios y requetés pagan con su vida la de aquel puñado de héroes. Durante tres días, sigue la pelea enconada en las calles de la imperial ciudad. Durante tres días, en Madrid, en toda la España leal, la gente negará la caída de Toledo, porque dentro de ella se sigue combatiendo.

Desgraciadamente, los luchadores anarquistas tienen que caer. Les faltan municiones, víveres y agua. Pero cuando los moros dan el asalto definitivo, todavía tienen fuerzas para luchar al arma blanca, para matar cada uno tres o cuatro mercenarios rifeños...

Una vez más, la FAI ha salvado, al precio de su sangre generosa, la dignidad de todos. Pero su sacrificio ha sido estéril, porque nadie acudió en socorro de los sitiados. Porque antes, el Gobierno perdió estúpidamente tres días en tontas negociaciones; setenta y dos horas que hubieran bastado para que cuando Yagüe y Varela llegasen a Toledo, no quedase en pie un solo cadete del Alcázar. Y para que en modo alguno hubieran logrado poner sus

plantas las hordas marroquíes en las calles retorcidas y escarpadas de la ciudad del Greco...

CAPÍTULO 9

Sigüenza

AGOSTO y LA MITAD DE SEPTIEMBRE transcurren con calma relativa en el frente de Guadalajara. En Madrid preocupan la sierra y Talavera; la Alcarria no tiene atractivos de género alguno. El Gobierno ha nombrado jefe de todo el sector a un hombre inteligente, pero despreocupado. Es el teniente coronel Jiménez Orge. Jiménez Orge no toma muy en serio su cargo. Piensa, quizá, que le han nombrado gobernador de una ínsula lejana. Procura vivir cómodo, sin excesivas molestias. Establece su cuartel general en Taracena, a seis kilómetros de Guadalajara y ochenta de las trincheras, y se olvida de que estamos en guerra. Lo que pase en Sigüenza, lo que ocurra en Molina de Aragón o Torremocha le tiene sin cuidado. Allí están los milicianos. El se conforma con firmar salvoconductos y regalar estrellas a los periodistas que visitan Taracena y vuelven a Madrid diciendo que se cubrieron de gloria en un frente que no saben dónde está...

Las líneas, en realidad, sufren constantes alternativas. Hay muchos pueblos situados en la zona de nadie, que pasan una y otra vez de los fascistas a los revolucionarios. Hay poca gente para cubrir todos los frentes,

y sólo están vigilados los puntos importantes. En Sigüenza hay setecientos hombres de las milicias confederales, un batallón de ferroviarios con un tren blindado, algunos elementos del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista). Más arriba, grupos sueltos, libertarios en su mayoría, guerrilleros que mantienen la inquietud en los pueblos ocupados por el enemigo. Sobre la carretera general unos centenares de hombres con una organización rudimentaria. En los montes del alto Tajo, milicianos de los pueblos que a veces no saben ni por qué luchan.

El enemigo tampoco concentra grandes elementos. Se ha fortificado en Atienza y Alcolea del Pinar, ocupa posiciones de fácil defensa y se mantiene a la expectativa. Madrid esta muy lejos y es más fácil alcanzarle por la carretera de Extremadura y bajando desde los puertos del Guadarrama. Unos y otros se conforman con emboscadas, golpes de mano, escaramuzas. De vez en cuando se traban combates como los de Atienza. Pero la mayor parte del tiempo se dedican a la lucha de guerrillas.

En Sigüenza empieza a pensarse en organizar las fuerzas. Está allí, como técnico militar, el comandante Martínez de Aragón. Están, también, un puñado de militantes de la organización confederal. y éstos —Feliciano Benito, Guevara, Villanueva, Ciriaco, Miguel Hernández, Parra, Ivars son quienes llevan todo el peso de la contienda...

A mediados de septiembre la situación varía por completo. El fascismo sabe ya que no podrá atravesar el Guadarrama. Necesita apoyar el avance que realiza por tierras de Toledo. Necesita acercarse a Madrid por dos puntos aun tiempo, cortar las comunicaciones de la capital, facilitar su entrega. Empieza a concentrar elementos en Atienza y Alcolea. Envía varios tabores de regulares, una bandera del Tercio, algún regimiento de línea, centenares de civilones y requetés. Apoyándoles, varios Capronnis, mucha artillería, treinta o cuarenta tanques. Con ellos comienza a presionar por la carretera general y a lo largo de la que baja desde Paredes a Sigüenza misma.

Es difícil contener al adversario con los pocos hombres que se cuenta. Los milicianos procuran pegarse al terreno, defender los montes, cortar las carreteras. Pero la artillería, los aviones y los tanques realizan con rápida seguridad su obra. En siete días los invasores avanzan por la carretera hasta muy cerca de Torremocha, ocupan el cerro San Cristóbal, bajan hasta las cercanías del ferrocarril, inician el cerco de Sigüenza. Feliciano Benito reclama con insistencia material y hombres. En Madrid no se le escucha. Preocupan más Toledo y Valmojado. «¡Que se defiendan como puedan!» Jiménez Orge recibe las noticias en Taracena...

El día 28 de septiembre, los fascistas inician el ataque a fondo. Una nube de aviones, una lluvia de metralla, varios regimientos lanzados al ataque y los milicianos tienen que retroceder. Pronto llegan al ferrocarril. Pronto cae un trozo en su poder. De nada sirve el heroísmo de los luchadores confederales. De nada el entusiasmo de los ferroviarios. Varias veces el tren blindado llega a las proximidades de Sigüenza, dispara sus ametralladoras, barre compañías enteras de moros o requetés. La artillería y la aviación obligan a retroceder. Sigüenza no está cercado aún. Le queda una mala carretera. Pronto los fascistas lograrán cortarla también.

El día 29, veintitrés trimotores vuelan sobre Sigüenza. No hay un solo antiaéreo, no hay refugios ni defensas posibles. Los trimotores vuelan bajos, seguros de su impunidad. Las bombas estallan con estrépito sembrando la destrucción y la muerte. Media población es ya montón informe de escombros humeantes. Los cazas fascistas descienden y ametrallan a las gentes pacíficas aterradas, a los milicianos que sacan de entre las ruinas cadáveres mutilados. En las cercanías, prosigue la lucha con violencia extraordinaria. Los fascistas ocupan Barbazona. Más tarde, Peregrina y Moratilla. El día 1, Sigüenza está sitiada.

Dentro de Sigüenza quedan setecientos hombres de la CNT, algunos del POUM, varios ferroviarios. Fuera están las milicias aragonesas, el Batallón «Alicante Rojo», algunos centenares de guardias enviados apresuradamente. Son muy inferiores en número al enemigo: Tienen una

inferioridad mayor aún en armamento. Nadie se asusta ni amilana. Los que están en Sigüenza menos que nadie.

Feliciano Benito dirige la operación. Unos centenares de hombres quedan defendiendo los accesos a la población. Otros quinientos —los militantes de la CNT en cabeza-van a romper el cerco de las hordas fascistas. La lucha adquiere entonces caracteres de enorme violencia. Las milicias confederales emprenden el ataque con valentía incomparable. La artillería extranjera forma una barrera ante ellas. La aviación deja caer sus bombas. Las ametralladoras abren claros en las filas de luchadores del pueblo. ¡No importa! Como un alud, como avalancha irresistible, avanzan los luchadores confederales. Peregrina cae en su poder. Establecen contacto con las demás fuerzas leales. ¡Sigüenza no está cercada ya!

Caro ha costado lograrlo. En el camino, tendidos para siempre, han quedado muchos luchadores confederales. Entre ellos un gran militante: Parra. Parra era miembro del Comité Regional del centro. Como Isabelo, como Torres, como cien más, abandonó los puestos de la retaguardia para marchar al frente. En el ataque, marchaba en cabeza. Una bala ha paralizado su corazón...

Pero la lucha en las cercanías de Sigüenza no ha hecho más que comenzar. Los facciosos concentran cada día más efectivos. De Madrid no acaban de llegar los refuerzos pedidos. Hay una terrible desigualdad. Los milicianos la afrontan con valentía y heroísmo. Del 2 al 8 de octubre se pelea sin tregua ni descanso. Truena la artillería y dialogan las ametralladoras. Los esfuerzos fascistas se quiebran una y otra vez. Pero los hombres caen y las municiones se agotan. La lucha no puede dejar de inclinarse del lado del más fuerte.

El día 8 llegan refuerzos. Es el Batallón «Pasionaria». Hay que colocarlo en línea, porque la poca gente que queda está completamente agotada. Por desgracia, la catástrofe de Toledo está muy reciente. Los milicianos que llegan traen una moral de derrota. Basta la aparición de veintitrés trimotores, para que el «Pasionaria», abandone sus posiciones y

retroceda en pleno desorden. El enemigo avanza sin dificultades. Peregrina cae en su poder. Sigüenza está cercada de nuevo. Un enlace lleva la noticia ochenta kilómetros atrás, donde Jiménez Orge tiene su cuartel general. Pretende hablar con él. Un centinela le detiene: «El teniente coronel está comiendo...».

En Sigüenza la situación es trágica; en Taracena se come; en Madrid nadie, salvo el Comité de Defensa, acaba de comprender toda la gravedad de la hora. Val recibe la pérdida de Peregrina con serenidad. Va a todas partes, pretendiendo lograr el envío de hombres. Nadie le hace caso. Al fin, de los distintos ateneos saca precipitadamente quinientos hombres, que horas después parten para la Alcarria.

Dentro de Sigüenza se lucha a la desesperada. Hay quinientos hombres de la CNT con varios militantes a la cabeza. No tienen artillería ni antiaéreos ni antitanques. Tienen tan sólo fusiles, ametralladoras que se encasquillan al tercer disparo y poca munición. Pero no pierden la serenidad ni se entregan. Casa por casa, en lucha épica y dura, defienden la población. Los cañones fascistas les persiguen; las hordas legionarias y marroquíes se lanzan al asalto. Pero cada paredón es un parapeto, cada edificio un fortín. Cada paso hacia adelante, cuesta al fascismo montones de muertos. Es una pelea épica. El día 8, los tanques fascistas inician el ataque a la ciudad. Hasta el día 14 no logran encerrar a los sitiados en un solo edificio: la catedral. Son seis días de batallar incesante, de combatir día y noche defendiendo metro a metro las calles de la población. E112, los fascistas logran entrar en el hospital. Hay en él, varias enfermeras y numerosos heridos de los combates y los bombardeos. La morisma no vacila. Los heridos son pasados a cuchillo; las enfermeras sirven para saciar la rijosidad africana. Los «caballeros» patriotas, los señores oficiales, asisten alegres y satisfechos al triste espectáculo...

El día 17 de octubre se intenta un avance para librar a los sitiados. El ataque fracasa el 18 y los fascistas avanzan hacia Jadraque y Algora. Del interior de la catedral han salido varios grupos de hombres. Uno, compuesto por más de un centenar, se ha abierto paso a tiros hasta nuestras líneas.

Salieron, cuando toda resistencia era inútil, cuando —fracasado el ataque desde el exterior— sólo se podía morir en Sigüenza. El día 14 salieron también otros compañeros. Y cuatro compañeras que fueron degolladas por la morisma. Van cayendo en la pelea compañeros magníficos. El día 11, cuando Sigüenza lleva tres días cercada, Feliciano Benito —que saldrá varios días después, pasando por entre las líneas fascistas a fuerza de bombas de mano, de valor y de audacia— pide dos voluntarios para comunicar a las fuerzas que están en La Cabrera la situación en que se hallan. La misión es arriesgada y difícil. Para cumplirla se ofrecen veinte. Benito escoge a dos militantes, Antonio Martínez y Joaquín Ivars. Los dos salen de Sigüenza. A las puertas mismas son descubiertos. En la pelea, perecen como dos valientes...

Se ha retrocedido el día 19 en toda la línea. Estamos muy lejos de Sigüenza por todas partes. Es vana toda ilusión de prestar auxilio a los sitiados. Pero en la catedral, la resistencia prosigue. Hay en ella trescientos hombres, con no sobradas municiones, con agua y víveres escasos. Están encerrados desde el día 14, defendiéndose como leones. La artillería fascista no cesa de disparar un solo instante. Vuelan las puertas, se hunde el crucero, empiezan a desmoronarse las torres. La lucha continúa. Se emplazan las ametralladoras en cualquier sitio, se colocan los hombres en sitios inverosímiles. Cuando, después de un bombardeo, marroquíes y legionarios se lanzan al asalto, una lluvia de balsas deja sembrados de cadáveres los alrededores de la catedral. Varias veces los tanques facciosos llegan a las puertas mismas de la catedral. Las bombas unas veces, las grandes piedras otras, les obligan a retroceder.

Así se resiste un día y otro. Pasa una semana y comienza la segunda. Pero la lucha heroica no puede prolongarse indefinidamente. Pronto la catedral no es más que paredones agujereados por los obuses, sin cúpula ni puertas. Pronto se amontonan los heridos, faltan los víveres y el agua, escasea la munición. Los hombres que siguen en pie, están sucios de polvo y humo, con los ojos hinchados por el sueño, con los músculos rotos por el

cansancio. El día 22 los fascistas intimidan la rendición. La respuesta es altanera y heroica: «La FAI, no se rinde. ¡Muere!».

El 23 y el 24 continúa la batalla. Los fascistas tienen prisa por terminar. Durante horas y horas, de día y de noche, los cañones del 15 envían su mensaje de muerte sobre la catedral. Dentro es trágico el espectáculo. Muertos entre los escombros; heridos que agonizan sin que nadie les pueda atender; hombres que continúan una lucha imposible. Los oídos están rotos por el retumbar incesante de los obuses. Las gargantas, resecas por la falta de agua y por el polvo de las explosiones.

El día 25 es inútil todo. En pie quedan sesenta o setenta hombres. La catedral no ofrece defensa de género alguno ya. Hay un breve cambió de impresiones, una determinación unánime: «Saldremos y moriremos matando...».

Se espera un momento oportuno. Cesa el cañoneo, mientras los fascistas preparan el ataque definitivo. Como una tromba, los supervivientes salen por los agujeros de las puertas, se desparraman por la plaza, corren hacia los parapetos enemigos disparando sus fusiles. Un grito ronco estremece el aire: «¡Viva la FAI!».

Muchos caen antes de llegar a las líneas enemigas. Otros penetran en ellas, disparando fusiles y pistolas, utilizando las culatas para aplastar cráneos marroquíes. La lucha es breve y sangrienta. Mueren todos los milicianos. A su alrededor hay también muchos cadáveres de invasores...

Termina así la batalla de Sigüenza, el episodio dramático de la catedral. Unos cientos de héroes han dejado su vida en pelea homérica. Nadie se acordará de ellos. Nadie hablará de su hazaña. Acaso, porque llevaban en los bolsillos carnets de la CNT y murieron con un «¡Viva a la FAI!» en los labios...

CAPÍTULO 10

La noche que se salvó Madrid

Cada día de octubre es un nuevo dolor y un nuevo peligro para Madrid. El heroísmo de los milicianos no basta para contener el avance enemigo. Frente a los tanques, a los aviones, a la artillería, se hunden una y otra vez las líneas de resistencia. Progresa el fascismo en todas partes. Sube desde Olías hasta Illescas. Pasa Valmojado y ocupa Navalcarnero. Conquista el Puerto de San Juan y Chapinería. Los «Capronis» y los «Junkers» empiezan con matemática regularidad sus visitas de muerte y destrucción sobre la ciudad que pronto será mártir [...]

En Madrid crece por momentos el desconcierto. En las esferas oficiales no se sabe qué hacer ni qué pensar. El Estado Mayor está apunto de dar por perdida la capital de nuestra revolución. Paralelamente, sin embargo, crece el entusiasmo y la decisión de las masas populares. Está cercana la hora en que todo haga crisis, en que todo se hunda, en que sólo se salve el heroísmo abnegado del proletariado madrileño.

Mientras llega esa hora los momentos son difíciles. Por el este, el sacrificio heroico de un puñado de faístas resistiendo veinte días en la catedral de Sigüenza ha retrasado el peligro. Por aquí no llegarán a tiempo

los invasores a las puertas de Madrid. Tienen que modificar su plan. Lo modifican. No avanzarán ya por la Alcarria rumbo a Guadalajara y Alcalá; bajarán por las tierras de Cuenca hasta cortar las comunicaciones de Madrid. El enemigo ataca pasados los Montes de Albarracín abriéndose rápido camino hacia los nudos de comunicaciones. No encuentran quien le cierre el paso, quien impida, sus propósitos. El gobierno no puede entretenerse en pensar en las comunicaciones. Es el Comité de Defensa quien ve claro el peligro, y quien le pone remedio enviando rápidamente la columna Del Rosal, que clavará en el suelo a las mesnadas fascistas.

Ya está el fascismo a 30 kilómetros de Madrid. Ya amenaza por el sur y por el oeste. Ya los Sindicatos han oído la llamada de su deber y empiezan a movilizar sus afiliados. Construcción paraliza las obras y forma los primeros batallones de fortificadores. Metalurgia apresura el ritmo de los tornos y el trabajo de las máquinas. Los demás ensayan concentraciones, ponen en pie sus efectivos, entrenan sus hombres para la dureza de las jornadas próximas.

En los frentes del Centro hay muchos miles de luchadores confederales. Se les puede encontrar a centenares en todas las columnas republicanas, socialistas o comunistas. Están, además, con la de «Tierra y Libertad», que pelea en los frentes toledanos. Con la columna Amor que lucha en lugares cercanos. Con la Del Rosal. Con los que pronto serán gloriosos batallones «Sigüenza» y «Toledo». Pero la Organización tiene aún más hombres que quieren luchar, que anhelan empuñar las armas, jugarse la vida en la defensa de la libertad del pueblo. Apresuradamente se organiza una columna más fuerte que todas las demás. Es la columna «España Libre». Hombres probados la integran: militantes de temple acerado nutren sus filas. Pero la columna «España Libre» —tres mil luchadores dispuestos a todo en la defensa de la revolución— no puede salir a combatir. No tiene armas; no quieren dárselas. No pide artillería ni tanques ni aviación. Pide sencillamente fusiles. Fusiles que se facilitan en abundancia a otras fuerzas, que los pierden con excesiva facilidad. Todas las gestiones para conseguir armamento fracasan. A mediados de octubre Frente Libertario[1] escribe:

«Mientras otras columnas y otros batallones han sido armados, la columna «España Libre» sigue esperando. ¿Por qué no se le entregan los elementos precisos para salir, como es su deseo, rumbo al puesto que se le designe? Lo ignoramos. Ninguna razón, ningún argumento, ningún pretexto siquiera, justifica esta demora. Nada hay medianamente lógico que pueda explicarlo. La única hipótesis que cabe sentar está fundada en que los hombres de «España Libre», pertenecen a la Confederación Nacional del Trabajo.»

Es ésa, precisamente, la única explicación lógica. Todo son habilidades y maniobras contra las Milicias confederales. Todos los sectores políticos tienen un interés extraordinario en hacerlas fracasar. Si triunfan, si se cubrieran de la gloria que merece el heroísmo de sus hombres, nada ni nadie podría cerrar el paso a la revolución. Y hay muchos que, pese a sus palabras, preferirían perder la guerra a dejar paso franco a la revolución en marcha [...]

Y en tanto se pierden las horas en torpes maniobras políticas; mientras cobardes e incapaces pretenden arrojar lodo sobre las Milicias confederales, achacándoles sus propias infamias, el fascismo avanza. Finaliza octubre. El gobierno Largo Caballero creé llegado el momento de jugarse el todo por el todo. El día 29, un estremecimiento jubiloso recorre las filas de nuestros luchadores. Una proclama del ministro de la Guerra se reparte profusa entre los milicianos. Emocionados, los hombres leen en los parapetos:

«¡Tenemos las armas que necesitamos! ¡Ha llegado la hora de la ofensiva!... ¡Adelante! Espero vuestros partes de victoria...»

Todo el armamento son quince o veinte tanques y diez o doce aviones. Pero el entusiasmo de los milicianos suple la falta de material. Se ataca intensamente, con heroísmo sin límites. Se toman los Torrejones y Seseña; se progresa en dirección a IIlescas; los periódicos proclaman nuestra inminente victoria... Pero al día siguiente la ilusión se desvanece.

El día 30, entre una nube de «Junkers», «Fiats», «Capronis» y «Heinkels», desaparecen nuestros pobres aviones; el día 30 cada uno de nuestros tanques tiene frente a sí quince o veinte enemigos; el día 30 se pierde el terreno conquistado, se inicia la desbandada, ocupan los fascistas Parla y progresan en dirección de Getafe. El día 30 se derrumban todos los optimismos, y la desesperación y la tristeza se adueña de los medios oficiales. Ya nadie duda de que el fascismo llegará a Madrid. Ya nadie niega que en sus calles habrá de librarse una batalla decisiva para la suerte del mundo...

Madrid empieza a vivir horas de fiebre. En los centros oficiales el pesimismo gana los corazones. Ni Asensio ni Pozas creen posible la defensa de la ciudad. Confiaban en Navalcarnero y Navalcarnero cayó. Creían en Brunete y en Brunete están ya, estrechamente enlazados, moros y civilones. Esperaban que la contraofensiva fuera un éxito, y ha sido un desastre. Las Milicias tienen sobra de valor; pero les faltan elementos, organización, disciplina, técnica. ¿Cómo vencer en estas condiciones? ¿Cómo pensar en oponer dique seguro a los mejores estrategas de Roma y Berlín? Pensando fríamente, calculando las posibilidades, midiendo los efectivos, nuestro Estado Mayor tiene que considerar perdida la partida...

Pero en la calle la gente no conoce la técnica militar. Los hombres de los sindicatos no han estudiado en Potsdam, ni en Saint-Cyr. Ignoran los rudimentos de la estrategia. Pero tienen decisión y arrojo. Pueden hablarles de la superioridad del enemigo. Sin vacilaciones replicarán:

» —¡No pasarán! Y si pasan será sobre nuestros cadáveres y las llamaradas que consuman Madrid...

Con ellos es inútil el razonamiento y el cálculo. Ya lo saben Pozas y Asensio. Ya lo saben, también, Largo Caballero y Prieto. Están decididos a morir, y a morir matando. Los sindicatos hormiguean de afiliados. Se acarician con entusiasmo las pistolas. Se mete dinamita en botes vacíos para fabricar bombas. Se hace acopio de gasolina para rociar los edificios. Los

técnicos pueden pensar que es una catástrofe. El pueblo sabe que sólo así podrá salvarse...

El avance enemigo continúa en todos los frentes. Ya cayeron Humanes y Griñón, Parla y Getafe, Villaviciosa de Odón y Fuenlabrada. Los cañones facciosos alcanzan a Madrid. Por ahora se contentan con bombardear los barrios extremos.

El día 3 se da, por fin, armas a la columna «España Libre». Parte para Fuenlabrada. Cuando llega, los moros atacan furiosamente Leganés.

El día 30 se accede a que la CNT participe en el gobierno. Se accede cuando no queda otro remedio. El gobierno está perdido y Madrid a punto de perderse. Se accede, quizá, no sólo por fortalecer el ministerio, sino también para facilitar el cambio de residencia. A los ministros les pesa Madrid. De Madrid han salido ya muchos con rumbo a Barcelona y Valencia. De Madrid quiere marcharse el gobierno también. En el primer Consejo de ministros en que intervienen los hombres de la Organización, se plantea la huida a Valencia. Nuestros compañeros se niegan:

» —Igual que está dispuesto a morir el pueblo en defensa de Madrid, debemos estarlo nosotros...

Cuatro horas de Consejo. Cuatro horas de forcejeos. Al fin no se toma determinación alguna. El día 5 los fascistas entran en Móstoles y Alcorcón, en Pinto y Leganés. El pánico crece entre el elemento oficial. Muchos, sin esperar determinaciones del gobierno, han salido con rumbo a Valencia.

El día 6 vuelve a reunirse el Consejo de ministros. Largo Caballero insiste en el traslado. Habla de la crítica situación militar. Sólo la llegada de refuerzos podría salvarle. Pero, ¿de dónde traer estos refuerzos? Suena el nombre de Durruti. Federica se ofrece para convencerle de que debe venir a Madrid. El gobierno le confía el encargo y Federica sale.

Nuestros compañeros continúan oponiéndose al traslado a Levante. Largo Caballero plantea crudamente la cuestión:

» —Si ustedes siguen negándose, la crisis queda planteada. Y una crisis, en estos momentos, es la catástrofe...

No hay más remedio que acceder. Esta misma noche, sigilosamente, como en una huida, el gobierno saldrá corriendo en dirección a Valencia...

Amanece el día 7 de noviembre. El enemigo tomó ayer Carabanchel Alto y Campamento. Los obuses facciosos caen como una lluvia sobre los barrios de Segovia y Toledo. Nadie ha dormido esta noche. La aviación voló repetidas veces dejando caer toneladas de trilita. La radio habló sin descanso trasmitiendo órdenes y consignas. Como el 19 de julio, ningún trabajador ha ido esta noche a su casa. En los domicilios de los sindicatos, formando grandes corros a la puerta, tumbados en el suelo, en las escaleras, en los portales, millares y millares de hombres, que esperan la orden de partir hacia el frente.

Durante todo el día anterior se han sucedido las llamadas tajantes:

» —Metalúrgicos, en el local del Sindicato a las siete de la tarde...» —Uso y Vestido, a las ocho...»— Gráficos, de guardia permanente en los talleres...»— Gastronómicos, a las cinco...

Todos los sindicatos han llamado a sus hombres. Todos los han puesto en pie de guerra. Todas las pistolas están prestas a dispararse. Todos buscan un lugar en los parapetos...

Defensa, organiza y prepara la lucha. Tiene millares y millares de hombres a su disposición. Los tiene en los sindicatos y en los ateneos de barriada. Está en pie todo el movimiento libertario. Frío, sereno, sin que la gravedad del trance conmueva uno de sus músculos. Val ordena:

» —Vallehermoso: Doscientos hombres, con lo que tengan, al Paseo de Rosales...» —Puente de Toledo: Que suba toda la gente hacia Carabanchel.

Tirar sobre el que se vuelva...» —Controles: Que no salga nadie con fusiles ni pistolas de Madrid. Recoger todas las que podáis. Hay millares de compañeros esperando armas...

La organización en pleno responde como un solo hombre. Con fusiles, con rifles, con pistolas, con bombas, millares de trabajadores corren a su puesto. Por las calles de Segovia y Toledo, entre el estruendo de la batalla cercana, se cruzan dos ríos humanos. Hacia el Manzanares bajan los luchadores que van a levantar, con sus corazones, el dique que rompa la oleada fascista. De los puentes suben, aplastados bajo el peso de los míseros ajuares, las mujeres y los niños de las barriadas que huyen frente al azote de la invasión...

La defensa de Madrid está hoy en manos de los trabajadores exclusivamente. El gobierno camina hacia Valencia. En el Ministerio de la Guerra no ha quedado nadie en su puesto. Miaja ha recibido una orden y unas atribuciones, pero aún no sabe con quién cuenta ni qué puede hacer. Está dispuesto a morir en su puesto; pero hasta mañana no podrá hacer absolutamente nada. Y mañana, acaso será demasiado tarde...

En Carabanchel Bajo, en Usera, en la carretera de Extremadura y en la Casa de Campo está lo más vivo y firme del proletariado madrileño. Se lucha con rabia, con energía, con desesperación. Se muere con un viva a la revolución en los labios. Grupos de moros, que han cruzado el río, tratan de trepar por la montaña del Príncipe Pío en dirección a Rosales. Allí están unos cuantos guardias y unos centenares de trabajadores, varios militantes anarquistas, «Nobruzán» entre ellos. No hay armas para todos. No hay municiones para los fusiles de que se dispone. Cuando un hombre cae, otro surge de entre las sombras armado con su pistola. Cuando los moros ceden momentáneamente en su embestida, unos obreros saltan los parapetos, buscan los cadáveres enemigos, les quitan el fusil y las municiones. Con fusiles y municiones fascistas se defiende Rosales durante toda la noche. Con las uñas y los dientes se defiende Madrid...

En Usera hay unas trincheras improvisadas y unos parapetos de adoquines. En Carabanchel lo mismo. Igual en la carretera de Extremadura. No sirven para ocultar un hombre, para defenderlo de las balas enemigas, para ponerlo a salvo. Son más un obstáculo que una defensa. Pero detrás de ellos, como en las casas, como en las calles, hay millares y millares de hombres decididos a luchar y morir. Durante toda la noche el combate es durísimo. Por vez primera los tanques fascistas dudan en avanzar. Por vez primera la caballería mora es barrida en masa. Por vez primera los legionarios hambrientos de botín sienten el terror y el pánico. En las barriadas de Madrid no hay ejércitos aguerridos. Pero están, firmes en sus puestos, muriendo y matando, los hombres de los sindicatos.

Ningún general dirige la batalla. Si a cualquiera de los pocos militares que han quedado en Guerra se le pregunta quién sostiene el combate, no sabrá responder. Defendiendo Madrid hay unas columnas destrozadas, desmoralizadas por los repliegues, sin elementos y sin decisión. No pueden ser ellas quienes impidan que la morisma se adueñe hoy de la ciudad. Sólo los sindicatos podrán responder a la pregunta. Sólo los sindicatos, los ateneos, las barriadas, saben de dónde han salido estos millares de héroes. Sólo un hombre, Eduardo Val, tiene en sus manos durante toda la noche los hilos de la defensa de Madrid...

En la calle de Serrano, en un hotelito que fue de un marqués monárquico suenan sin cesar los teléfonos, entran y salen autos y motos sin tregua ni descanso. Un grupo de hombres se multiplica, corre de aquí para allá, ordena, marcha. Isabelo, Salgado, Barcia, Inestal, Gil, Antonio Rodríguez, Ortega, Juan Torres, Santamaria, son en esta hora el Estado Mayor único de nuestra resistencia. Llevan varios días sin dormir. No han comido en toda la jornada. Han pronunciado cincuenta arengas y disparado trescientos tiros. Están aquí ahora; dentro de media hora ocuparán un parapeto en Carabanchel; la madrugada les sorprenderá disparando sus rifles en el barrio de Usera. Están donde deben estar, donde el enemigo aprieta, donde la moral afloja. Están, como toda la Organización confederal, en el sitio de máximo peligro...

Y en medio del nerviosismo y la lucha, entre la baraúnda de los acontecimientos, un hombre con mono azul sonríe y ordena con voz pausada y enérgica. Nunca le conocerán las multitudes. Nunca sabrán su gesta. Pero si Madrid se salva esta noche es porque su defensa está a cargo de Eduardo Val...

Amanece el día 7. La lucha continúa dramática. Hacia los barrios amenazados parten sin cesar nuevos grupos de obreros. Van en su mayoría sin armas, esperando recoger las que abandonarán los muertos. Como en julio, la gente se disputa los fusiles y los puestos de mayor peligro. En los parapetos, en las casas transformadas en fortines, los trabajadores disparan sin cesar. Cada disparo es una expresión de la voluntad de un pueblo.

»—¡No pasarán!

Vuela la aviación, avanzan los tanques, truena la artillería. El combate adquiere violencia inusitada. En Carabanchel, unos grupos retroceden. El enemigo ha roto nuestras líneas. Avanza hasta cerca del Puente de Toledo. Llegan entonces unos compañeros. A su frente, Isabelo Romero y Juan Torres. Gritan:

» —¡Cobardes! ¡Cabrones!

Algunos avergonzados, se paran. Otros, presa de pánico, quieren seguir. Las pistolas apuntan a sus cabezas. Tienen que volverse. Se colocan en el Puente, en los parapetos, varios compañeros con la orden de no dejar huir a nadie. Isabelo, subido en una ventana, grita:

» —¡Vamos por ellos, compañeros! ¡Adelante! ¡Viva la CNT!

Isabelo es secretario del Comité regional. Isabelo está en los parapetos como todos nuestros hombres. Los que huían parecen otros. Siguen detrás de Isabelo y Torres. Es un alud contra el que se rompe el avance fascista. Grupos de moros quedan tumbados en mitad de la calle. Los nuestros

corren hacia arriba en su persecución. Avanzando, se pasa Mataderos, se llega a Carabanchel Bajo. El enemigo no pasará por aquí.

Como no pasará por Usera. Ni por Villaverde. Ni por la carretera de Extremadura. Madrid entero se ha puesto en pie. Republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas pelean codo contra codo, en magnífica hermandad, decididos a vencer. Durante todo el día se lucha heroicamente. Se agotan las municiones, pero la gente no retrocede.

Miaja ha recibido, a las ocho de la noche del día 6, de manos del subsecretario de Guerra, un sobre lacrado con la orden de no abrirlo hasta las seis de la mañana del día 7. Cuando lo abre, ve que le han dado el mando supremo de la defensa' de Madrid, que se le ordena formar una Junta y tomar todas las disposiciones para procurar la evacuación del material. En la mañana del 7, Miaja empieza a actuar. Llama a todos los partidos y organizaciones. Expone claramente la gravedad de la situación. La Junta de Defensa tiene que quedar constituida esta misma tarde. No hay dificultades en nadie. La junta se formará entre el estruendo del combate que estremece el aire nervioso de la ciudad.
A mediodía un ayudante de Miaja se asoma al balcón. Bromeando, un periodista le interroga:» —¿Qué, buscando la marcha?

El militar, serio y grave, replica:» —No; nosotros no nos iremos. Moriremos en nuestro puesto...

Luego, irónico, añade:» —Me asomaba para ver si se veía ya la caballería mora...

Por la tarde se constituye la Junta de Defensa. Cuando hacen un ligero examen de la situación, quedan impresionados. Para defender Madrid no hay más que cien cajas de municiones de fusil, granadas de artillería para tres horas de fuego, siete ametralladoras en reparación. Es todo lo que se tiene. Como fuerzas militares, seis columnas sin moral, sin entusiasmo, aplastadas por un retroceso constante. Nadie vacila ni tiembla, sin embargo. Una decisión unánime:

» —¡Resistiremos!

En Burgos, en Valladolid, en Salamanca, el júbilo es enorme. Nadie duda de que Madrid caerá. Lo dice Franco:» —Entraremos en Madrid sin disparar un tiro...

Mola confirma la frase del «generalísimo»:» —La toma de Madrid será un simple paseo militar...

Los técnicos extranjeros la creen también. En París, en Roma, en Berlín y Londres los periódicos fascistas preparan los gruesos titulares que dirán al mundo el triunfo de la facción.

En Leganés, bajo la presidencia de Vallellano, se reúne el futuro Ayuntamiento de Madrid. En Móstoles se agrupan las caravanas que traen personalidades fascistas para presenciar la entrada. Franco viste de fiesta a sus civilones, a sus terciarios, a sus requetés. Los moros ríen olfateando la carne fresca de las mujeres madrileñas...

Franco, alegre y jactancioso, habla con unos periodistas extranjeros:» —Tenemos Madrid entre nuestras manos. Dominamos todas las alturas. No hay defensa posible. Si conocieran la técnica militar ni siquiera intentarían una resistencia inútil...

Los obreros de Madrid se ríen de la técnica. Están decididos a triunfar. Con fusiles, con pistolas, con escopetas, con bombas de mano, corren a los parapetos. Se dejan matar sin dar un paso atrás. Pero el fascismo no pasará...

En Albarracín hay tres mil hombres de la Organización. Son luchadores curtidos en Somosierra y Gredos. Son batallones que llevan nombres gloriosos: «Mora», «Ferrer», «Orobón Fernández», «Juvenil Libertario». A su cabeza, hombres de temple acerado: Cipriano Mera, Carlos y Eusebio Sanz, Valle, Arenas, Domínguez Román...

El día 7 llegan malas noticias de Madrid. Mera reúne a los hombres y les habla:» —Madrid está en peligro. Tenemos que ir a salvarlo. Que nadie se haga ilusiones. Vamos a morir. Los que quieran venir, que den un paso al frente...

Los tres mil hombres, sin vacilar, avanzan. Mera sonríe complacido. No esperaba otra cosa. Habla, sin embargo, para advertir:» —No podemos ir todos dejando este frente abandonado. Con dos mil basta. El resto puede quedarse aquí...

Nadie quiere quedarse. Cuesta enorme trabajo convencerles. Al fin, sin retrasos, dos mil hombres —pañuelos rojinegros, gritos revolucionarios en la garganta, anhelos de batalla en el corazón— parten rumbo a la muerte y la gloria de la defensa de Madrid...

En Tarancón están los supervivientes de Sigüenza. Unos centenares de hombres a los que se suman otros tantos campesinos y trabajadores madrileños. El 6 de noviembre, reciben una orden escueta:» —¡No dejar pasar a nadie con armas! ¡En Madrid se necesitan todas!

De Madrid sale una larga caravana de coches. En ellos, los cobardes que huyen del peligro. En Tarancón, los milicianos, fusil en mano, detienen los automóviles:» —¿Dónde váis?» —¡A Valencia!» —¿A qué?» —Misión especial.» Es la hora de las misiones especiales. Todos los flojos de espíritu se han buscado una misión especial. Los milicianos no transigen:» —¡Sois unos cobardes! ¡Volved a Madrid!

Algunos, avergonzados, regresan. Otros insisten en pasar:» —Bueno: dejad las armas. En Valencia no las necesitáis para nada...

En un auto llega Pedro Rico[2]. Va tirado en el coche, hecho una bola, con el pánico reflejado en el rostro. Los milicianos ríen ante su aspecto. Uno le grita:» —¡Tú también quieres huir, cobarde!

Pedro Rico trata de justificarse. Uno le interrumpe:» —¡Debíamos ponerte de cara a la pared!

Consigue escapar. Da vuelta hacia Madrid, perseguido por las risas y las burlas. Cuando llegue a la ciudad, buscará refugio en una embajada extranjera...

Noche avanzada ya. Mandando los grupos del control está José Villanueva. Es un hombre delgado, resuelto, decidido. Se ha batido con heroísmo en la toma del cuartel de la Montaña, en Guadalajara y Sigüenza. Cuando amanezca, marchará con sus hombres para cooperar a la defensa de Madrid. Luchará en la Casa de Campo y morirá, frente a las hordas extranjeras, en la dura batalla de Teruel.

Llega una caravana de autos. Los milicianos les contienen. Una voz grita:» —¡Paso libre! ¡En los coches van varios ministros!

Todos los ocupantes tienen que descender de los coches. Uno de ellos se adelanta a Villanueva:» —¡Esto es un atropello! Soy el ministro de... y voy a Valencia...

Villanueva replica:» —Su obligación como ministro es permanecer al lado del pueblo en la hora dramática. Al huir, desmoralizan ustedes a los combatientes.

Se han presentado tres o cuatro más. Son también ministros[3]. Villanueva les desarma y les hace pasar a una habitación. Asustado pregunta uno:» —¿Qué vais a hacer?» —Por mi gusto —replica Villanueva —, llevaros delante mañana cuando entremos en fuego...» —Eso es una barbaridad...» —Mayor sería que os fusilara como merecéis...

Villanueva telefonea a Val:» —Tengo aquí a cuatro ministros que huían de Madrid. ¿Qué hago con ellos?

Val no pierde la cabeza. Es enemigo de la marcha del gobierno, que interpreta como una fuga. Vive la hora más dramática de la defensa de

Madrid, cuando la vida de todos pende de un hilo. Pero, apresar a los ministros no resuelve nada. Ordena:»-¡Dejad los en libertad!» —¡Pero es que...» —¡Nada, nada!» Haz lo que te digo!» —Bueno, pero como yo quiero salvar mi responsabilidad, mándame una orden escrita...

Val envía la orden pedida. Cuando la recibe, Villanueva la lee despacio. Luego dice a los ministros:» —La Organización, contra mi parecer, os pone en libertad. Podéis marchar a Valencia. Pero no olvidéis nunca vuestra fuga de hoy ni el heroísmo con que se está batiendo el pueblo de Madrid...

Nerviosos, los ministros montan en sus coches y se alejan a todo correr. Amanece ya el nuevo día. Villanueva les ve alejarse desde el medio de la carretera. Luego exclama:» —¡Y ahora a cumplir nosotros con el deber de salvar Madrid!

Los hombres comienzan a montar en los camiones. Van en dirección contraria a los ministros. Van de cara a la muerte. Pero, también, de cara a la vida, que es el triunfo de la libertad...

En la mañana del día 8 lanza Franco sus huestes a la conquista de Madrid. Es el día fijado. Es la fecha en que se descubrirán los arcos triunfales y el «generalísimo» será aclamado por su gran victoria. Todo está bien organizado. Todo está bien dispuesto. Es imposible que falle ni una sola parte del plan trazado...

El ataque empieza al clarear el día. En línea, las mejores fuerzas de la invasión. Delante, los tanques. En el aire, bandadas de negros pajarracos. Los cañones preparan el camino con un fuego intenso. Carabanchel Bajo, Usera, el Puente de Segovia, los barrios extremos de Madrid, se ven envueltos en metralla y fuego. Un poco más lejos, en las alturas de Leganés y Móstoles, se forma la comitiva triunfal para la entrada en Madrid...

Pero, cerrando el paso al invasor, hay hombres decididos a morir. Ni la aviación ni la artillería logra que nadie dé un paso atrás. Hombres de todos los partidos y tendencias se han juramentado para morir en sus puestos. Nada ni nadie les arrancará de los parapetos, de las casuchas, de los ribazos

donde se defiende la independencia de España y la libertad del proletariado...

Los fascistas confían en sus tanques. Frente a ellos, incapaces de aplastarlos, huyeron hasta ahora los milicianos. Pero la situación ha variado. Ha variado porque ya nadie piensa más que en vencer o morir. Franco coloca en vanguardia los tanques. Han de abrir camino, por las tres carreteras de Toledo, Leganés y Extremadura, hacia el corazón de la ciudad invicta. y los tanques avanzan convencidos de que nadie podrá cerrarles el paso...

Están ya frente a una trinchera, disparando sus ametralladoras. De pronto, de la trinchera salta un marino. Es joven, alto, fuerte. Las ametralladoras le siluetean, pero él se ha tirado rápido al suelo. Los conductores de los tanques creen haberlo alcanzado. Avanzan. Cuando uno está cerca, el marino se incorpora, levanta el brazo y una bomba viene a explotar sobre el carro blindado. El monstruo se estremece en convulsiones agónicas y queda roto, inmóvil sobre uno de sus costados. Los otros tanques avanzan. El marino les espera tumbado en el suelo. Cuando se acercan, repite la operación. Cuatro quedan destrozados en las cercanías de la trinchera. Los otros retroceden asustados.

La noticia corre a lo largo de las trincheras leales. Un marino, Antonio Coll, ha encontrado la manera de contener el avance de los tanques. Los monstruos no son invencibles. Un poco de serenidad, algo de valor y el carro quedará tumbado antes de llegar a las trincheras. (Antonio Coll morirá dentro de unos días, en este mismo sitio, luchando contra los tanques. ¡No importa! Ha demostrado que se puede luchar con los tanques. Tendrá muchos imitadores. Será, en definitiva, uno de los grandes héroes de la defensa de Madrid.)

En Carabanchel se pelea con dureza enorme durante toda la mañana. Terciarios y rifeños, civilones y requetés pretenden abrirse paso a toda costa hacia el interior de Madrid. Pero en Carabanchel, cubriendo así por entero la distancia que media entre las carreteras de Toledo y Extremadura, está la

columna «España Libre». Tuvieron que esperar muchas semanas hasta conseguir las armas. Ahora que las tienen, será muy difícil arrebatárselas. Cada hombre es un león en la pelea. Están pegados al suelo, guarecidos en las casas, disparando sin cesar los fusiles y las ametralladoras. Saben manejar las bombas de mano. Cuando el enemigo se acerca, cuando se dispone al asalto de cualquier edificio, las granadas estallan abriendo enormes boquetes en sus filas...

Por la calle del General Ricardos bajan ahora, haciendo fuego, con sus ametralladoras, dos tanques fascistas. Por la calle del General Ricardos sube, disparando también, un tanque leal. Más arriba de Mataderos, cerca de Carabanchel Bajo, chocan con estrépito los tres monstruos. Es un combate breve y violento, con rechinar de cadenas y descargas de ametralladoras. Los hombres de «España Libre» saltan los parapetos, esquivando las balas para intervenir con sus bombas en la pelea. Es tarde ya para salvar nuestro tanque, destrozado al destrozar a uno de los enemigos. No lo es para inutilizar al restante. Las bombas le convencen de la inutilidad de su resistencia. Tiene rota una de las cadenas. Está inmóvil y copado. El teniente que lo manda se entrega. En su poder se encuentran documentos que han de tener importancia decisiva en la defensa de Madrid...

A las diez de la mañana se ha puesto en marcha la comitiva que ha de asistir a la entrada de Franco en la Puerta del Sol. Según todos los planes, Madrid tiene que haber caído para esa hora. Bajan tranquilamente desde Leganés, montados en sus coches. El ruido de los motores les impide escuchar el estruendo de la batalla cercana. Cuando se dan cuenta, las balas agujerean los autos, caen cuatro o cinco de la comitiva, huyen los demás a la desbandada, convencidos de que la entrada ha sufrido un pequeño retroceso...

La columna «España Libre» está al mando del compañero Ramos. Ramos era maestro antes de la revolución. Ramos empuñó decidido el fusil cuando en la calle sonaron las primeras descargas. Después ha combatido en muchos frentes, se ha jugado la vida frente a la invasión. En

Carabanchel, Ramos pelea en los parapetos más avanzados, animando a sus hombres, enseñándoles con el ejemplo. Al caer la tarde, luego de una dura preparación artillera, el enemigo vuelve al ataque. En vanguardia un grupo de tanques. Ramos grita a sus compañeros:» —Cuando estén cerca saltaré la trinchera. ¡Vais a ver cómo vuelan!

El primer tanque está a treinta metros ya. Arrastrándose por el suelo el comandante Ramos se acerca. Un millar de hombres sigue con emoción enorme, sin respirar casi, su heroica empresa. Cuando está próximo, Ramos se incorpora, una bomba cruza el espacio. Una explosión aturde los oídos y el tanque se inclina pesadamente sobre uno de sus «costados.» Pero al mismo tiempo que Ramos, el tanque ha tirado también con sus ametralladoras. Nueve balazos traspasaron su cuello. Cayó pesadamente junto al monstruo fascista. Electnzados por su ejemplo, los hombres saltan las trincheras, avanzan sobre los tanques, persiguiéndolos con sus bombas de mano. Los tanques huyen a la desbandada. Ramos está muerto. Madrid, salvado...

En el viejo Ministerio de la Guerra unos hombres esforzados —Miaja, Rojo, Matallana— examinan serenamente la situación. El enemigo no ha tomado Madrid, pero el peligro sigue. Se ha salvado un día difícil, una situación crítica. Mas todavía no se ha resuelto la situación. En Villaverde, Usera, carretera de Toledo y Carabanchel, no se ha retrocedido un solo paso. A la derecha de la carretera de Extremadura, en la Casa de Campo, el enemigo ha realizado un profundo avance. Las fuerzas que guarnecen este sector —columna Mangada, columna Galán, columna «Libertad», organizada por el PSUC—, se han batido con heroísmo. Sin embargo, el fascismo abrió brecha entre los montes de la vieja posesión borbónica.

Y es ahí, precisamente ahí, donde radica el máximo peligro. Por los datos cogidos al teniente que mandaba un grupo de tanques, se conoce el plan de los generales traidores. Si fracasaban en su intento de hoy, si Madrid no se entregaba el 8, comenzaría una operación de envergadura. Las tropas invasores se correrán por la Casa de Campo, ganarán la carretera de La Coruña, cruzarán el río por lugares no canalizados, entrarán en Madrid

por Cuatro Caminos. Con sólo llegar a Cuatro Caminos habrán conseguido dos grandes éxitos. Uno, dejar cercadas las tropas que defienden la Sierra. Otro, cortar el agla de Madrid.

El pueblo se ha batido con heroísmo incomparable. El Estado Mayor lo sabe y admira el gesto del proletariado madrileño. Ha visto cómo, en una hora trágica, los sindicatos movilizaban todos sus hombres. Ha visto cómo hoy mismo los de Construcción han publicado una orden ejemplar. Dice:

«Todos los trabajadores de la Construcción que no estén en lista y controlados por el Consejo Mixto de Fortificaciones, se concentrarán en los sitios indicados por sus Organizaciones, con sus respectivas meriendas para marchar adonde sea preciso en defensa del pueblo de Madrid.»

Van a luchar, a batirse, a morir tal vez. Nadie les habla de premios. Se les exige, en cambio, que cada uno se lleve la comida. Y, con orgullo habrá de proclamarse, ni un solo trabajador deja de cumplir con su duro y penoso deber.

El Estado Mayor tiene confianza ciega en el pueblo. Pero los dos últimos días han sido muy duros. Por la noche continúa el combate. Mañana la pelea será aún más encarnizada. Pese a la superación de su moral, los milicianos están deshechos y los trabajadores que voluntariamente pelean en los parapetos, muertos de fatiga y sueño. Por donde ataca el enemigo no hay fortificaciones ni está nada previsto. No se tienen ni refuerzos que enviar a contener su avance. Faltan municiones y no hay ametralladoras. Si esta misma noche no llegan refuerzos, Madrid, pese a todo el heroísmo del pueblo, estará perdido sin remedio...

Amanecida fría y lluviosa del 9 de noviembre. Al Puente de Vallecas arriba la primera Brigada Internacional. Son luchadores esforzados, revolucionarios convencidos, el estado mayor, el corazón y cerebro del antifascismo europeo. Se había pensado enviarles a Villaverde. El plan ha variado. Es preciso que vayan a la Casa de Campo, que se enfrenten con el fascismo que acaba de tomar el Garabitas y continúa su avance.

La Brigada Internacional cruza las calles húmedas y silenciosas de Madrid. Camina con paso firme, resonando el chocar de sus zapatos claveteados con el empedrado de las calles. Cantan en francés, en alemán, en italiano, himnos revolucionarios. La gente sale corriendo a verles pasar, a vitorearles, a aplaudirles. En el aire las notas vibrantes de «La Internacional» primero. De «La Marsellesa» después...

Las figuras —altas, fuertes, con grandes chaquetones blancos de piel de cordero— se pierden en la lejanía, penetran en la Casa de Campo. De allá nos trae todavía el eco:»...le jour de gloire est arrivé...

A media mañana irrumpen en la ciudad los camiones de las Milicias Confederales. Vienen los hombres que salieron de las montañas de Albarracín y los que, mandados por Villanueva y Benito, esperaban en Tarancón. Se han sumado también los hombres del batallón «Toledo» y la batería «Sacco y Vanzetti». Son más de tres mil hombres. A su cabeza los mejores luchadores de la CNT, de la FAI, de las Juventudes...

Cruzan Madrid sin detenerse. Al aire, los pañuelos rojinegros. En las manos, el fusil. En los ojos, una decisión firme. En la garganta, un himno revolucionario. Bajan rápidos por el Paseo de San Vicente, por la Cuesta de la Dehesa de la Villa. Atraviesan Puerta de Hierro y el Manzananares. Se pierden en las frondas de la Casa de Campo. Tras ellos, como estela, la afirmación de fe revolucionaria:» Por el triunfo de la Con-fe-de-ra-ción...

Es el 9 de noviembre de 1936...

CAPÍTULO 11

«¡Ha venido Durruti!»

LA BRIGADA INTERNACIONAL OCUPA un extenso frente. Sus líneas parten de lo alto de la Cuesta de las Perdices para llegar hasta Boadilla del Monte, pasando por Húmera y Pozuelo. Junto a ella, a su izquierda, se sitúan las milicias confederales. Enlazan con los extranjeros cerca de Casa Camorra, para seguir a lo largo de la carretera de Castilla, pasando por la Casa de Vacas y el Campo de Polo hasta las explanadas del nuevo Hipódromo. Las fuerzas cubren los puntos más peligrosos. Es por aquí por donde el fascismo lleva con la máxima energía su ataque. Por la parte alta, por Húmera y Pozuelo, para ensanchar su entrada en la Casa de Campo, donde ya conquistó los cerros del Aguila y Garabitas. Por el centro, para abrirse camino con rumbo a Puerta de Hierro y la carretera de la Coruña, a fin de cortar las comunicaciones con la sierra y alcanzar rápidamente la barriada de Cuatro Caminos.

El primer momento es crítico y difícil. Ataca el fascismo con enorme violencia. Los aviones bombardean sin cesar la carretera y los puntos que a ella conducen. La artillería funciona con intensidad creciente. No hay líneas defensivas, ni trincheras, ni parapetos. Nuestros hombres y los

internacionales han de aguantar el primer choque a cuerpo limpio, escudándose cómo máximo en los árboles, tirándose al suelo para escapar de las ráfagas de ametralladora de los tanques italianos. El enemigo ocupa, además, posiciones envidiables. Tiene todas las alturas. Los luchadores del pueblo han de aceptar el combate en condiciones de franca inferioridad. Sólo tienen como recurso definitivo, el coraje sin límites que inspira la defensa de un noble ideal.

Los internacionales son gentes curtidas. Muchos han peleado en la Gran Guerra. Saben aprovechar los accidentes del terreno, manejar las bombas, colocar las ametralladoras, distribuir los hombres. Tienen, además, un magnífico material, como hasta ahora no lo tuviera ninguna de nuestras columnas. y sirviendo los elementos y la inteligencia, un valor extraordinario. Nuestros hombres les ven batirse con habilidad y audacia sin límites. Ven cómo ahorran municiones, cómo cada uno construye su pozo de tirador, cómo aguantan la embestida de los tanques y les hacen huir empleando las bombas de mano. Les ven, y, con ese poder de adaptación maravillosa del pueblo español, les imitan sin pérdida de tiempo. Decisión les sobra. Energía y voluntad, también.

Los moros atacan en tromba, bajando por las faldas del Garabitas, como si esperasen con sus aullidos asustar a los combatientes leales. Nadie se mueve de su puesto. Nadie vacila. Una lluvia de balazos para en seco la carrera fascista. Un montón de enemigos caen para no levantarse más. Una y otra vez se repite la escena. Una y otra vez la internacional y las milicias confederales, destrozan sus intentos. Caen algunos franceses, alemanes, italianos, regando con su sangre el suelo que vinieron a defender. Caen bastantes hombres de la FAI, de la CNT, de las juventudes. ¡No importa! Han caído muchos más fascistas. El enemigo, luego de su avance de ayer, no adelantó hoy un solo paso. A costa de sangre se le ha cerrado la carretera de la Coruña. Por aquí no cortará las comunicaciones con la sierra, no dejará sin agua a Madrid.

Después de diez horas de combate durísimo el parte oficial podrá decir: «Pese a la violencia del ataque enemigo durante todo el día, nuestras líneas

no han sufrido modificación alguna».

Frente a la morisma ya los terciarios han aparecido hoy nuevos y heroicos defensores de Madrid. Son los internacionales y las milicias confederales. Entre los primeros, hombres como Kleber, como Hans Beimler, como Wolpianski. En las segundas, luchadores de la talla de Mera, de Feliciano Benito, de Palacios, de Arenas, de Domínguez...

El día 10 sigue el combate con la misma violencia. Los moros, escarmentados por la dura lección de la jornada precedente, no atacan ya en grandes grupos. Dejan que la aviación y la artillería castiguen nuestras líneas. Después, precedidos por los tanques, ocultos tras ellos, pretenden avanzar. Se libran peleas cada vez más enconadas. Ni los tanques ni la artillería ni la aviación mueven nuestras líneas. Los hombres se han pegado al terreno, aguantan la lluvia de metralla, disparan como energúmenos. En los momentos más duros, una voz grita: «¡Viva la FAI!». Y el grito es como un redoble de energías. Truena la dinamita, tabletean las ametralladoras y entre el estruendo del combate, mezclados con los aullidos rabiosos de la morisma, se elevan a coro los himnos revolucionarios. Los facciosos se desconciertan. No han tropezado nunca con hombres de temple parecido. Frente a ellos se quiebran todas las embestidas. Es inútil la aviación. Es inútil la artillería. Es inútil remover materialmente el suelo de todas las posiciones que ocupan. Cuando acaba el bombardeo, cuando los tanques y las hordas se lanzan al asalto, un grito, siempre el mismo, estremece el aire: «¡Viva la FAI!». Y centenares y millares de hombres —trajes desgarrados, rostros curtidos, ojos de fiebre— disparan como endemoniados sus fusiles, lanzan sus bombas de mano, corren tras los que soñaban con verles correr...

Firmes en sus puestos, decididos a vencer están nuestros hombres. Lo mejor del Movimiento Libertario. Los más abnegados y resueltos entre los antifascistas todos. Allí Mera con su energía serena; allí Villanueva con su valor entusiasta y alegre; allí Benito con su seriedad, con su ponderación, con su bravura; allí Guevara y Román, Ciriaco y Sanz, Domínguez y Arenas. Ya puede atacar el fascismo cuanto quiera; ya puede gritar la morisma; ya pueden avanzar los tanques y empujar los terciarios anhelantes

del botín de la ciudad que ante sus ojos tienen. ¡Por aquí no se pasa! ¡Lo han dicho las milicias confederales! Y todos los intentos, todos los ataques, todas las embestidas, mueren sin adelantar un solo paso. Frente a la arremetida, Rasillas ordenará a los milicianos de «Sacco y Vanzetti»: «¡Batería! ¡¡Fuego!!». Y las granadas, al estallar, abrirán claros en las filas marroquíes. Palacios, en el fragor de la pelea, gritará a sus hombres: «¡Esperad! Cuando estén cerca, ¡a bombazos!». Y los que lleguen a las líneas leales, los que se acerquen a nuestros luchadores, morirán entre el estruendo horrísono de la dinamita. Ciriaco templará sus nervios, aguardará la hora justa para exclamar: «¡A ellos, muchachos! ¡Ya son nuestros!».

Y los soldados del pueblo abandonarán sus parapetos, dejarán los árboles, correrán precedidos por la dinamita, acompañados por los cuchillos y las pistolas, contra la morisma que vuelve la espalda. El campo quedará cubierto de cadáveres. Los anarquistas cazarán fascistas, en los montes donde los Borbones cobraban ciervos. Y al comienw, y al final, y en medio del combate, un solo grito llenará los aires: «¡¡Viva la FAI!!».

Hay, en estas jornadas de gloria y muerte, un trabajo sereno y esforzado, una labor silenciosa y heroica. Sin ella, Madrid habría caído forzosamente. Con ella, a costa del sacrificio de millares de mártires anónimos, Madrid se salva. Es el trabajo de los sindicatos de construcción. Es la obra de los fortificadores...

Es difícil explicar su gesta. Los sindicatos movilizan sus hombres. Todas las obras quedan paralizadas. ¿Qué importa levantar un edificio mientras los trimotores fascistas vuelan sobre Madrid? ¿Para qué arreglar el pavimento de una calle, si las hordas habrán de hollarlo con sus pezuñas? Todo se abandona, todo se deja a un lado, todo se relega a un segundo término. En primer plano, sólo hay una preocupación, un anhelo, un deber —: fortificar. Y a fortificar se lanzan los hombres. No tienen técnicos, no tienen material, no tienen a veces ni las palas y los picos precisos. Pero la hora exige pasar por encima de todos los obstáculos. y se pasa. (Más tarde, cuando el peligro se aleje, aparecerán los ingenieros, los prohombres, los técnicos que nos explicarán que las trincheras y los parapetos se hicieron

con arreglo a este o el otro plan. La verdad será que no hubo planes ni técnicos. La verdad será que únicamente los trabajadores de la construcción saben estar en su puesto en estas horas críticas.)

Por las mañanas, al amanecer, en los puntos extremos —glorieta de las Pirámides, puente de la Princesa, Puerta de Hierro se forman grupos de hombres que vienen con sus palas, con sus azadones, con sus meriendas. Pronto, divididos en pequeños núcleos, se desparramarán por todos los frentes. Trabajarán durante todo el día. A veces dejarán la pala para empuñar el fusil del compañero que murió a su lado y contendrán la avalancha enemiga. En ocasiones, las balas que silban a su alrededor, que siluetean su figura, acertarán con su cabeza, y el obrero caerá sobre el fondo de la trinchera que abre. Morirán muchos. Nadie sabrá cuántos ni conocerá jamás sus nombres. Pero a medida que aumenta el número de mártires, en Carabanchel y en Usera, en la carretera de Extremadura y en la Casa de Campo se irán ahondando las trincheras, surgirán los abrigos subterráneos, aparecerán los campos de atrincheramiento, crecerán las alambradas yel fascismo verá cómo Madrid se transforma en un nuevo Verdún. La ciudad abierta y fácil se amuralla; la victoria prometida y decisiva se aleja; las ilusiones de Franco se desvanecen. Entre las palabras y la realidad, entre el triunfo definitivo y Madrid ha surgido un obstáculo imprevisto y gigante: el Sindicato de la Construcción...

Cuando la violencia de la batalla se remanse en horas de paz relativa, cuando se pueda hacer un recuento de bajas, la CNT podrá decir, con un trémulo de emoción sincera en los labios: «En la fortificación de Madrid, en la defensa de Madrid, han muerto cinco mil afiliados al Sindicato Único de la Construcción...».

El día 10 de noviembre llega a Madrid Federica Montseny. Trae el aliento de su verbo cálido y la esperanza de que Durruti no se hará esperar muchas horas. Viene a compartir el dolor y amargura de unas jornadas tristes; la gloria jubilosa de unos días triunfales.

El fascismo ha comprendido, al fin, que Madrid no es presa fácil. Está, sin embargo, decidido a conquistarlo. Aunque sea en escombros. La aviación facciosa ha volado ya muchas veces sobre la ciudad. Ha descargado sobre sus calles toneladas y toneladas de explosivos. Pero aún no ha empleado en toda su intensidad los procedimientos bestiales de la guerra totalitaria. El día 10, precisamente a la hora que llega Federica Montseny, la barbarie empieza a marcar su grado álgido de salvajismo...

El cielo de Madrid se mancha con la presencia constante de Junkers y Cappronnis. Al ruido de la batalla cercana, se une ahora el estruendo de las explosiones de las bombas de aviación. Casas enteras se derrumban con estrépito; centenares de mujeres y niños perecen entre las ruinas; grupos enteros son barridos por la metralla en las calles céntricas; de todas partes surgen llamaradas gigantescas que consumen manzanas enteras. La gente no corre, no llora, no huye. Cierra con rabia los puños, los levanta contra el cielo, ruge: «¡Asesinos! ¡Cabrones!».

La gente no se acobarda. Cada explosión es un puñado más de voluntarios para el frente. (Este hombre no era revolucionario. Acaso le tenía sin cuidado la guerra y su posible vencedor. Quizá ansiaba, incluso, la victoria de las clases reaccionarias. Pero una bomba ha explotado en un barrio alejado del frente; ha visto morir a una pobre mujer; la sangre de un niño manchó sus zapatos. Este hombre se presenta en el Europa, en Hortaleza, en cualquier ateneo libertario: «Me llamo Antonio González. ¡Quiero salir inmediatamente para el frente de mayor peligro!...».)

Es inútil el derroche de metralla. Es inútil, también, el esfuerzo desesperado de la Quinta Columna. En cualquier calle, mientras vuelan los aviones de la traición, funciona una pistola que hiere por la espalda. Nadie se asusta. La casa queda cercada en pocos segundos. Veinte voluntarios se lanzan a la búsqueda del emboscado. Podrá defenderse como quiera; podrá esconderse donde le dé la gana. Dentro de diez minutos su cadáver irá camino del Depósito Judicial...

A las tres de la tarde, en medio de un bombardeo intenso de la aviación fascista, habla por radio Federica Montseny. Despreciando el peligro, millares y millares de personas escuchan ante los altavoces. Federica dice: «Se ha movilizado todo. Todos los hombres acuden a las trincheras; todas las mujeres afrontan el trabajo que en la retaguardia les pueda ser encomendado. Esperad, esperad unos días, quizá unas horas tan sólo, y vendrá la victoria. El porvenir depende de vosotros. ¡Antes que desertar, morir! Alumbramos al mundo con nuestro ejemplo; tenemos que demostrarle que sabernos triunfar. Seremos dignos de los que cayeron luchando. Acudiremos todos, unidos, hermanados, a derrotar al fascismo. Seremos invencibles. ¡Adelante, compañeros! ¡Hasta el final! ¡Hasta la victoria!...».

Los líderes de la CNT están en sus puestos. Unos, en las trincheras. Otros, organizando la resistencia, arengando a los luchadores. David Antona habla este mismo día en un lugar muy próximo a las avanzadas. Grita a los combatientes: «No es hora de palabras. La mejor propaganda, la única, es la de los fusiles y ametralladoras, es la del plomo justiciero que hace inexpugnable la capital de nuestra revolución. En esta lucha titánica, en estas jornadas de sangre, se está ventilando el porvenir no sólo de España, sino del mundo entero. Compañeros: en nuestras balas está la decisión! ¡O el fascismo que es la muerte o nosotros que somos la vida!».

Roncan los motores fascistas sobre el cielo azul de Madrid.

Se apagan las palabras entre explosiones de bombas de trescientos kilos. Ruge el combate a pocos centenares de metros. Se tiñen en sangre las calles de nuestra ciudad. Federica habla con Eduardo Val: «Las milicias confederales se baten con heroísmo sin limites. Por allí no pasará la bestia, ¿Y Durruti?». Hay ansiedad en la pregunta. Federica, brillo ilusionado de victoria en las pupilas, replica: «Durruti llegará mañana...».

«¡Ha llegado Durruti! ¡¡Ha llegado Durruti!!».

La frase recorre Madrid entero, brinca de boca en oído, lleva alegría y entusiasmo a todos los espíritus. Durruti ha venido con su heroísmo y su leyenda, con su serenidad y su entusiasmo. Viene de vencer en Aragón, de arrollar al fascismo, de ganar a la invasión ciudades y pueblos, de liberar millares y millares de españoles. Viene a luchar por la libertad, a ocupar el puesto de mayor peligro, a batirse y morir por la independencia de España...

Es el 12 de noviembre. La aviación continúa su obra destructora. Ayer hubo trescientos muertos en la ciudad. Ayer se hundieron sesenta casas. Anoche Madrid se iluminó con la llamarada de treinta incendios distintos. Pero nuestros hombres están en sus puestos. Pero en el frente sigue la batalla con redoblada intensidad. En la Casa de Campo sobre todo. El enemigo ha concentrado sus mejores elementos. ¡Hay que avanzar! ¡Hay que tomar Madrid! En Valladolid, en Burgos, en Sevilla y Zaragoza se amustian los arcos triunfales. Roma y Berlín chillan: «¿Pero es que no servís para nada?».

Varela y Yagüe, Castejón y Monasterio hablan con sus oficiales, apremian a sus tropas. Al alcance de sus manos tienen la ciudad. Los oficiales piensan en los señoritos fascistas, perseguidos de cerca por el pueblo; los jefes en la venganza de millares y millares de fusilamientos de «rojos»; terciarios y marroquíes en el botín de oro y carne que les espera. Sólo hay un obstáculo, un valladar, un impedimento: La Brigada Internacional y las milicias confederales...

Contra ellas se lanzan los ataques con furia redoblada. Entran en juego todas las armas. Se ponen en práctica todos los procedimientos. Los trimotores siembran la muerte en las calles de la población. Los cañones explotan con precisión matemática en las líneas enemigas, en las carreteras de acceso, en los barrios extremos. Morteros y ametralladoras funcionan sin descanso. Pero cuando se inicia el ataque, después de cuatro horas de preparación, los hombres surgen de la tierra, están en sus puestos, tiran bombas y disparan con furia. La oleada fascista se rompe con estrépito frente al acantilado de la resistencia. Hay que volver a empezar. Hay que

dar órdenes a la aviación, a los cañones, a los morteros, a las ametralladoras...

Transcurren en lucha incesante días de emoción intensa. Pasa el 10 y el 11, el 12 y e113. En Madrid, los periódicos gritan: «¡Una semana de resistencia! ¡Una semana de victorias!». No ha cesado el estruendo de la batalla; no han dejado de pasar las ambulancias y de recogerse muertos destrozados por la furia de Junkers y Cappronnis. Pero el pueblo está más convencido a cada instante de que la única salida es la victoria o la muerte. y de que vencerá.

Franco, y sus empresarios de Roma y Berlín, tienen ya un nuevo proyecto: «Entraremos en Madrid por la Ciudad Universitaria, cruzando el Puente de los Franceses...».

En la Casa de Campo, frente al puente de los Franceses, está la Columna «Libertad», formada por socialistas catalanes. El día 14, al atardecer, los facciosos se lanzan a fondo contra ella. Es una arremetida brutal, que los milicianos del PSUC no pueden resistir. Tienen que replegarse hasta el río primero, cruzar rápidamente el puente después. Pero la presión continúa. El parque del Oeste y la Ciudad Universitaria corren un peligro grave y cierto.

En el Cuartel General se examina la situación. El momento es crítico y difícil. No se pueden quitar fuerzas de ningún frente para taponar el boquete abierto. Las milicias confederales y la internacional cubren lugares por donde presiona violentamente el enemigo. Las demás columnas —Mangada, Galán, «España Libre», Mena y Líster— tampoco pueden abandonar sus sectores. Hay que recurrir a lo que hay. Y lo que hay es poco y no muy bueno. Son, tan sólo algunos batallones que no ofrecen muchas garantías, gentes de cuya eficacia combativa se duda. Un batallón formado por UGT a base de actores, tramoyistas y acomodadores. Un batallón deportivo...

Los dos batallones son enviados a la Universitaria. Han de ocupar posiciones cerca de los edificios, defenderlos si el fascismo consigue llegar

a ellos. Estamos ya en el día 15 de noviembre. El enemigo intensifica su ataque. Precediéndole, la aviación arrasa los barrios cercanos, la artillería forma una barrera de fuego, los tanques destrozan las defensas improvisadas.

Los dos batallones se ven envueltos en una tempestad de hierro. No han entrado hasta hoy en fuego. No conocen todo el horror de la guerra. Zumban los trimotores sobre ellos y estallan a su alrededor los obuses enemigos. Se desconciertan, vacilan. La Columna «Libertad» retrocede de nuevo, frente a los tanques que han atravesado el río. Los deportivos pretenden resistir y van retrocediendo hacia la Cárcel Modelo. Los actores no saben qué hacer. Creen inútil toda resistencia, se consideran perdidos sin remedio. Aquí no se está entre bastidores. Aquí sólo se muere una vez y de verdad. El pánico hace estragos entre ellos. Uno corre. Muchos le imitan. Cada uno se imagina que un millar de moros va pisándole los talones...

Hay un momento de inquietud, de zozobra, de desesperanza. Por Vallehermoso, por la misma calle de Bravo Murillo, algunos milicianos corren a la desesperada gritando: «¡Que vienen los moros! ¡Que vienen los moros!».

Son, algunos, milicianos auténticos presas del pánico. Son, otros, elementos de la Quinta Columna que pretenden sembrar la desorientación y el desconcierto. La gente, un poco sobresaltada al principio, comienza a reaccionar. No; no llegan aquí los moros. Ni siquiera han puesto aún sus plantas en una sola calle del barrio de Vallehermoso.

Pero no por ello la situación es menos grave. El enemigo está en la Universitaria, ha tomado el parque del Oeste, llega hasta cerca de la plaza de la Moncloa. Amenaza seguir su avance en dos direcciones. Una, hacia la colonia del Metro para llegar a Cuatro Caminos por la ancha avenida de Pablo Iglesias. Otra, irrumpir en el centro de Madrid por el paseo de Rosales, la calle de Blasco Ibáñez y la de Marqués de Urquijo.

Al anochecer del día 15 la situación es dificilísima. No hay fuerzas que mandar. No hay elementos que oponer al avance enemigo. Quitarlos de cualquier otro sector, es dejar éste al descubierto. Pero si no se hace, acaso Madrid esté perdido mañana mismo...

Por fortuna esta misma tarde llegan a Vallecas los hombres de la Columna Durruti. Son cuatro mil luchadores esforzados y decididos; son cuatro mil anarquistas curtidos por cuatro meses de pelea incesante. Han venido de un tirón desde el frente de Aragón. Vienen rotos por el cansancio de un viaje interminable. Pero Durruti dice a Miaja: «A las dos de la madrugada estarán mis hombres en el sitio que se les designe...».

Y se les designa, naturalmente, la Ciudad Universitaria...

Es preciso dividir la columna. Parte marcha a ocupar posiciones en la colonia del Metro. El resto se sitúa en la plaza de la Moncloa, en la calle de Moret, en Rosales, en las entradas del parque del Oeste. Llegan a la hora justa y precisa en que el enemigo, envanecido por la victoria de la víspera, cree segura la conquista de Madrid. Ha concentrado varios millares de hombres en el Clínico, en la Facultad de Ciencias; en la Casa Velázquez, en el Instituto Rubio, en el Asilo María Cristina. Al amanecer del día 16, previo un intenso bombardeo de aviación, los lanza en tromba a la conquista de la ciudad, cuyos arrabales pisan. Avanzan los tanques fascistas; corren tras ellos, aullando, nubes de terciarios y marroquíes. Los hombres de Durruti ansían entrar en combate. No los esperan en los parapetos. Disparan sus fusiles, saltan de las trincheras y se lanzan a su encuentro. El choque es violento, bestial. Hablan las pistolas, estallan las bombas de mano, chocan las bayonetas que se hunden con un siniestro crujir de huesos en el cuerpo del enemigo. Pronto caen las primeras filas de los dos bandos. Otros hombres les sustituyen. La pelea se prolonga, encarnizada, durante varias horas. Al fin, los fascistas, diezmados, retroceden. Los nuestros les siguen con todo su ímpetu. Por asalto se toma el Instituto Rubio. Con energía desesperada se pelea en las cercanías de la Casa Velázquez y la Fundación del Amo. El combate amaina. Los luchadores reponen sus filas. En el suelo han quedado centenares de cadáveres. La Columna Durruti tiene

muchos mártires que sumar a los que cayeron en Aragón. Pero el fascismo, que hoy creía segura la entrada en Madrid, ha visto cerrársele el paso por una muralla de corazones.

No ha pasado todavía el peligro. En Rosales primero, en pleno parque del Oeste después, se pelea con encarnizamiento feroz. A bayonetazos se disputan los árboles, los montículos, los jardines. Truenan los cañones, tabletean sin cesar las ametralladoras, disputan con plomo los fusiles. Las oleadas fascistas pretenden llegar a Rosales. Yagüe envía millares de moros a sustituir a los caídos. El combate torna a adquirir.su máxima violencia. Pasan las horas con lentitud de siglos. Mueren los hombres. Pero el fascismo no pasa...

Anochece el 16 de noviembre. Desde la madrugada se pelea sin descanso ni tregua. Desde la mañana.vuelan sobre Madrid las escuadrillas fascistas. Bombas de cien, de trescientos, de quinientos kilos sobre las rúas de la ciudad. En los barrios cercanos al frente, sobre todo. El cuartel de la Montaña está envuelto en grandes llamaradas. El palacio de Liria, museo creado por el pueblo, arde por los cuatro costados. El barrio de Argüelles empieza a convertirse en un gigantesco montón de escombros. En las calles, agujeros de cinco y seis metros. Sobre las aceras, casas de siete pisos desgarradas por la trilita...

La gente huye del barrio, perseguida por la metralla. Se pueblan las estaciones del Metro, con personas que buscan cobijo contra la aviación. Millares y millares de mujeres y niños no comen ni duermen, espantados por la barbarie. Madrid entero es un tremendo aguafuerte. El combate cercano, el zumbar de los motores, las explosiones de las bombas y el llanto de las mujeres forman un concierto siniestro. Y alumbrando un cuadro de horror, las llamaradas de cien incendios... Es la hora más trágica y triste de la defensa de Madrid. Se respira polvo de incendios y humo de pólvora. Millares de personas aplastadas, bajo los escombros de sus casas. Millares de niños viven en los sótanos y los Metros, con el horror reflejado en las pupilas, con la muerte en el cerebro que no comprende y teme. Italia y

Alemania ensayan, sobre la carne viva de Madrid, los efectos de la guerra totalitaria...

En Guerra, entre las explosiones y los incendios, se sigue anhelante las oscilaciones de la lucha. Miaja recorre los frentes, ve luchar a los anarquistas, admira la bravura indómita de los hombres venidos de Aragón. Por la tarde, llama a Durruti: «Felicita a tus hombres. Así hay que batirse...».

Por la noche, el parte oficial dice: «Nuestras líneas se mantienen inalterables. Los desesperados ataques de varios tabores de regulares han resultado completamente inútiles...».

Prosigue violenta la batalla en torno a Madrid. Se pelea en la Moncloa y en el parque del Oeste, en la Casa de Campo y en la colonia del Metro. La Columna Durruti ha llevado una inyección de entusiasmo y optimismo a todos. Ha levantado la moral con su ejemplo. Ha salvado a Madrid conteniendo definitivamente el avance fascista. En sus filas hay grandes claros. Muchos de los que salieron de Barcelona, no volverán más. Hay también muchos heridos. Entre ellos están dos de los jefes de la columna. Uno, Manzana, tiene una mano destrozada por la explosión de una bomba. Otro, Miguel Yoldi, ha sido herido al lanzarse como un león a la conquista de los parapetos enemigos. Yoldi ha tenido que ser hospitalizado. Manzana, con un brazo en cabestrillo, continúa en la Ciudad Universitaria...

El enemigo, fracasado ayer en su intento de ganar el corazón de Madrid, trata ahora de asegurar sus posiciones en la Ciudad Universitaria. Quiere, ante todo, ensanchar el boquete por donde entró. Es una anchura de un kilómetro que puede cerrarse, estrangulando la cuña metida por los generales traidores. Quiere llegar a Puerta de Hierro, al enlace de la carretera de El Pardo con la que baja de la Dehesa de la Villa. Lanza sus hombres en tromba, por una y otra orilla del Manzanares. Pero esperándole están las milicias confederales del centro. Habla la voz recia y grave de los cañones; estallan como fuegos artificiales las bombas de mano; ladran las ametralladoras. Los alrededores de Puerta de Hierro son un verdadero

infierno. Pero detrás de cada árbol, pegados a los accidentes del terreno, fortificados en cualquier casucha, hay unos hombres de temple. Caen muchos. Otros ocupan sus puestos. Nadie retrocede. Nadie vacila. La pelea es a muerte. Lo han proclamado desde el primer instante. Lo saben desde que abandonaron sus hogares una noche pegajosa de julio. Si ahora llega la hora de morir, a nadie le cogerá de sorpresa.

Por más arriba, a lo largo de la cuesta de la Dehesa de la Villa, tampoco hay paso. Allí están varios batallones confederales y muchos luchadores de la internacional. Son inútiles todos los esfuerzos y todas las tentativas. En Filosofía y Letras, está lo mejor del antifascismo europeo. Los libros de las bibliotecas forman magníficos parapetos. Contra ellos se rompen los esfuerzos de la facción.

Más arriba aún, la colonia del Metro, las calles anchas de la barriada de Vallehermoso, el acceso cómodo y rápido al corazón de la ciudad. Pero aquí, como en la plaza de la Moncloa, como en el parque del Oeste han quedado tendidos centenares de moros y terciarios frente a la bravura ejemplar de los seguidores de Durruti. Ya el primer día, ya el mismo domingo, cuando rota la débil barrera que la columna del PSUC y los batallones de cómicos y deportistas ofrecieron a su avance, creían fácil continuar hacia el interior de la ciudad, sufrieron aquí su primer quebranto. De la Casa de Campo acaban de llegar a uno de estos edificios, con la prisa de cubrir un boquete por donde se colaba el enemigo, veinticinco o treinta hombres. A su frente el «Negus» de Sigüenza, Feliciano Benito y José Villanueva. Con ellos, transportadas a hombros, tres máquinas. Llegaron con el tiempo justo de colocarlas, cuando ocupados ya el Clínico, la Facultad de Ciencias y el Instituto Rubio, avanzaban los moros hacia la avenida de Pablo Iglesias, dando gritos de júbilo triunfal. Los milicianos calmaron sus nervios, dejaron aproximarse la horda, apuntaron bien los fusiles y las ametralladoras. Fue el «Negus» —impetuoso y vehemente— quien dio la orden: «¡Ahora! ¡Fuego!».

La primera fila de asaltantes se abatió de un golpe. La segunda continuó a la carrera hasta ser alcanzada y barrida. Vinieron luego la tercera y la

cuarta y la quinta. Durante varias horas, hasta que llegó la noche, veinticinco hombres y tres ametralladoras contuvieron la presión fascista contra la colonia del Metro. Sin esos hombres, sin su valor, sin su coraje, la noche del domingo la hubieran pasado terciarios y marroquíes en la misma glorieta de los Cuatro Caminos... En la noche del 15 llegaron aquí dos mil hombres de la Columna Durruti. Aquí han peleado y se han batido con parejo heroísmo al de sus compañeros de la Moncloa y el parque. Aquí, frente a la avenida circular, en torno a los hoteles elegantes y coquetones, han quedado muchos cientos de cadáveres enemigos. Aquí se ha formado ya una línea de improvisadas fortificaciones que nunca logrará salvar el fascismo internacional.

Los días 17 y 18 se pelea con encarnizamiento salvaje. La aviación vuela constantemente sobre Madrid. Surgen incendios por todas partes. Argüelles es tan sólo un informe montón de escombros. La artillería dispara sin descanso. La colonia del Metro, la Dehesa de la Villa, Puerta de Hierro, Rosales, la plaza de la Moncloa están envueltas en el humo de las explosiones. Sin cesar llegan a la Ciudad Universitaria nuevas expediciones de moros, civilones y terciarios. Sin cesar emprenden ataques desesperados en todas direcciones. En los parapetos no duerme nadie, no descansa nadie, no come nadie. No hay tiempo para nada. Hay que estar disparando constantemente, lanzando bombas de mano rehuyendo las explosiones de la artillería y la aviación. Trabajan heroicamente los fortificadores. Caen también a montones como los milicianos. Pero rápidamente surgen líneas de admirable defensa. El 18, después de tres días de pelea épica, Durruti puede resumir la situación ante el Estado Mayor: «El peligro ha sido cortado. Por este sector tampoco podrá avanzar el enemigo. Seguiremos luchando con violencia enorme. Pero Madrid puede estar seguro de que ni por Rosales, ni por la Moncloa, ni por Cuatro Caminos el enemigo podrá entrar en él...».

En Guerra se comprende mejor que en ningún sitio toda la magnitud del esfuerzo realizado. Si las fuerzas de Durruti no llegan a tiempo, si no se baten con heroísmo incomparable en la madrugada del día 16, Madrid

hubiera caído sin remedio. No había quien pudiera contener al enemigo que pisaba ya la calle de Cea Bermúdez, la plaza de la Moncloa, el mismo paseo de Rosales. Con abnegación y bravuras parejas a la de aquellos milicianos improvisados de la noche del 6, Durruti ha salvado Madrid. Pero no basta. La Ciudad Universitaria es una cuña peligrosa, una posición adentrándose en puntos vitales de la población mártir. Mientras subsista, el peligro es gravísimo. Hay que cortarlo como sea ya costa de lo que sea. Los fascistas ocupan el Clínico, la Facultad de Ciencias, la Casa Velázquez, la Escuela de Arquitectura, el Asilo María Cristina. Miaja dice a Durruti: «Está bien lo que se ha hecho. Pero hay que tomar cuanto antes toda la Ciudad Universitaria...».

Durruti prepara el asalto a los primeros edificios. Está con sus hombres, y parte de las milicias confederales del Centro, en la colonia del Metro. Frente a él, la Facultad de Ciencias y el Clínico, dos enormes moles de piedra convertidas por el fascismo en fortalezas inexpugnables. Al fondo, al otro lado del río, el Garabitas, desde donde los cañones fascistas baten las posiciones leales. En tomo a Durruti, junto a Manzana con el brazo en cabestrillo, hombres curtidos con los ojos hinchados por tres noches sin dormir, con los músculos doloridos por el cansancio de un largo viaje y sesenta y dos horas de pelea incesante. Están materialmente tronchados, rotos, deshechos. Pero nadie protesta ni pide el relevo. Algunos, mientras se ultima el asalto, duermen tumbados en el suelo. Otros, tirados junto ala tapia que circunda la colonia, esperan pacientemente la orden.

Ahora habla la artillería. Los cañones del Garabitas bombardean furiosamente la colonia del Metro. Una batería del 7,5 nuestra, enfila sus tiros sobre la Facultad de Ciencias. Algunos tiros van altos; otros se estrellan contra el muro sin conseguir atravesarlo. Pocos, muy pocos, producen el efecto deseado. Durruti se impacienta. Dentro del edificio, bien parapetados, hay gran cantidad de fascistas. Se les ve disparar sus fusiles desde las troneras, manejar rápidamente las ametralladoras. Entre los hombres que esperan la orden de asalto, comienzan a contarse bajas. No se

puede esperar más. Durruti grita: «¡Ha llegado la hora! ¡Adelante, muchachos!».

Es difícil la empresa. En la Ciudad Universitaria hay, como mínimo, cinco mil fusiles fascistas y doscientas ametralladoras. Están esperando el ataque. Sobre los hombres que cruzan la tapia cae una verdadera lluvia de fuego. Las balas barren materialmente las líneas. ¡Y hay que avanzar a pecho descubierto, bajar a la carrera un talud, cruzar un espacio llano, llegar hasta el edificio y abrirse camino con bombas de mano! Pero los hombres cumplen con su deber. Saltan los parapetos, se tiran de cabeza por el desmonte, corren por la parte llana, con el fusil en la izquierda y una bomba en la mano derecha. Las ametralladoras y los fusiles del Clínico cruzan sus fuegos con los de Ciencias. Hay una zona que es materialmente imposible atravesar. Los que llegan a ella, dan un salto y quedan tendidos en el suelo. Los demás retroceden, perseguidos por la metralla.

Durruti está furioso. Reúne a sus hombres de nuevo. Les habla con voz exaltada, con ademán nervioso: «¿Pero vais a retroceder? ¿Para eso habéis venido de Aragón?». Luego cambia de tono. Arenga: «Que no se diga que retrocedemos; que nadie diga que huimos. Los hombres de la CNT, los aguiluchos de la FAI tenemos que dar el ejemplo al mundo».

Nuevamente se emprende el ataque. Nuevamente hay que retroceder al llegar a la misma zona. Durruti ya no arenga. Deja descansar a los hombres unos minutos. Después grita: «¡Voy en cabeza! ¡Los que sean hombres que me sigan! ¡Viva la FAI!».

Se lanza como un león hacia el edificio de Ciencias. Tras él como movidos por un resorte, todos los hombres. Tienen que saltar por encima de los compañeros caídos en los asaltos anteriores. Tienen que saltar por encima de los compañeros que les preceden y que caen pesadamente, alcanzados en plena carrera por una ráfaga de ametralladora. Pero ya nadie piensa ni repara en nada. ¡Durruti va delante! ¡Con Durruti, a la victoria o a la muerte, tienen que ir todos!

Nada hay que pueda contenerles. Ya están en la zona de peligro máximo, en el terreno infranqueable donde murieron los ataques anteriores. ¡Pero y quién se fija en ello! Un centenar de hombres se abate en menos de un segundo. Los demás continúan. Ya están junto a los edificios. En el Paraninfo cercano, cuatro máquinas vomitan metralla. En el hall hay un enorme parapeto de sacos terreros y dos ametralladoras que tiran sin descanso. Una bomba de mano. Otra. ¡Otra! El parapeto se derrumba con estrépito. Durruti entra como un alud seguido de sus hombres. La pelea no ha terminado. La lucha no ha hecho más que comenzar. Ahora se combate duramente en el interior. En el hall, primero. En la escalera, después. En los pasillos, en los sótanos, en los pisos altos, en todas partes...

La lucha tiene una ferocidad increíble. Nadie pide ni otorga cuartel. Estallan las bombas de mano que derriban tabiques. Hablan los fusiles y las pistolas. Se recurre a los cuchillos ya las culatas de los fusiles utilizadas como grandes mazas. Se pelea cuerpo a cuerpo. Mueren los contrincantes estrechamente abrazados. Se gana centímetro a centímetro el edificio entero. Durruti marcha en cabeza, seguido por millares de hombres decididos a todo. Durante horas enteras, la contienda sigue en el interior, mientras afuera ladran las ametralladoras y explotan los obuses; mientras Madrid se retuerce bajo las bombas de la aviación italogermana...

Al anochecer, la lucha concluye en la Facultad de Ciencias. Ni uno solo de sus defensores ha podido escapar. Ni uno solo ha quedado con vida. Se hace, rápido y nervioso, un recuento de bajas. La columna Durruti ha perdido seiscientos luchadores. Los fascistas han abandonado en el campo de lucha mil trescientos cadáveres...

Por la noche Durruti acude a Guerra. Todos conocen su magnífica hazaña, el valor extraordinario de sus hombres. Todos felicitan a quien ha sido capaz de llevar a cabo el asalto de la Facultad de Ciencias. Pero hay quien no ha visto la lucha de cerca, quien no conoce sus dificultades, quien cree que todo es fácil y hacedero. Con voz chillona interrumpe a Durruti: «¿Pero todavía no habéis tomado toda la Ciudad Universitaria?». Durruti le

mira con rabia y desprecio. Se pone en pie. Como un salivazo, lanza: «¡Mañana tomaré el Clínico!...».

Durruti duerme junto a sus hombres en la Facultad de Ciencias. Está obsesionado por la conquista del Clínico. El Clínico es aún más alto y más fuerte que el edificio conquistado la jornada anterior. Los fascistas están, además, advertidos. Saben que frente a hombres del temple de Durruti la resistencia es difícil. Durante toda la noche acumulan hombres y material en el Clínico. Durante doce horas se preparan concienzudamente para resistir el asalto, instalan un centenar de ametralladoras más. Refuerzan la guarnición del edificio. Preparan minas. Colocan varios cañones antitanques. Hacen acopio de bombas «laffite», y esperan, con inquietud, con nervosismo, que la mañana llegue...

Cuando la mañana llega, Durruti ha distribuido ya sus hombres. Una parte está en la Facultad de Ciencias. El resto, tumbados en el suelo, en lugares resguardados de las ráfagas de ametralladora, forman un amplio semicírculo en torno al Hospital Clínico. La mañana comienza con pelea dura. Todavía no se da la orden de asalto. Pero ya la artillería y los fusiles entablan un violento diálogo. Desde el Garabitas se envían centenares de obuses sobre nuestras líneas, sobre la Facultad de Ciencias, sobre Filosofía y Letras, sobre el Asilo de Huérfanos Ferroviarios, sobre la Puerta de Hierro. Desde el Campo de las Calaveras y la Dehesa de la Villa, nuestras baterías concentran sus fuegos en los edificios de la Universitaria y los puntos de acceso. Es un combate encarnizado. En Ciencias, Durruti se pasea esperando impaciente la hora convenida para iniciar el ataque. De pronto dice: «¡Voy a ver cómo están colocados los hombres!».

Fuera hablan las ametralladoras que barren los campos. Durruti no teme a las balas. Monta en su coche y sale disparado por una calle que, partiendo de Ciencias, pasa por las proximidades del Clínico.

A doscientos metros de la Facultad de Ciencias, a cien escasos del Clínico hay una casucha de ladrillos que servía de cantina a los trabajadores de la Universitaria. Resguardados tras ella de las balas del Clínico, diez

hombres de una de las centurias, esperan el momento de ataque. Durruti ordena al chófer: «Para un momento...».

Las balas silban en todas direcciones, Durruti se apea del coche, avanza hacia el lugar en que esperan sus hombres. A mitad de camino, en el borde mismo de la calle, una bala del Clínico hiere a Durruti. Le entra por el costado derecho, le atraviesa los dos pulmones. Durruti da dos pasos y cae pesadamente en tierra.

Los compañeros le recogen, le meten en el coche, salen rápidamente hacia donde le puedan curar. Las ráfagas de ametralladora siguen pasando por encima del coche, como salvas disparadas por los propios fascistas en honor de quien fue su mayor enemigo...

Durruti no ha muerto aún. Pero la noticia del accidente corre las líneas, provocando el dolor en las filas leales. A muchos ojos se asoman las lágrimas. Hombres de temple acerado lloran como chiquillos. Los fusiles se disparan con furia redoblada...

En una cama del Hospital del Ritz está Buenaventura Durruti. Aún vive, Pero la herida es mortal de necesidad. Su corazón de atleta se resiste a dejar de latir. Durruti, inconsciente, delira. Sueña con el ataque al Clínico, con el asalto triunfal, con la herida que corta su paso en la mitad del avance. Siente que un rostro amigo se inclina sobre él. Con un esfuerzo supremo abre los labios para murmurar penosamente: «... y di a los compañeros que sigan...».

Son sus últimas palabras. Por la tarde, sin recobrar el conocimiento, muere. y los compañeros, todos los compañeros, cumplen su mandato póstumo. Todos siguen luchando. Todos continúan en primera línea. Hasta el triunfo final. Hasta aplastar al fascismo...

En torno al cadáver del héroe muerto están quienes siempre pelearon a su lado. Está Manzana, está Mera, está Val, está lsabelo... Hay en todos los

rostros un rictus de amargura, un gesto desesperanzado, lágrimas que pugnan por escapar de los ojos hinchados por el insomnio.

Llega Miaja. Viene emocionado, dolorido. Por un momento contempla en silencio los restos del titán, su pecho de atleta manchado aún con la propia sangre, su gesto sereno en la muerte. Luego, inclinándose, le besa en la frente. Cuando se yergue de nuevo, una lágrima corre por sus mejillas. Con voz balbuceante dice: «¡Ha sido un valiente!».

Mera tiene que llevar la triste noticia al Gobierno, a nuestros ministros, a los compañeros de Levante y Cataluña. Durante la noche, con el dolor en el alma, cruza rápido los campos de Castilla, los pueblecitos terrosos que aún ignoran la muerte del luchador. Al amanecer está en Valencia. Quiere dar, antes que a nadie, la mala nueva a Federica, que salió de Madrid en la noche del 19. Entra en el Hotel Metropol, llama a la puerta del cuarto. Federica abre, ve el rostro contraído de Mera, se alarma: «¿Qué ocurre?». «Han herido a Durruti...» «¿Grave?» Cipriano vacila un momento. Se le ve luchar consigo mismo. Luego, pasándose la mano por la boca, rudo y sincero: «Ya no hay remedio, Federica. ¡Está muerto!».

Federica llora sobre la cama. Admira y quiere a Durruti. Ha sido quien, contra la opinión de García Oliver, convenció a la organización de que debía venir a luchar en Madrid. Se desespera pensando que quizá sus consejos han empujado al héroe a la muerte... Se serena un poco. Quiere conocer más noticias. Inquiere detalles: «Pero, ¿cómo ha sido eso?».

Mera hace, lentamente, su relato. Cuenta el valor de Durruti, el asalto a la Facultad de Ciencias, el balazo que cortó su vida frente al Clínico. Federica siente un temor repentino por la vida de los que quedan, por este otro héroe tallado en la fibra de un labriego castellano que tiene ante sí. Dice: «¡No hagas locuras tú ahora, Mera! Vamos a perder lo mejor de nuestros hombres. Guardaos un poco. No seáis temerarios...». Cipriano la mira unos minutos en silencio. Luego, encogiéndose de hombros, replica con tremenda sinceridad: «¿Pero no ves, mujer, que hay que ir delante para que los demás sigan?». (Así han ido siempre los líderes confederales. Así

cayó Ascaso. Así murió Teodoro Mora. Así pereció Durruti. Así marchará en todo momento Cipriano Mera. Nuestros generales no mueren en la cama...) García Oliver conoce la noticia. Se desespera. Luego dice al Comité Nacional: «¡Buscad otro ministro de Justicia! Yo me marcho a Madrid a ocupar el puesto que Durruti deja vacío...».

Durruti ha muerto. Pero el fascismo ha pagado su muerte con la pérdida de Madrid. En la Facultad de Ciencias, en el Instituto Rubio, en la plaza de la Moncloa y en el parque del Oeste los hombres que vinieron acompañando al héroe limaron las garras de la bestia negra. Tabores enteros de regulares, banderas completas del Tercio, centenares de tricornios charolados, lo más florido de las juventudes navarras cayó para siempre bajo el plomo del pueblo. La Ciudad Universitaria fue en la noche del 15 una amenaza terrible para Madrid. Pudo ser el hundimiento de nuestra moral, la derrota, el desastre. Por fortuna, Durruti llegó a su hora. Hubo de pelear hasta caer con el pecho cruzado por un balazo. Pero su sacrificio salvó la ciudad, la revolución, España. La Ciudad Universitaria ha sido el cementerio donde se enterraron las mejores tropas de choque de la invasión. y todo ¿para qué? Mientras se creyó posible avanzar, penetrar en Madrid, abrir brecha en dirección a Cuatro Caminos o la plaza de España, todo estaba justificado. Ahora, no. Ahora sólo se tienen unos cuantos edificios, un paso angosto, una dificultad más en este intrincado frente que rodea la ciudad mártir.

Hay entonces —21 o 22 de noviembre— una reunión de generales facciosos. Franco —los amos presionan tras la cortina— ataca a Yagüe y Varela: «No habéis sabido atacar...». Los traidores se defienden: «No nos quedan fuerzas de choque. Las otras, las peninsulares, no sirven para nada...».

No hay acuerdo posible. Varela y Yagüe son destituidos. Aparecen militares de segunda fila al mando de las tropas. No son más que marionetas. Detrás de ellos, manejando los hilos, están Francisni, Bastio o von Faupel. Franco habla con el embajador de Italia: «Hasta ahora nos

bastó con el material y los técnicos. Hoy necesitamos, también, soldados...».

¿Lo ha dicho Franco realmente o no ha hecho más que repetir una lección aprendida de memoria? Nadie lo sabe. Pero sí que antes de que hablen ya han partido del muelle de Nápoles varios buques transportando tres divisiones de «Camisas Negras»...

Pero Madrid, frente y retaguardia, conserva íntegra su serenidad. Nada ni nadie podrá impresionarles. Nadie ni nada sembrar el terror entre ellos. Es inútil que los aviones de la traición continúen sus raids,' inútil que descarguen su metralla sobre las calles céntricas; inútil que sobre el adoquinado se formen charcos de sangre y las casas se derrumben con horrible estrépito. Los madrileños se muerden los labios, aprietan los puños, blasfeman o maldicen. Como máximo, gritarán: «¡Madrid podrán destruirlo, pero nunca tomarlo!».

Todavía hay quien se refugia en los sótanos, quien duerme en los Metros, quien busca aterrado la huída de una ciudad donde la muerte ronda. Pero son muy pocos. Las autoridades tienen que esforzarse en convencer a las mujeres de que deben evacuar Madrid. Convencen a pocas ya las pocas que convencen regresan como pueden —a pie, escondidas, de noche, acampo traviesa— a los quince días. En las calles se forman grandes grupos para contemplar los aviones, para presenciar la pelea épica de nuestros primeros «chatos» contra los Junkers y los Cappronnis. Más de una vez una bomba ha caído en el centro del grupo; en varias ocasiones los cazas enemigos descendieron para ametrallar las calles. Las autoridades tienen que tomar medidas, que anunciar la detención de quienes no acuden a los refugios, de los que formen grupos de suicidas en las calles. No consiguen nada. Los milicianos encargados de obligar a utilizar los refugios, son los primeros en ponerse en mitad de las plazas para seguir las peripecias de la lucha aérea, y forman también entre los que se ríen a mandíbula batiente cuando algún individuo, frente al peligro aéreo, corre afanoso buscando donde guarecerse.

Así, con este espíritu, con ese entusiasmo, con una elevada moral, Madrid se salva. Los combatientes tienen tras ellos, a pocos pasos de las trincheras, una población alegre, decidida, resuelta. Se corren muchos peligros. Se pasan grandes privaciones. Se carece de lo más indispensable. ¡No importa! Para cada contrariedad hay un chiste, para cada dolor una burla mordaz contra los prudentes que emprendieron a tiempo el camino del Levante feliz...

La máxima violencia de la lucha se ha desplazado de nuevo a la Casa de Campo. La Ciudad Universitaria no es campo adecuado para grandes batallas. Las trincheras y los edificios están muy cercanos. Se pelea con dureza. Se traban combates a fuerza de bombas de mano, de morterazos; se empieza a trabajar en la construcción de minas. Pero las líneas continúan inalterables. En la Casa de Campo se lucha con la misma fiereza de antaño en los mismos sitios. Los alrededores del nuevo Hipódromo, la Casa de Vacas, la carretera de Castilla, las estribaciones del Garabitas, son testigos de un combate incesante. Se pelea día y noche, sin descansos ni pausas, en un flujo y reflujo constante de las fuerzas atacantes que buscan a la desesperada abrirse paso hacia la carretera de la Coruña. Pero allí están, con la misma decisión del primer día, resueltas a vencer o morir, las milicias confederales. Seis batallones —Mora, «Juvenil Libertario», Ferrer, Orobón Fernández, Toledo y Sigüenza— inscriben con letras de oro sus nombres en el libro glorioso de la epopeya de Madrid. y con ellos, a su frente, comienza a cobrar relieve simbólico, categoría de mito, contornos heroicos, la figura de un albañil: Cipriano Mera.

Las milicias confederales que pelean en la Casa de Campo tienen dos jefes. Uno es el comandante Miguel Palacios. Otro es el militante anarquista Cipriano Mera. Mera salió de la cárcel el 19 de julio, entró en la Montaña y Campamento, conquistó Alcalá y Guadalajara, llegó hasta Alcolea del Pinar, peleó en Somosierra y Gredos. En cien combates distintos se ha cubierto de gloria su nombre. Pero hasta ahora no trascendió a las multitudes, no tuvo la aureola triunfal que acompañaba y precedía a Buenaventura Durruti. En la Casa de Campo, a la muerte del héroe, la figura seca y terrosa de Mera, se

eleva por días. Se eleva sobre sus propios méritos. Se eleva marchando en cabeza en los momentos críticos, ocupando un lugar en los parapetos, manejando las bombas de mano y el fusil ametrallador, orientando, dirigiendo, llevando sus hombres a la resistencia que es la victoria.

Un hombre de la Internacional, un cerebro claro, el general Kleber, manda el sector de El Pardo. Kleber admira el ejemplo luminoso de Buenaventura, y Kleber conoce y mide el valor de Cipriano. Sabe de su serenidad, de su energía y de su arrojo.

Sabe de la fe con que le siguen sus hombres. En cierta ocasión dirá: «Para estos hombres el imposible no existe. Si Mera o Palacios les dan una orden, la cumplirán. Podrá ser absurda, descabellada, irrealizable. Pero si de los labios de Cipriano sale, las milicias confederales harán lo que les manda...».

Cipriano ha visto caer a Mora y a Durruti. Cipriano espera, quizá, que cualquier día una bala se cruce en su camino. Pero está siempre en su puesto. «Tenemos que ir en cabeza», ha dicho a Federica, «para que los demás nos sigan.» En cabeza marcha él. Las balas silban a su alrededor. ¿Cómo no le dan? Casualidades. Él no rehuye el peligro. Si la metralla le alcanza un día no le cogerá de sorpresa...

En torno a Cipriano, el valor y la entereza de los hombres crece y aumenta. Cada uno vale por diez; cada batallón por una brigada; la columna, por todos los tercios y tabores que contra ella quiera arrojar el invasor. Los hombres de la CNT cubren ahora un frente extenso. En la Ciudad Universitaria y en la Dehesa de la Villa están los restos de la Columna Durruti. Enlazando con ella, los hombres de Mera y Palacios. Más arriba la Columna «España Libre» que, luego de la defensa de Carabanchel, ha venido a sustituir a unos batallones de la internacional. Es un frente de hierro. El enemigo golpea con insistencia por todas partes buscando punto flaco. En todas partes es rechazado con energía durísima. El día 30 de noviembre reúne sus gentes y se lanza a una ofensiva a fondo en toda la línea. Pero la ofensiva fracasa estrepitosamente. En el sector de Pozuelo, el

ataque comienza a las siete de la mañana. Contra una posición que guarnece un batallón de «España Libre», lanza el enemigo sus tanques y su infantería, que son rechazados; más tarde, cuatro escuadrones completos de caballería mora. Las ametralladoras funcionan a la perfección. Los caballos corren a la desbandada mientras los jinetes quedan en el suelo. El ataque termina con las primeras horas de la noche. El enemigo ha sufrido un nuevo desastre. Como el 9 de noviembre, las milicias confederales siguen cerrándole el paso...

La batalla de Madrid sirve de elocuente y dolorosa experiencia a todos. Para triunfar no bastan las milicias de partido, con toda su abnegación y todo su heroísmo. Igual que en agosto hubo que pasar del pueblo en armas a las milicias, ahora hay que salvar la distancia que separa a las milicias del Ejército Popular. No es fácil conseguirlo. En teoría todos estamos de acuerdo. En la práctica, falta sinceridad, nobleza, espíritu de sacrificio, lealtad. Los políticos atruenan los oídos con una consigna: «Mando único». ¿Lo quieren realmente? Sí, con tal, naturalmente, de que sean ellos quienes encarnen el mando. De otra manera, no. De otra manera crearán obstáculos, buscarán dilaciones, plantearan inconvenientes. Es inútil que la confederación presente el ejemplo de su actuación. Es inútil que pida a todos el cumplimiento en privado de las promesas formuladas en público. El mando único no pasa aún de ser una consigna; el Ejército regular, una ilusión remota.

Pero el Comité de Defensa quiere ir preparando, con rapidez y eficacia, la creación del futuro Ejército, aumentando al mismo tiempo los recursos y posibilidades de las fuerzas que tenemos en los frentes. Ya Val, hablando con Durruti, había dicho: «Hay que terminar con la relativa autonomía en que viven nuestras columnas; necesitamos centralizar los mandos...».

En Val la acción está siempre muy cerca, cuando no la precede, de la palabra. Al hablar con Durruti tenía ya trazado su plan. A poco de morir Buenaventura lo llevaba a la práctica. Antes de finalizar noviembre, se ha logrado centralizar, unificándolas, todas las milicias confederales que operan en los frentes de Madrid.

Son muchos los hombres de la organización que pelean en el centro. Están en primer lugar los seis batallones que mandan Mera y Palacios en la Casa de Campo. Está la Columna «España Libre». Están los luchadores que vinieron con Durruti. Están varias centurias de las columnas «Tierra y Libertad» y Amor. Están los batallones que pelean en Albarracín y Guadalajara, vigilando cualquier sorpresa que el enemigo intente. Y, por ultimo, los varios millares de andaluces que a toda prisa constituyen la Columna «Espartacus», sin contar compañías y batallones enteros que pelean en unidades republicanas o marxistas ni muchos centenares de compañeros encargados de los servicios auxiliares de Transporte, Sanidad, Transmisiones, Intendencia y Antigás.

Un día Val habla con los jefes de todas las unidades: «No podemos seguir como hasta aquí. El mando único no es tan sólo una consigna para nosotros. Desde hoy quedan unificadas todas las milicias confederales del centro, con un Estado Mayor que coordine y dirija sus operaciones...».

El Estado Mayor confederal se instala en la calle Salas. A su frente, dos hombres de solvencia en la organización confederal y dos militares de confianza, dos técnicos de capacidad probada, que en los campos de batalla han demostrado su amor por la causa del pueblo. Por la noche, CNT escribe: «La confederación da una vez más el ejemplo unificando sus columnas. Ahora esperamos que nuestra labor sea superada, por la constitución de la milicia y del mando único —Ejército regular, dicho sea en otras palabras— según la voluntad y el deseo de toda la España antifascista».

En Húmera está la columna de carabineros que manda José María Galán. Por Húmera ataca el enemigo con enorme violencia en la noche del 29 de noviembre. Durante unas horas los soldados del pueblo resisten bien. Luego tienen que ver cómo el enemigo rompe sus líneas, penetra en cuña entre Húmera y Boadilla, ocupa el cementerio de Pozuelo y las primeras casas del pueblo. El avance reviste peligro. Puede llegar hasta la carretera

de la Coruña y cortar las comunicaciones con la sierra. Consigue ocupar posiciones fuertes en el Sanatorio de Húmera y en el Molino del Viento.

En la tarde del 30 acuden varios batallones de refuerzo. Entre ellos van los hombres de las milicias confederales. Durante varias horas se pelea duramente, se contiene la presión enemiga, se contraataca arrancándole parte de las posiciones conquistadas.

Pero no es ésta la ayuda más eficaz. Lo más práctico es atacar por un sector cercano. Las milicias confederales parten de sus posiciones cercanas al Garabitas, para avanzar dos kilómetros en violento ataque hasta conquistar la Casa Quemada. Es ahora el enemigo quien se encuentra en peligrosa situación. Si nuestro avance continúa, puede quedar aislado el Garabitas y en difícil situación todas las fuerzas que operan por Húmera y Pozuelo. Tiene que concentrar sus elementos en la Casa de Campo, abandonar el ataque emprendido, lanzarse con toda violencia contra las milicias confederales. Durante todo el día 1 se combate con intensidad enorme en la Casa Quemada. Moros y legionarios avanzan en oleadas sucesivas que se rompen bajo el fuego de nuestras ametralladoras. En la batalla se emplean todas las armas. Intervienen fuertemente la aviación y la artillería. Se llega incluso a la pelea al cuerpo a cuerpo. Casa Quemada tiene que ser abandonada. Como contrapartida, la facción ha perdido el cementerio de Pozuelo y el Sanatorio de Húmera.

Vienen, después, unos días de calma. La pelea se estabiliza. Se suceden los tiroteos sin importancia. A todo lo largo de las líneas cercanas a Madrid, hablan con largos intervalos las ametralladoras. La aviación vuela y descarga sobre los barrios extremos, perseguida de cerca por nuestros «cazas». Tres batallones de las milicias confederales —Mora, «Juvenil Libertario» y Orobón Fernández— son sustituidos por nuevas formaciones libertarias en la Casa de Campo. Los tres batallones han permanecido un mes en primera línea, sin una sola hora de descanso. Los tres han sufrido pérdidas enormes. Del «Juvenil Libertario» apenas quedan ochenta hombres. Los tres batallones —que en conjunto no suman ya ni los efectivos que debiera tener uno— van a descansar y reorganizarse en la

provincia de Cuenca. Los tres batallones serán la base de tres brigadas gloriosas, de una división que inscribirá orgullosa su nombre en las hazañas de Albarracín y Teruel...

Momentáneamente la calma se rompe el 16 de diciembre. En Boadilla hay tres batallones —Prieto, Asturias y «Campesino»— excesivamente confiados. El enemigo ha recibido refuerzos italianos. Y la primera hazaña de las divisiones de «Camisas Negras» es lanzarse, precedidas por una nube de tanques, apoyados por la aviación y la artillería, al asalto de Boadilla del Monte. Entre las fuerzas leales prende la desmoralización. El invasor ocupa el pueblo. Tres batallones de la Internacional y algunas fuerzas confederales, logran cortar sus intentos de proseguir el avance...

En plena lucha, sin dejar de combatir contra el enemigo, se opera lentamente la transformación de las milicias en Ejército Popular. Las viejas columnas cambian de nombre y estructura para convertirse en brigadas mixtas. Al principio el cambio no es más que nominal. Todo, salvo el nombre, continúa igual que antes. Poco a poco la variación es más profunda. Se ha visto combatir a las brigadas internacionales. Se ha comprobado que, con el mismo heroísmo, con idéntico derroche de energías, la organización permite alcanzar una eficacia centuplicada. En nuestras milicias aparecen los mandos militares estructurados de acuerdo con las órdenes del Ministerio de la Guerra. Los jefes de batallón se transforman en comandantes; los responsables de las centurias en capitanes; aparecen los primeros cabos y sargentos. Las milicias confederales que mandan Palacios y Mera se convierten en la Brigada «X». Miguel Palacios es el jefe militar. Cipriano Mera el delegado general. Eusebio Sanz, Ciriaco, Román, Gil, Saavedra, toman el mando de los batallones. Feliciano Benito, Carlos Sanz, Villanueva y Adrados figuran entre los comisarios.

Pero la transformación de las milicias en ejército, no impide la formación de nuevas columnas de voluntarios. La CNT ha organizado rápidamente la Columna «Espartacus». Está integrada por militantes andaluces, por hombres que pudieron escapar a la barbarie fascista, por antifascistas de temple que anhelan reconquistar el terreno perdido frente a

la invasión extranjera. En la columna figuran hombres de temple que ya se batieron en muchos frentes. Están, entre otros muchos, Sabín, Luzón, Molina, Vimes, Pedraza, Acracio. Fue preciso dar más amplitud a la columna de lo que en un principio se pensó. A ella acudieron varios millares de hombres. Fue preciso incluso dividirla en dos grandes núcleos. Uno, mandado por Sabín, marchó en un momento crítico a ocupar las trincheras del barrio de Usera. Otro, con Luzón a la cabeza, combatió duramente en los sectores de la Universitaria.

Y fue recorriendo las trincheras de la «Espartacus», donde murió un gran luchador antifascista: Nicolai Wolpiansky. Es un francés que ha venido a pelear con nosotros en defensa de la libertad. Es capitán de Estado Mayor de las milicias confederales. Un día, acompañado de Mera y Luzón, recorre unos parapetos cercanos al Clínico. Las cabezas asoman por encima de los sacos terreros. Las balas silban a su alrededor. Nadie se agacha. Un balazo se estrella en la frente de Nicolai Wolpiansky...

Muere en unos días de calma relativa en que los partes no registran novedad alguna. En Valencia la gente ríe alegre y feliz. En Madrid mismo todo el mundo está contento. Nadie cree que en los frentes pase nada. Pero el día del entierro de Wolpiansky, Kleber leerá una lista aterradora de hombres nuestros, de luchadores libertarios caídos en estas jornadas cuando la radio repetía con terrible monotonía: «Sin novedad en todos los frentes...».

La relativa calma se rompe bruscamente al finalizar el año. El 31 de diciembre el enemigo se lanza en dos bruscos ataques a la conquista de nuestras líneas en la Universitaria. «Espartacus» aguanta firme la embestida fascista y el campo queda sembrado de civilones y requetés. Pero el combate se ha extendido a todas las líneas de la Casa de Campo. Cerca de Aravaca la lucha adquiere su máxima violencia. Un batallón enemigo pretende avanzar amparado en la oscuridad de la noche. Nuestros hombres lo descubre, y la mayoría muere antes de poder pensar en emprender la huída. Los dinamiteros de la Columna Durruti se internan, arrastrándose, en campo enemigo. Llegan hasta Casa Quemada. Dentro hay un grupo

numeroso de falangistas que se creen seguros. Las bombas de mano empiezan a llover sobre la casa. Pronto es un montón de escombros. Los fascistas que la ocupaban mueren.

Mas, si el 31 de diciembre hay lucha en todos nuestros frentes, hasta el día 3 de enero no comienza la ofensiva a fondo preparada por el enemigo. El mando extranjero ha tomado bien todas las medidas. Quiere que esta ofensiva le permita lo que no consiguió con las otras: penetrar en Madrid. En Boadilla, en Húmera, en Brunete, en la Casa de Campo ha concentrado más de cuarenta mil hombres de refresco. Son regimientos de la Reichwehr recién desembarcados en Pasajes; una división de «Camisas Negras»; varias jarkas rifeñas, unos cuantos tabores de regulares, tres banderas del Tercio y algunos regimientos peninsulares. Tiene también tanques, aviación y artillería en abundancia.

El primer ataque se realiza partiendo de Boadilla en dirección a Majadahonda. Dos batallones —Pacífico y Madrid— guarnecen el sector. Bajo la lluvia de metralla pierden la cabeza y huyen a la desbandada. El enemigo avanza sin encontrar obstáculos. Por la noche entra en Majadahonda. Al día siguiente conquista Las Rozas y logra cortar la carretera de la Coruña. Hay un momento de absoluta desorganización. Nadie sabe qué hacer; nadie mide con exactitud el avance enemigo. El comandante Toral, que pretende pasar en auto por la carretera, tiene que dejar abandonado el coche y escapar a campo traviesa, perseguido de cerca. Las columnas de las cercanías —mandadas por Burillo, Nino y Moriones— reaccionan con lentitud y poca eficacia frente al peligro. El desconcierto gana los espíritus. El fascismo avanza. Durante todo el día 6 no se acierta contener su empuje. Bajando por la carretera de la Coruña, avanzando desde Majadahonda, las hordas fascistas penetran en El Plantío. Por la noche rodean Pozuelo y copan a las fuerzas del Batallón Martínez Barrio que lo defendían. Durante la noche continúan sin verdaderos obstáculos su ofensiva, y al amanecer están ya frente a las tapias que rodean El Pardo. El objetivo fascista está claro ya. Es el mismo que persiguieron otras veces sin resultado: rodear Madrid por el oeste y el norte, cortar las comunicaciones

con la sierra, dejarle sin agua. El camino se ofrece ahora ante ellos más fácil que nunca. Han avanzado desde Boadilla sin hallar resistencia. Las tropas leales no parecen en condiciones de reaccionar. Cruzar El Pardo será fácil, y fácil penetrar en Madrid por los sitios donde no existe fortificación de ningún género...

Pero el obstáculo surge donde menos lo esperan. La tapia de El Pardo no es alta ni fuerte. No tiene aspecto de fortaleza ni de muralla. Basta un empujón fuerte para derribarla en cualquier sitio. Pero detrás de las tapias están los hombres de la CNT, las milicias confederales, los luchadores que acaudillan Mera y Ricardo Sanz, que ahora ocupa el puesto que Durruti dejó vacío, y contra las tapias de El Pardo se rompe la ofensiva enemiga. Ataca el enemigo en tromba, precedido por la aviación y la artillería, acompañado por catorce tanques. Nuestros hombres les dejan acercarse. Luego hablan las ametralladoras y las bombas de mano. Durante todo el día 7 se pelea sin tregua ni descanso en los alrededores de la tapia. Hablan sin cesar los cañones, los fusiles, explotan las bombas de mano y zumban los motores de la aviación. Los ataques del enemigo se enlazan sin interrupción. Después de cada uno, aumenta el número de cadáveres abandonados.

La noche abre un paréntesis en la dureza del combate. A la madrugada la batalla comienza con mayor violencia que el día anterior. El enemigo prepara el ataque a fondo, exasperado por el obstáculo que se levanta en su camino de triunfos. Los cañones alemanes tiran sin cesar durante varias horas contra las posiciones leales. Pero cuando se lanzan al asalto, todos los intentos se estrellan. El Ferrer y la Columna Durruti están en sus puestos con la misma firmeza que ayer. Caen muchos de nuestros hombres. No importa. Del enemigo caen muchos más. Seis nuevos tanques enemigos se inclinan sobre un costado heridos por nuestras bombas de mano. La facción no avanza un solo paso. Los primeros centenares de teutones han caído en las tierras de España...

Un Heinkel ha sido abatido en terrenos de El Pardo. El piloto se salva tirándose en paracaídas. Corren nuestros hombres a detenerle. El piloto

levanta los brazos indicando que se entrega. Cuando los compañeros se acercan confiados, el alemán grita: «¡Heil Hitler!». Y empieza a disparar con una pistola ametralladora. Los milicianos no se inmutan. Manejan certeramente sus fusiles. El teutón se derrumba cosido a balazos...

Al llegar la noche se hace un rápido recuento. La jornada ha sido dura. Doscientos hombres del Ferrer y Durruti han muerto; otros tantos han tenido que ser enviados al hospital. Pero toda la tapia sigue en nuestro poder. Y delante de ella hay más de mil cadáveres que no ha podido retirar el invasor...

Por El Pardo el enemigo ha sido frenado en seco. El objetivo fundamental de los generales traidores ha sido frustrado. Pero la ofensiva extranjera no ha concluido. No puede penetrar en El Pardo. No le interesa progresar en dirección a la Sierra. Pero todavía puede conseguir ventajas en la Casa de Campo. Hace acopio de energías, trae nuevas tropas de la retaguardia, envía a las avanzadas los últimos contingentes recibidos de Nápoles y Ceuta y prepara la segunda parte de su ataque a fondo.

El día 9 inicia su arremetida contra las posiciones de la Casa de Campo. A lo largo de la carretera da la Coruña, bajando desde el Garabitas, atacando por las márgenes del Manzanares, la traición emplea todos sus medios de combate. La brigada «X» y la Columna Perea aguantan bien la embestida italogermana. Firmes los hombres en sus puestos, serenos los nervios, tensa la voluntad, quiebran uno tras otro los intentos enemigos. Toda la dureza con que ayer se peleó en El Pardo, se emplea hoy en la Cuesta de las Perdices, en la carretera de Castilla, en la Puerta Medianil. Durante veinticuatro horas son vanos todos los ataques enemigos. Ni, la aviación ni la artillería ni los tanques hacen mella en el espíritu de nuestros hombres. Tenemos muchas bajas. Cae herido, entre centenares más, un hombre enérgico y entero como Carlos Sanz. Al llegar la noche hay montones de cadáveres. Pero las posiciones son las mismas de la mañana...

Al día siguiente la batalla sigue. Ni un solo minuto durante la noche ha dejado de combatirse con enorme violencia. A la amanecida el cielo se puebla de negros cuervos teutones. La Casa de Campo se estremece bajo el

estampido de las bombas. Truenan los cañones vomitando metralla. Avanzan los tanques escupiendo balazos por la boca de sus ametralladoras. Los hombres permanecen en sus puestos. Aguardan estoicamente la arremetida. Replican con bombas de mano, con tiros rabiosos de fusil, con desprecio absoluto para la propia vida. Pero llega un momento en que la resistencia se hace imposible. En nuestras filas haya cada segundo mayores claros. Los milicianos están muertos de cansancio y sueño: Los fusiles arden entre las manos, negándose a seguir disparando. Las ametralladoras se encasquillan. Los refuerzos pedidos no llegan, y continúa, metódica, tenaz, interminable, la lluvia de fuego de los trimotores Junkers...

Los luchadores retroceden. Lentamente al principio, transformando cada árbol en fortín improvisado. Con mayor rapidez después. El momento es grave. La hora crítica. Madrid vuelve a estar nuevamente en peligro. En el Estado Mayor no se dispone de fuerzas que enviar rápidamente. Todas las que había están en Valdemorillo, en Galapagar, frente al Plantío, en El Pardo. Sólo queda una solución: «¡Que resistan!»

Es difícil, imposible casi. El enemigo Ataca con furia redoblada. Ha concentrado todos sus hombres; sus mejores elementos, muchos tanques, cañones y trimotores. El retroceso, pese al heroísmo, continúa...

Val tiene noticia exacta de lo ocurrido. El retroceso significa una catástrofe para Madrid. Si el enemigo atraviesa el río por el puente de San Fernando, todo nuestro sistema defensivo se derrumba estrepitosamente. Las líneas de trincheras que cercan la Universitaria no servirán de nada: no hay fortificaciones ni hombres que puedan sujetar el avance enemigo sobre Cuatro Caminos y Tetuán. Puede ser el principio del fin. Madrid está hoy, ahora, tan en peligro como las noches trágicas del 6 y el 15 de noviembre. Val no vacila ni duda: «Vamos allá...».

Llega en el momento preciso. Los hombres han llegado en su retroceso hasta cerca del río, se disponen a volar el puente, a seguir retrocediendo hacia el interior de Madrid. Val no es orador elocuente. Procura hablar siempre lo menos posible. Pero sabe encontrar las palabras precisas. Ahora

se dirige a los luchadores de la brigada «X»: «Esta noche se puede perder Madrid. De vosotros depende su salvación. Ni la CNT ni la FAI pueden cargar con la vergüenza de haber contribuido al desastre. Es difícil resistir. Pues bien; no sólo tenemos que resistir, sino avanzar. ¡Adelante! ¡Por la CNT! ¡Por la FA!!».

Los hombres han cambiado súbitamente. Los que retrocedían lentamente con la desesperanza en los rostros; los que creían agotadas sus fuerzas, luego de cuarenta horas de combate incesante; los que juzgaba vencidos el adversario se lanzan furiosamente contra el enemigo que avanza. En vanguardia van los luchadores más destacados de las milicias, los mejores militantes de la organización. Delante, para que los demás sigan. Ofreciendo el pecho a la metralla de la invasión...

El choque es violento, durísimo. Durante una hora se pelea al arma blanca, con bombas de mano, a puñetazos y a mordiscos. Se pelea a la desesperada, sin dar ni admitir cuartel, procurando herir certeramente. El fascismo esperaba entrar hoy mismo en Madrid; los generales traidores habían visto abiertas ante ellos las puertas de la ciudad. No quieren abandonar la presa. Llegan sin cesar nuevas remesas de hombres en apoyo de terciarios y rifeños. Pero todas sus embestidas se quiebran contra la voluntad granítica de un puñado de leones. No pueden avanzar. Tienen, por el contrario, que retroceder. Tras ellos, persiguiéndoles, los hombres de la brigada «x» mezclan los bombazos con los gritos: «¡Viva la FAI!».

La bomba ha estallado entre un grupo de civilones. La ametralladora que habían emplazado vuela rota en mil pedazos distintos. Los milicianos avanzan. Árbol tras árbol, montículo tras montículo se conquistan todas las posiciones perdidas. Es una lucha epopéyica, una gesta que nadie cantará. De noche ya, la brigada «x» ocupa sus viejas trincheras. En pie quedaba sólo una cuarta parte de sus hombres. El resto cayó para siempre o espera el momento de volver a la pelea retorciéndose dolorido en la cama de cualquier hospital...

Pero su decisión, su empuje, su heroísmo, ha salvado de nuevo Madrid. La tercera ofensiva enemiga contra la ciudad ha quedado rota definitivamente aquí, entre la Cuesta de las Perdices y el ferrocarril del Norte. Nuestros hombres entierran centenares y centenares de cadáveres. Aún se combatirá duramente unos cuantos días. Pero pronto, terminados todos los intentos, el frente volverá a la relativa tranquilidad de la lucha de trincheras. Roma y Berlín han visto fracasados de nuevo sus planes, y fracasaron precisamente en aquella hora crítica en que Eduardo Val habló a los hombres de la brigada «X» en las proximidades del puente de San Fernando...

Segunda quincena del mes de enero. Calma aparente en todos los sectores. Tiroteos, golpes de mano, voladura de minas. Nada de interés. El parte oficial repite monótono cada noche: «Sin novedad». El enemigo aguarda divisiones italianas. Nosotros trabajamos en silencio. Reina una actividad febril en todas partes. Llegan a su final las milicias. Nace el Ejército del pueblo. Se ultiman preparativos, se escogen mandos, se encuadran unidades. La gente no oye disparos, no tiene noticia de grandes combates, pregunta a veces con un dejo de inquietud: «¿Por qué no se hace nada?».

Se está haciendo, y mucho. En los estados mayores se labora día y noche. En los partidos políticos y organizaciones sindicales, también. Val se multiplica en un trabajo abrumador. No come, no duerme, no descansa. Visita los frentes, habla con los jefes, celebra largas conferencias, acalla discrepancias, aúna voluntades.

La brigada «X» tiene ya un número. Es la 39. Pronto con los hombres de la brigada se constituye una división. Es la V: Miguel Palacios, antiguo jefe de las milicias confederales, toma su mando. A su lado, como comisario, otro antiguo luchador anarquista: Carlos Sanz. Al frente de la brigada, un comandante joven, heroico, inteligente. Un muchacho que pelea desde los días agrios de Somosierra y Credos: Mariano Román...

Las columnas «Espartacus» y «España Libre» se han transformado también en dos brigadas. Son la 70 y 77. Manda la primera Eusebio Sanz; Cuevara figura como comisario. Al frente de la segunda está Sabín; con él, ayudándole en una empresa ardua, Acracio. Las dos brigadas juntas forman una división gloriosa: la 14. Mariano Valle es el comisario. Cipriano Mera el comandante jefe...

En la provincia de Cuenca, en el frente de Albarracín, hay también varios millares de hombres de la CNT. Allí están los batallones Mora, «Juvenil Libertario» y Orobón Fernández. Han completado ya los efectivos perdidos en la defensa de Madrid. Tienen ahora muchos más hombres de lo que les corresponde, porque de todas partes acudieron voluntarios a combatir con ellos. Al nacer el Ejército, los batallones se transforman en brigadas. Son la 59, la 60 y la 61. Juntas forman la 13 División. Al frente de ella está el comandante Marcelo. José Villanueva —que ha conocido el hierro y el fuego en Sigüenza y en la Casa de Campo, que morirá heroicamente en la conquista de Teruel— figura de comisario,...

La Columna Durruti también sufre una transformación radical. Abandona el nombre del héroe muerto. Se convierte en una división de nuestro Ejército. Es la 26 División. Mandándola, un hombre de temple, un anarquista de cuerpo entero, un compañero de Buenaventura: Ricardo Sanz...

Pronto vendrán del sur, donde marcharon en agosto para contener al fascismo, los batallones Ascaso que mandan Cutiérrez y Mora. Con ellos se formará una nueva brigada primero —la 149—, una división después: la 17. Mora será comandante de división y el héroe auténtico de los frentes del este...

Ya está formado el nuevo ejército. Las milicias confederales se han transformado en cinco magníficas divisiones. Serán uno de los pilares básicos de nuestra victoria. El orgullo y la satisfacción de un hombre que supo colocar todas sus energías al servicio de crearlas: Eduardo Val...

Febrero. El enemigo emprende la ofensiva del Jarama. Cae por sorpresa la Marañosa. Ocupa San Martín de la Vega. Cruza el río. Amenaza las comunicaciones de Madrid con Levante. Está bien preparado. En línea pone los regimientos de la Reichwehr. El mando lo tiene el general Von Fauppel.

Es una ofensiva de gran estilo, de táctica y técnicas puramente germanas. El enemigo ataca en grandes masas, protegido por nubes de aviones, por grupos de carros de asalto, por artillería que tira sin descanso formando ante sus tropas una barrera de fuego. Es el ataque más fuerte que sufrimos hasta ahora: La lucha más empeñada que hubimos de sostener...

Cuatro meses atrás una ofensiva semejante hubiera sido la catástrofe. Hoy ya no. Hoy tenemos un Ejército. Las nuevas brigadas, las divisiones recién constituidas, entran en combate con eficacia y arrestos. Veinte días dura la batalla. Veinte días de ataques y contraataques, de pelea dramática, de resultado incierto. Veinte días de lluvia y fango, de hierro y fuego que acaban de forjar el ama poderosa de la victoria del pueblo...

En primera línea de la batalla dos divisiones confederales. La 26 y la 14. Veinte mil hombres que pelean como leones, que se dejan aplastar por los tanques enemigos, que avanzan pasando por encima de todas las dificultades. Mera pone a prueba sus condiciones de mando, su serenidad, su energía, su valor. La 14 escribe la primera de sus páginas gloriosas. Se llama El Pingarrón...

Termina febrero y comienza marzo. Acaba la ofensiva del Jarama y empieza otra por Guadalajara. Los alemanes han sido sustituidos por los italianos; von Fauppel por Bergonzzoli. El ataque en grandes masas, por el avance rápido a base de columnas motorizadas. Pero en Guadalajara están también los hombres de la CNT, de las viejas milicias confederales. La 14 División clava en el suelo a las divisiones de «Camisas Negras». Avanza arrolladoramente después. Entra el 19 de marzo en Brihuega, tras de sembrar los campos con millares de cadáveres italianos...

El Ejército Popular está en marcha. La máquina recién creada funciona a la perfección. El enemigo conoce ya toda la eficacia del instrumento que tenemos entre las manos. Los generales traidores, los invasores extranjeros, presienten su derrota. La última ofensiva desesperada contra Madrid ha quedado aplastada con la conquista de Brihuega... Se cierra en marzo el ciclo heroico que se abrió en julio. En ocho meses hemos pasado del pueblo en armas a las milicias y al Ejército regular. En ocho meses recorrimos un camino que a Francia y Rusia les costo años enteros. En ocho meses aplastamos la traición en media España, contuvimos la invasión extranjera, salvamos Madrid amenazado...

Las milicias populares han desaparecido ya. Nos queda su lección y su ejemplo. Nos queda su heroísmo y la gesta que con sangre escribieron, en los campos, mártires de España. Nos queda un ejército que sin ellas hubiera sido total y absolutamente imposible...

Las milicias confederales del centro han cumplido con creces su misión. Lucharon en todos los frentes, aplastaron cien veces al fascismo, salvaron Madrid en tres horas decisivas trágicas. Se dejaron millares de cadáveres en Guadalajara y Toledo, en Sigüenza y Somosierra, en Gredos y el Jarama, en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria. y con los que no murieron, con los que salieron vivos de cien combates distintos, aún pudieron formarse cinco magníficas divisiones del Ejército Popular.

Pero acaso en ellas tuvo, más importancia que el número, la calidad. Entre sus mártires hubo hombres de la grandeza heroica de Teodoro Mora, de Senderos, de Arenas, de Domínguez, de Parra, de Villanueva. Entre sus hombres, jefes de Cuerpo de Ejército como Cipriano Mera y Miguel Palacios; comandantes de división de la talla de Eusebio Sanz, Mora, Gutiérrez, Sabín, Penido y Marcelo; jefes de brigada como L.uzón, Molina, Alfonso Román, Guerreo, Cid, Julio, Ciriaco, Neira, Dionisio Fernández, López, y entre los comisarios, luchadores antifascistas del temple de Feliciano Benito, Miguel y Serafín González Inestal, Carlos y Tomás Sanz, José Villanueva, Guevara, Valle, Adrados...

En el Comité de Defensa, cuidadosamente archivadas, hay sesenta y cinco mil tarjetas. En cada una de ellas el nombre y todos los datos de los hombres que integraron las milicias confederales. Nombres de muchos que cayeron defendiendo la independencia de España; nombres de trabajadores que abandonaron sus hogares una noche cálida de julio y que no tornarán a ellos hasta llevar entre las manos los frescos laureles de la gran victoria...

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

19/06/2011

Notas

[1] Hoja diaria editada por el Comité de Defensa del Centro (CNT) con destino a los milicianos confederales.<<

[2] El alcalde de Madrid.<<

[3] Sin duda se trata de los ministros de la CNT. Federica Montseny declararía más tarde que se había comprometido a regresar a Madrid tan pronto instalara su ministerio en Valencia: «Yo también fui arrestada y me dejaron porque les dije que regresaría al día siguiente a Madrid."<<

Document Outline

- PRÓLOGO
- Prólogo a la 1ª edición
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- Notas